

P. BERARDO

DE

SAN JOSÉ



**COSTUMBRES SANTAS**

de

LOS NOVICIOS

de los

CARMELITAS DESCALZOS







INSTRUCCIÓN

Y

# COSTUMBRES SANTAS

DE LOS

NOVICIOS CARMELITAS DESCALZOS

COMPILADAS Y ARREGLADAS

POR EL

R. P. Fr. BERARDO DE SAN JOSÉ

Religioso de la misma Orden.

---

Con aprobación eclesiástica y de la Orden.

---

BILBAO

IMP. Y LIBRERÍA CATÓLICA DE ASTUY

Tendería, núm. 19

1900



## A P R O B A C I O N E S

---

OBISPADO DE VITORIA:

Por las presentes concedemos Nuestra licencia para la impresión y publicación del libro intitulado INSTRUCCIÓN Y COSTUMBRES SANTAS DE LOS NOVICIOS CARMELITAS DESCALZOS, compuesto por el R. P. Berardo de S. José, toda vez que habiendo sido examinado de Nuestra orden, se halla, según la censura, conforme con la sana doctrina y útil para la formación del espíritu religioso.

Dios guarde á V. R. muchos años.

Vitoria 31 de Marzo de 1900.

El Obispo de Vitoria.

*R. P. Prior del Carmen de esta ciudad.*

*Vitoria.*



NOS FR. EZEQUIEL DEL SAGRADO CORAZÓN DE  
JESÚS, *Provincial de los Carmelitas Descalzos de  
San Joaquín de Navarra:*

En virtud de las facultades que nos han sido concedidas por N. M. R. P. General Fr. Bernardino de Santa Teresa, para aprobar la impresión y publicación de la INSTRUCCIÓN Y COSTUMBRES SANTAS DE LOS NOVICIOS CARMELITAS DESCALZOS, que ha compilado y arreglado el R. P. Fr. Berardo de San José, Definidor Provincial y Lector de Filosofía, y visto el parecer y censura de los dos Padres que, al tenor de nuestras Leyes, han examinado de nuestra orden el opúsculo; juzgando que su lectura puede ser de gran provecho y utilidad á nuestros novicios y en general á todos los que se dedican á la vida espiritual, venimos en aprobarle y autorizar su impresión y publicación, *servatis de jure servandis.*

En fe de lo cual expedimos y sellamos las presentes en Villafranca de Navarra á 20 de Enero de 1500.

Fr. Ezequiel del Sagrado Corazón de Jesús  
PROVINCIAL.

Fr. Angel M.<sup>o</sup> de Santa Teresa

SECRETARIO.



## PRÓLOGO

---

**Q**UE cuánta importancia sea la buena educación de los novicios, que por particular gracia de Dios reciben el hábito religioso, bien se colige de aquel divino Proverbio del Espíritu Santo: *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea* (1). Del camino, que el mancebo tomare en la juventud, no se apartará aun en la vejez: lo cual es tan natural, que aludiendo á ello Horacio, aunque gentil, vino á decir: *Quo semel est imbuta recens, servabit odorem testa diu*. Y verdaderamente es así, que como la planta tierna permanece siempre conforme á sus principios es guiada, así el Novicio que es planta nueva en el jardín de la santa Religión, siempre persevera en las costumbres que en el Noviciado adquirió, y aunque algún día se resfríe en ellas, no deja de quedarle algún rastro y una como semilla de aquella prime-

---

(1) Prov. XXII. 6.

ra doctrina, que fomentada con el calor del Espíritu Santo, basta para retoñecer y volver á echar en su alma renuevos de las antiguas virtudes, que en su noviciado aprendió.

Por lo cual conviene que haya mucho cuidado en que nuestros Hermanos Novicios sean bien adiestrados y guiados, poniendo muy particular vigilancia hasta en las cosas más menudas y ligeras: aunque, si bien se considera, ninguna falta hay, por pequeña que en sus principios parezca, de que no se haya de hacer mucho caso, si se confiere con el fin que le amenaza, como sea verdad notoria que *Parvus error in principio, maximus est in fine*. Y no sin grave fundamento encomienda tan encarecidamente esto S. Buenaventura en el prólogo que hace á una instrucción de novicios, diciendo: *Nec minimum est contemnere minima*. «Nadie piense que es pequeña culpa no hacer caso de las cosas mínimas.» Y un poco más adelante, arguyendo el mismo santo contra la falsa opinión y error de aquellos que menosprecian estas cosas teniendo las por niñerías y menudencias, dice así: *Qui spiritu Dei aguntur, moralibus documentis intendunt: quae tamen, superbi et fatui contemnentes, nunc superstitiones, nunc caeremonias vocant*. Concluyamos este prólogo con lo que dice el sabio: *Qui spernit modica, paulatim decidet* (1). Y en otro lugar: *A scintilla enim una augetur ignis* (2). «Por una chispa se levanta un incendio.»

---

(1) Eceli. XIX, 1.

(2) Eceli. XI, 34.

**Nota.** Al principio de la *Instrucción de novicios de la Congregación de España*, de donde se ha tomado este prólogo y gran parte de lo que contiene el libro, se consigna el siguiente decreto, que por respeto y veneración á los firmantes lo queremos copiar.

«El Vicario General y Definidores Consiliarios de la Congregación de Carmelitas Descalzos, etc. Por cuanto habiéndose visto por experiencia cuanto importe, que en todos los Noviciados de nuestra Congregación se guarde un mismo orden, y uniformidad, así en el interior y criar los Novicios, como en las costumbres y lo demás tocante á su Noviciado, fué por nuestro Capítulo General, que se celebró en este nuestro Convento de S. Hermenegildo de Madrid por el mes de Junio de el año pasado de 1590, ordenado se hiciese libro particular de ello. Y habiéndose juntado para lo susodicho el R. P. Fr. Juan Bautista, Provincial de la Provincia de N. P. S. Elías, y los Padres Fr. Blas de S. Alberto, Prior del Convento de Rioseco, y Fr. Juan de Jesús María, Superior de este dicho Convento de Madrid (á quien así fué cometido, por la larga experiencia que de ello tienen) conformándose con lo que hasta aquí se ha usado en los dichos nuestros Noviciados, recogieron esta breve Instrucción. Y vista y aprobada por nuestro Definitorio, se mandó imprimir, para que en todos los Noviciados de Nuestra Congregación se guarde como en el dicho nuestro Capítulo General se ha ordenado. Y por tanto se ordena, y manda, que con mucho cuidado se cumpla y ejecute, y que en

todas las visitas que se hicieren de Casas de Noviciados, se advierta y corrija si en lo susodicho hubiere falta alguna. Y que no se permita, que en el criar de los dichos Novicios se introduzcan otros modos ni maneras de la que aquí vá ordenada. En fe de lo cual lo firmamos de nuestros nombres en este Convento de Madrid. Fecha á 11 días de el mes de Enero de 1590.

FR. NICOLÁS DE JESÚS MARÍA, *Vicario General.*

FR. ANTONIO DE JESÚS, *Difinidor Consiliario.*

FR. AMBROSIO MARIANO, *Difinidor Consiliario.*

FR. JUAN DE LA CRUZ, *Difinidor Consiliario.*

FR. LUIS DE S. JERÓNIMO, *Difinidor Consiliario.*

FR. GREGORIO DE S. ANGELO, *Difinidor Consiliario.*



DISCURSO PRELIMINAR





# INSTRUCCIÓN Y COSTUMBRES SANTAS

DE LOS

NOVICIOS CARMELITAS DESCALZOS

---

## DISCURSO PRELIMINAR

SOBRE EL FIN Y OBLIGACIONES PROPIAS DE NUESTRA SAGRADA ORDEN

POR EL

V. P. JUAN DE JESÚS MARÍA

TERCER GENERAL DE NUESTRA SAGRADA REFORMA

en la Congregación de Italia

---

ODO religioso está obligado á saber cuál es su propio instituto y las partes y obligaciones del mismo; porque razón es que todos sepan qué es lo que profesan. Y para que nuestros religiosos tengan distinto conocimiento de estos puntos tan importantes, será bien que se sirvan de las consideraciones siguientes:

1.<sup>a</sup> Ciertísima cosa es que el último fin,

así de religiosos como de los demás fieles cristianos, es uno mismo; porque todos caminan á la vida eterna, cuando viven como deben. De manera que el buen religioso y el buen cristiano seglar, cada uno según su estado, tiene puesta la mira en la visión clara de Dios y fruición de la perfecta caridad que tendrán en el cielo. Esta es la vida eterna y último fin del hombre.

2.<sup>a</sup> No es suficiente al religioso saber esta verdad, sino también ha de saber que antes de llegar á aquel último y beatísimo fin, hay otro fin no último, en el cual convienen y al cual caminan todas las órdenes religiosas, y este fin no último, común á todas las religiones, es la perfección de la caridad que se puede alcanzar en esta vida: y que aunque no sea la última perfección, con todo eso, es un excelentísimo grado de perfección muy digno de ser procurado con todos los trabajos y ejercicios de la vida monástica.

3.<sup>a</sup> Ha de saber igualmente el religioso que por el mismo caso que profesa se obliga gravemente á caminar á la perfección de la caridad, de manera que ha de poner la mira en alcanzarla; mas no por eso está obligado á ser perfecto, como lo están los obispos,

cuyo estado es de maestros de perfección; porque el estado de religioso no es estado de maestro, sino de discípulo que estudia y se dedica á adquirir la perfección de la vida cristiana, según la común doctrina de los santos y teólogos escolásticos. Para inteligencia de esta obligación de caminar á la perfección, nótese aquel común proverbio de los maestros de la vida espiritual: *que en el camino de la perfección, el no ir adelante es volver atrás*. Lo cual se prueba; porque toda acción humana, ó es buena, ó es mala, según la común sentencia de los tomistas; y por tanto, cuando es buena, se camina adelante, y cuando es mala, se torna atrás; gravemente cuando la acción es pecado mortal, levemente cuando no es más que pecado venial, advirtiéndose que, en este último caso, los hábitos de la gracia y caridad y otras virtudes no se destruyen, pero pierden los grados de su intensión ó fervor. Nótese también que la perfección cristiana consiste principal y esencialmente en la observancia de los mandamientos de la caridad de Dios y del prójimo, y secundaria é instrumentalmente consiste en los consejos evangélicos, que sirven para la más perfecta guarda de

los mandamientos. Nótese, por fin, que la razón por qué la perfección consiste en la caridad, según enseña santo Tomás, es porque la perfección de cada cosa consiste en unirse con su propio fin; y por tanto la perfección del hombre consiste en la caridad, que une nuestras almas con Dios, que es nuestro último y beatísimo fin.

4.<sup>a</sup> Además de los sobredichos puntos que son comunes á todas las Religiones, el religioso ha de conocer el fin ó fines propios de su religión; porque cada instituto se caracteriza por sus fines inmediatos y por las partes principales de su observancia. De esta distinción específica nace la variedad maravillosa de las Religiones, que son un hermosísimo adorno de la santa Madre Iglesia, de tal manera, que con los particulares y propios fines, en los cuales no todas convienen, caminan al fin de la perfección de la caridad, en el cual convienen todas. Así vemos que una religión escoge por instituto y fin propio la contemplación; otra la pía acción de predicar y enseñar; otra escoge ambos fines, templándolos de manera que sea para aprovecharse á sí y á sus prójimos. Y es de notar que hay muchas Religiones

que han escogido aquellos dos fines inmediatos, pero tienen diversos grados y diferentes reglas y constituciones ó maneras de caminar á sus fines; lo cual basta para que sean diferentes Religiones, por cuanto para la distinción específica de cosas morales no es menester más diferencia que la que en dichas cosas se halla.

5.<sup>a</sup> Según la sobredicha doctrina, nuestros religiosos están obligados á saber cuál sea nuestro instituto, y cuales los fines inmediatos por los que han de llegar al mediato de la caridad y al último de la vida eterna que buscamos. Respondiendo á este punto, digo que nuestro instituto es mixto y compuesto de dos fines ó partes, de las cuales una es la contemplación y otra la acción; pero de tal manera que la contemplación es fin ó parte más principal; quiero decir, que nuestra religión atiende primero y principalmente á caminar á la perfección de la caridad con los ejercicios de la vida contemplativa, y secundaria ó menos principalmente con los de la vida activa. Y por la gracia de Dios Nuestro Señor, de los merecimientos de la Virgen Sacratísima y de nuestra Madre Santa Teresa todos los ejercicios

están admirablemente ordenados y proporcionados para ambos fines y partes de nuestro instituto, así en los conventos de los religiosos como en los monasterios de las monjas.

6.<sup>a</sup> De lo que acabamos de decir se sigue, que cuando alguno de nuestros religiosos fuere preguntado á dónde camina con esta observancia que profesamos, ha de responder: camino á la perfección de la caridad divina por medio de un instituto mixto y compuesto de contemplación y acción, de tal manera que mi primero y principal cuidado es atender á los ejercicios de nuestra disciplina que sirven para vacar á Dios y contemplar las cosas divinas, lo cual notablemente me ayuda para aprovechar en la caridad; y secundariamente atiendo á cumplir lo que la obediencia me ordena para la vida activa, como cuando me manda estudiar, predicar, confesar ó trabajar de manos por la caridad del prójimo.

7.<sup>a</sup> Es de advertir que el instituto de nuestra religión abraza los dos fines dichos, y la regla, constituciones y ejercicios como medios por los cuales se alcanzan aquellos dos fines. Y así nuestros religiosos han de

mirar á aquellos fines, y no buscar otros caminos ó medios para ellos sino los que en nuestras leyes se señalan, persuadiéndose que de esta manera, y no de otra, caminarán á la perfección de la caridad por los fines propios ó partes de nuestro instituto. Con esta doctrina se responde á una importante pregunta, y es: ¿qué cosa es caminar á la perfección? respondo, que no es otra cosa que guardar la ley de Dios y las obligaciones que son comunes á los otros cristianos, juntamente con las del instituto propio de cada cual, con la mira de caminar á la perfección de la caridad.

8.<sup>a</sup> Acerca de las obligaciones de nuestro estado no se ofrece decir otra cosa en este lugar sino que los tres votos solemnes y el cuarto de no pretender oficios y dignidades, los preceptos formales de los superiores y el oficio divino obligan á los religiosos profesos á pecado mortal; la regla obliga á pecado venial; las constituciones é instrucciones y otras ordenaciones de los superiores no obligan á pecado alguno, sino solamente á la pena ya impuesta ó que el superior impusiere. Con todo eso los buenos religiosos han de guardar (como por la gracia de Dios

guardan) los estatutos que no obligan á pecado, como si obligasen á pecado mortal.

9.<sup>a</sup> Con la noticia de los sobredichos puntos, sabrá cualquier religioso distinguir su estado del de los seglares cristianos: lo cual servirá para estimar más el estado religioso y para dar gracias á Dios por verse favorecido de su divina Majestad con beneficios tanto mayores que los del siglo; porque además de la gracia que les da el Señor de ayudarles para la guarda de su divina ley, y demás de los sacramentos y algunos ejercicios espirituales y mortificaciones en que los buenos seglares se ejercitan, ha proveído á nuestro estado de tantas ayudas muy proporcionadas para alcanzar la perfección cristiana, que sería una gran necesidad no conocerlas, y una gran ingratitud no tenerlas en mucho, y no dar por ellas muchas gracias á la divina bondad. Los votos, la regla, las constituciones, instrucciones y órdenes de los superiores, los ejercicios de oración y mortificación, la vida común y regular, los capítulos, las exhortaciones ordinarias, el retiro, el silencio, la emulación en puntos de observancia, los actos de caridad y humildad y otras cosas que contiene nuestro instituto,

son singulares beneficios divinos y convenientísimos medios para conseguir la perfección y la vida eterna á la cual caminamos.

10.<sup>a</sup> El que pretende llegar al fin de la vida monástica, principalmente ha de atender á dos cosas, que son: el estudio de la oración y el de la mortificación; de manera que en los ejercicios de nuestra disciplina y en todas las ocasiones que se ofrezca, tenga puesta la mira en dos puntos; el uno, en tener el corazón unido con Dios nuestro Señor, y el otro, en negar el juicio, voluntad y apetitos propios. Este es el camino real que predicó Cristo Nuestro Señor y los Apóstoles, y siguieron los demás Santos; y por tanto ha de ser de nuestros religiosos amado muy de corazón.

11.<sup>a</sup> De lo dicho acerca de los fines inmediatos ó partes de nuestro instituto, por el cual somos obligados principalmente á atender á la contemplación como á fin más principal, nace una duda: Que parece que no cumple con su obligación el religioso que no llega á la contemplación, pues decimos que este fin inmediato en nuestra Religión ha sido escogido como medio eficaz con el

cual se llega á la perfección de la caridad, á la que caminan todas las Religiones. La duda se formula y comprende claramente en estas palabras: ¿Cómo puede aprovechar en la caridad el que no usa del medio que ha escogido para aumentarla? Respondo, que quien atiende á la oración, que es el camino de la contemplación (como lo hacen nuestros religiosos) satisface á su principal obligación, aunque no llegue á la verdadera y propia contemplación; porque no se ha escogido como medio universal para aprovechar en la caridad el acto propio de la contemplación, el cual es un don especialísimo del Señor, alcanzado de pocos; sino que hemos escogido la vida contemplativa en general, esto es, un modo de vida que se emplea en ejercicios espirituales, principalmente de oración, cuyo término es la verdadera y propia contemplación, del cual término toma su nombre y se llama vida contemplativa. Y por tanto, el religioso que camina hacia aquel término, cumple con su obligación y puede alcanzar la perfección de la caridad, aunque en toda su vida no tenga un cuarto de hora de contemplación propiamente dicha. Pero aquellos pocos que

alcanzan este gran bien, aprovechan tan maravillosamente en la divina caridad, que no se puede explicar con palabras.

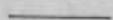
---

Dado ya á conocer el fin de nuestro Instituto con el discurso precedente, para encaminar á los jóvenes á su consecución procede tratar de los impedimentos que de este fin nos apartan, y de los medios que á conseguirle nos ayudan. Para lo cual dividiremos la obra en cuatro partes ó tratados, titulados: el primero, *De las pasiones y tentaciones*; el segundo, *De las virtudes*; el tercero, *De los ejercicios monásticos*; y el cuarto, *De los oficios y deberes religioso-sociales*.





TRATADO I



DE LAS PASIONES

# TRATADO I

## DE LAS PASIONES

### CAPÍTULO I.—DE LAS PASIONES EN GENERAL

- § I. —Naturaleza y sujeto de las pasiones.
- § II. —División de las pasiones.
- § III.—Moralidad ó relación de las pasiones á la razón.

### CAPÍTULO II.—DE LAS PASIONES DEL APETITO CONCUPIBIBLE.

- § I. —*Del amor y odio:* a) Su naturaleza —b) Sus causas.—c) Sus efectos.—d) Sus remedios.
- § II. —*Del deseo y fuga:* a) Su naturaleza.—b) Sus causas.—c) Sus efectos.—d) Sus remedios.
- § III.—*Del gozo y tristeza:* a) Su naturaleza.—b) Sus causas.—c) Sus efectos.—d) Sus remedios.

### CAPÍTULO III.—DE LAS PASIONES DEL APETITO IRASCIBLE.

- § I. —*De la esperanza y desesperación:* a) Su naturaleza.—b) Sus causas.—c) Sus efectos.—d) Sus remedios.
- § II. —*De la audacia y temor:* a) Su naturaleza.—b) Sus causas.—c) Sus efectos.—d) Sus remedios.
- § III.—*De la ira:* a) Su naturaleza.—b) Sus causas.—c) Sus efectos.—d) Sus remedios.

### CAPÍTULO IV.—DE LA DIRECCIÓN DE LAS PASIONES.

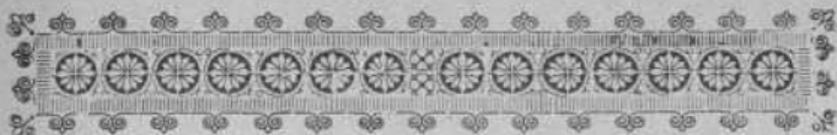
- § Unico.—Método práctico para la dirección de las pasiones.

### CAPÍTULO V.—DE LOS PECADOS Ó VICIOS CAPITALES.

- § I. —Su naturaleza y número.
- § II. —De los vicios capitales en especial.

### CAPÍTULO VI.—DE LAS TENTACIONES.

- § I. —Utilidad de las tentaciones.
- § II. —Remedios generales de las tentaciones.
- § III.—Tentaciones contra la fé y sus remedios.
- § IV.—Tentaciones deshonestas y sus remedios.
- § V. —Tentaciones de escúpulos y sus remedios
- § VI.—Tentaciones de desesperación y sus remedios.



## CAPÍTULO I

### DE LAS PASIONES EN GENERAL

---

#### § I

##### Naturaleza y sujeto de las pasiones

Con el nombre de *pasión* entienden los filósofos el acto del apetito sensitivo que se mueve con la aprensión del bien, percibido por conveniente, ó del mal estimado por nocivo, con alguna alteración corporal, especialmente en el corazón, donde más se sienten las pasiones. El apetito sensitivo de donde inmediatamente dimanar las pasiones, es una facultad ó potencia afectiva que reside en la parte inferior del hombre, y tiene por objeto el bien ó mal sensible que los sentidos y principalmente la imaginación le propo-

nen con estimación de conveniencia ó des-  
conveniencia.

Lo cual se comprenderá bien, teniendo en cuenta que en el hombre, así como hay dos clases de facultades cognoscitivas distintas entre sí, cuales son el entendimiento y la imaginación ó fantasía, así hay también dos especies de potencias apetitivas ó afectivas que corresponden á las dos clases de conocimientos ya indicados, denominándose *voluntad*, la potencia afectiva que dice orden al conocimiento intelectual, y *apetito sensitivo*, la que corresponde al conocimiento sensitivo. Estos dos órdenes de potencias ó facultades constituyen las dos partes del hombre llamadas por los ascéticos *parte superior* y *parte inferior*, las cuales, si bien dependen una de otra en sus operaciones, se distinguen esencialmente y están con frecuencia en pugna entre sí, según aquello de S. Pablo: *La carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios á los de la carne* (1).

Suele también darse el nombre de *pasión*, por cierta analogía con los actos, á la misma

---

(1) Gal. v. 17.

inclinación ó propensión más ó menos marcada del apetito sensitivo hacia algún objeto; á estas propensiones llaman los tratadistas *pasiones dominantes*.

## § II

### División de las pasiones

El bien y el mal que son objeto del apetito sensitivo, pueden ofrecerse á éste, ó simplemente bajo la razón de bien ó de mal, ó bien considerados en razón de bien y mal difíciles de conseguir ó de evitar. De aquí proviene la división de dicha potencia en *apetito concupiscible* y en *apetito irascible*. El primero dice relación al bien ó mal sensible en sí mismo y prescindiendo de la dificultad de alcanzarlo ó evitarlo: el segundo se refiere al bien ó al mal en cuanto va acompañado de dificultad *sub ratione ardui*.

Los actos de estos dos apetitos, ó sean las pasiones, son once: seis por parte del apetito concupiscible, y cinco por parte del irascible. Los del primero son: amor y odio, deseo y fuga, gozo y tristeza. Los del segundo son: esperanza y desesperación, audacia y temor,

ira. Esta división de las pasiones es adecuada y completa en conformidad con las diversas formalidades ó aspectos del objeto propio del doble apetito concupiscible é irascible. Cuando el apetito concupiscible se inclina hacia su objeto, prescindiendo de su presencia ó ausencia, su acto es el *amor* respecto del bien, y el *odio* respecto del mal; si el objeto se considera ausente, tenemos el *deseo* del bien y la *fuga* del mal; y por fin, si se halla en posesión del bien ó del mal, resulta respectivamente el *gozo* y la *tristeza*. El apetito irascible cuando se inclina á un bien arduo, pero asequible, produce el acto llamado *esperanza*, mas si el bien lo reputa inasequible, viene la *desesperación*. Respecto del mal arduo si lo juzga superable, se despierta la *audacia*; mas si lo reputa difícil de ser superado, nace el *temor*. Finalmente, la *ira* se levanta para vengar un mal recibido. Esta última pasión no reconoce contrario.

Las pasiones de tal modo están subordinadas á la primera, esto es, al amor, que nunca se mueven sino es por respecto ó causa de él, siendo siempre el que las precede. De suerte que ninguno desea sino lo que ama; nadie se deleita sino en lo que

ama; nadie aborrece ó huye ó se entristece sino por algún mal que es contrario al bien que ama; nadie espera ni osa pelear sino es por lo que ama; nadie desespera, teme ó se aira, sino es por respecto de algún bien que ama.

### § III

#### Moralidad ó relación de las pasiones á la razón

Según el sentir común de los teólogos con Sto. Tomás, las pasiones son de suyo indiferentes. Si la razón las regula y ordena á un fin bueno, serán actos moralmente buenos; mas si por el contrario, carecen de tal regla y son ordenadas á un fin malo, las acciones serán actos pecaminosos. De donde se sigue que el negocio de la perfección cristiana depende en gran parte de saber moderar las pasiones, y así, quien atiende á mortificarlas, reduciéndolas al justo medio regulado por la razón, puede adquirir excelentes virtudes; y al contrario, el que se deja llevar desordenadamente de ellas, acumula pésimos actos de vicios.

Aquí, sin embargo, conviene notar para

consuelo de personas espirituales y para poder formar juicio acertado de algunos de sus actos y afectos, que las pasiones pueden á veces perturbar y oscurecer la razón y aun privar del uso de la misma, principalmente cuando son alteradas ó excitadas por sugestión del demonio. Sucede muchas veces, dice el cardenal Cayetano, que el principio de algunas indisposiciones corporales es la imaginación, que causa algún movimiento en el apetito sensitivo, y consiguientemente altera la disposición corporal. Por la misma razón, añade el citado autor, la imaginación es causa, que aun estando despierto se experimenten ilusiones semejantes á las de los frenéticos, ó á las que tienen los dormidos. La causa es la alteración del sentido por la conmoción del apetito sensitivo, el cual, dependiendo no solamente del alma sino también del cuerpo, no está del todo sujeto al imperio de la razón. Y así es verdad aquello de Aristóteles, que la razón manda á la concupiscible é irascible con imperio político, (esto es, como el rey á los que son libres, que no siempre obedecen), no con imperio despótico ó absoluto, como el señor á los esclavos.

## CAPÍTULO II

DE LAS PASIONES EN PARTICULAR  
DEL APETITO CONCUPISCIBLE

## § I

## Amor

a) *Su naturaleza.*— Amor es un movimiento de complacencia del apetito al bien sensible; es una especie de adhesión é inclinación de la sensibilidad al objeto que los sentidos, y especialmente la imaginación, presentan como buenos ó agradables ó capaces de producir placer con su posesión. El amor, por consiguiente, viene á ser la unión afectiva entre el sujeto y la cosa amada, unión producida por la percepción de la bondad sensible ó relativa á la sensibilidad. El amor se divide en amor de

## Odio

a) *Su naturaleza.*— Odio, según el angélico Doctor Sto. Tomás, es una disonancia ó desvío del apetito de aquellas cosas que se juzgan ó estiman por malas y dañosas. Así como el objeto del amor es el bien real ó aparente, así, por el contrario, el objeto del odio es el mal real ó como tal existimado. Se distinguen dos clases de odio; odio de abominación ó fuga, y de enemistad. El primero es aversión de la cosa odiada ó aborrecida, mas sin prosecución positiva contra ella; el segundo consiste en el

amistad y amor de concupiscencia. El amor de amistad versa sobre el bien por sí y por su intrínseca bondad, y el amor de concupiscencia sólo atiende á la utilidad ó deleite. Pongamos un ejemplo: ama un hombre á otro hombre y busca una joya para regalársela: el amor al hombre es de amistad, porque es por el hombre mismo: el amor á la joya que busca es de concupiscencia, porque no para en la joya, sino la busca por lo útil ó deleitable que puede ser al amado.

b) *Causas del amor.*

—Las causas generales del amor son las siguientes:

1.<sup>a</sup> La bondad y la hermosura.

2.<sup>a</sup> La semejanza de las personas.

3.<sup>a</sup> El amor del amante que produce amor en la persona amada porque une el amante al amado.

4.<sup>a</sup> Los beneficios.

Las causas particulares que hacen á una persona amable son muchas, como las excelen-

acto positivo del apetito que quiere hacer ó desea que otro haga mal á la persona que odia. La razón ó naturaleza de odio conviene con más propiedad al odio de abominación que al de enemistad.

b) *Causas del odio.*—

Las causas generales del odio son las contrarias á las del amor, á saber:

1.<sup>a</sup> La imperfección que se opone á la perfección de la bondad, y la fealdad que se opone á la hermosura.

2.<sup>a</sup> La desemejanza.

3.<sup>a</sup> La malquerencia que la persona aborrecida tiene contra quien la aborrece.

4.<sup>a</sup> Las malas correspondencias, como son injurias, persecucio-

cias todas de nobleza, de doctrina, de prudencia, de agudeza, de ingenio, de industria, etc... Y es gran motivo de amor la gracia natural, que consiste en la compostura de las acciones, como la hermosura en la proporción de los miembros: sirve mucho para este fin la modestia en sentencia del mismo Aristóteles, lo cual debiera avergonzar á los cristianos poco aficionados á este preciosísimo adorno de la vida humana. Noten los religiosos cuánto bien se granjea con la modestia, pues con ella se hacen sumamente amables, y es consejo de los santos procurar con tales medios ser amados de los prójimos.

c) *Efectos del amor.*—

Los efectos del amor son los siguientes:

1.º Extasis, que es como un salir de sí para estar en la cosa amada.

2.º Unión, que es como un contacto de dos almas que se aman.

3.º La inhesión recíproca, que es como un

nes etc. Hay también muchas causas en particular, que hacen á las personas odiosas, principalmente los vicios, y señaladamente los que salen más al exterior, porque ofenden más á los prójimos. Esto explica por qué los malos y viciosos procuran ocultar sus vicios con la solapa del disimulo y pretextos de intenciones rectas, á fin de librarse de los desprecios y odios á que se hacen acreedores por su reprehensible y viciosa conducta.

c) *Efectos del odio.*—

Los efectos del odio son contrarios á los del amor. Aun cuando el odio en general es un desvío de algún objeto que nos parece contrario á nuestro bien, considerado, sin embargo, como inclinación viciosa, envuelve ciertos gérmenes de ira á la

enlazarse y anudarse ambas ya unidas.

4.º La penetración, que es una manera de entrar el un amante en el otro con afectos del corazón.

5.º La transformación, que es un querer mudarse ó convertirse en la cosa amada.

6.º El ardiente celo que no sufre consorte en el bien que goza.

Además de estos efectos principales, señala Sto Tomás otros cuatro, que son: Liquefacción, fruición, fervor y desmayo: este último tiene lugar cuando no se llega á poseer un bien que se ha deseado fervientemente. El desmayo, efecto del amor, puede llegar á ser tan vehemente que cause la muerte. En general los efectos del amor se ejercitan con más fuerza cuando el bien amado se posee.

d) *Remedios del amor desordenado.*—Los remedios del amor desordenado son los siguientes:

1.º Poner en otra parte los pensamientos y sentidos.

cual incita; de donde puede decirse que la ira, con todos sus efectos y consecuencias, es en algún sentido efecto también del odio. Los efectos más desastrosos del odio, cuando es desordenado, son: ceguera en el entendimiento y dureza en el corazón: El amor propio del que se cree injuriado derrama su ponzoña sobre todo lo bueno que puede haber en el sujeto á quien mira con odio; y entonces, ó no cree que tenga cualidad alguna buena, ó si reconoce alguna, siente pesar de ella, y no quisiera que la tuviese. Esta mala disposición del que odia, cierra la puerta á todos los remedios que contra tan funesta pasión pudieran darse, y viene á engendrar tal dureza en el corazón que ahoga todo sentimiento de amor.

d) *Remedios del odio.*—Los remedios del odio son:

1.º Divertir y rechazar los pensamientos que mueven á odio: este remedio, idéntico al pri-

2.º Considerar las imperfecciones de la cosa desordenadamente amada.

3.º Considerarlos daños que nacen de tal amor.

4.º Ocuparse en objetos que distraigan.

5.º Proponer al afecto bienes más amables, como son los honores eternos, las riquezas y consuelos celestiales, procurando quitar el afecto, con el favor de la divina gracia, de los bienes de la tierra y levantarlos á los del cielo.

Para esto ayuda maravillosamente la vigilancia y cuidado que suelen tener las personas verdaderamente espirituales en examinar qué afectos se mueven en la parte inferior para cortarlos luego con aquel levantamiento del corazón que se ha dicho. Por ejemplo: nota un religioso que otros le miran con estima y le honran, luego siente nacer interiormente amor de aquella estima humana; entonces ha de cortar y reprimir aquella pasión, levantando con presteza el

mero del amor desordenado, no es de aplicación tan general, porque muchas veces la pasión del odio se cura con esforzarse en comunicar con la persona aborrecida, principalmente cuando el odio se funda en alguna suposición falsa.

2.º Considerar las perfecciones de la persona aborrecida, contraponiéndolas á las imperfecciones verdaderas ó imaginarias que se representan en ella; y cuando le faltase todo otro motivo de amor, no le faltará el de ser amada de Cristo, que tanto encareció con sus obras y celestial doctrina el amor del prójimo.

3.º Considerar los daños que se siguen del odio desordenado.

4.º Ocuparse en objetos diversos para no dar lugar á los pensamientos y á la pasión.

5.º Proponer al apetito las cosas dignas verdaderamente de odio; como la condenación eterna, la fealdad del pecado, etc., é ir aplicando el odio á ellas; porque con tal aplica-

corazón al honor eterno diciendo: lejos sea de mí el complacerme en esta gloria vana; mejor me está pretender la verdadera y eterna que se alcanza con el desprecio de esta.

ción se enfrena la pasión para que no abomine las cosas que le desagradan, solamente por ser penosas ó enfadosas. Este resultado se consigue con las buenas consideraciones, y la fuerza, y luz de la divina gracia, que hace discernir las cosas que son verdaderamente aborrecibles de las que no son tales, aunque á primera vista lo parezcan.

## § II

### Deseo

a) *Naturaleza del deseo.*—Deseo es un movimiento del apetito acerca del bien sensible futuro, de manera, que es como una extensión del amor. Hay dos especies de concupiscencias ó deseos. Unos que se llaman naturales ó animales, y son los que nacen de la misma naturaleza ó complexión del sujeto, como el deseo de la comida, bebida, etc.

### Fuga

a) *Naturaleza de la fuga.*—La pasión opuesta á la concupiscencia ó deseo, según Sto. Tomás, no tiene propio nombre, sino que nos servimos del nombre común de las pasiones que consisten en la huída de algún mal, que es fuga ó abominación, para significar el movimiento del apetito que se opone al movimiento de la concupiscencia ó

Otros que se llaman racionales, y son los que siguen á la estimativa ó razón particular. Los primeros son comunes á los hombres y á los brutos; los segundos son propios de los hombres, los cuales, por la facultad cogitativa, llamada razón particular, pueden formar noticias particulares de conveniencia ó des conveniencia, á lo cual no llega la estimativa de los animales.

b) *Causas, efectos y remedios del deseo.*—Las causas del deseo son las mismas que las del amor. También pueden asignarse como efectos del deseo los del amor, además de otros que le son peculiares, tales como la *solicitud* importuna y demasiada por alcanzar el objeto deseado, *los conatos, los suspiros y el tedio.*

Los remedios del deseo desordenado son los mismos que los del amor, á los cuales pueden añadirse los tres siguientes:

1.º Atajar los deseos al principio.

deseo. Esta pasión de *fuga* es un movimiento que consiste en desviarse y alejarse del mal que aborrece; y es como una extensión del odio, así como hemos dicho que el deseo ó concupiscencia es una como extensión del amor.

b) *Causas y remedios de la fuga.*—Las causas y remedios de la fuga son los mismos que los del odio; los cuales son tan fáciles de aplicar para quien hubiere entendido la doctrina sobredicha acerca del odio, que no es necesario detenerse en repetirlos; porque el que aborrece desordenadamente, también huye desordenadamente las cosas que no debería aborrecer ni huir. Como se ve por lo que pasa en la vida monástica, que cuando uno aborrece el trabajo, también procura huir las

2.º Meditar en la muerte y vanidades de esta vida.

3.º Considerar no el principio sino el fin desventurado de las concupiscencias ó deseos desordenados, de los cuales pudiera decirse lo que nuestro Padre S. Juan de la Cruz dice de los apetitos en general: Que son como unos bijuelos inquietos y de mal contento.

ocasiones donde se le puede ofrecer.

### § III

#### Gozo

a) *Naturaleza del gozo.*—Gozo es un movimiento del apetito concupiscible acerca del bien presente, ó fruición producida por la posesión del bien sensible: es término del amor. Con el amor se inclina el apetito al bien amado, después con el deseo crece y se extiende hacia él, y finalmente, cuando le tiene presente, reposa y descansa en él con un acto que se llama delec-

#### Tristeza

a) *Naturaleza de la tristeza.*—Tristeza es un movimiento con el cual el apetito se aflige, perturba é inquieta bajo la gravedad del mal presente, real ó imaginario. Hay dos maneras de tristeza: una sensible ó más propiamente llamada *dolor*, y es la que sigue á la aprehensión sensitiva, y puede hallarse y se halla en los brutos; otra racional que sigue á la facultad cogitativa, y es propia

tación en todos los animales, y en el hombre se llama gozo, por seguir á la aprensión de la cogitativa llamada razón particular. El gozo puede ser espiritual y sensible, según que se perciba por la razón y sea acto de la voluntad, ó se perciba por los sentidos y sea acto del apetito. Los gozos espirituales son más perfectos que los sensibles, pero éstos suelen ser más intensos. El gozo sensible se divide, á manera del deseo, en natural y no natural ó racional. El gozo natural tiene por término el bien sensible, en cuanto conveniente á la naturaleza, El gozo racional versa sobre el bien sensible *ex persuasione rationis*, como dice Aristóteles, esto es, como conveniente á la razón y á la parte inferior y sensible que en el hombre participa algo de la razón. Tal es el gozo que se experimenta en el apetito por la consecución de la fama, honor, alguna victoria ó cosas semejantes.

del hombre. Divídese también la tristeza en interior y exterior. Tristeza interior es la que sigue á la sola aprehensión interior de algún mal que repugna al apetito; y tristeza exterior la que sigue á la aprehensión de los sentidos exteriores que realmente causa alguna alteración ó lesión al cuerpo. Se conocen además diversas especies de tristezas, á saber: *misericordia, envidia, acidia, angustia ó ansia, penitencia, némesis, celo*. Misericordia es tristeza del mal ajeno, juzgado como propio. Envidia es tristeza del bien ajeno, sintiendo de él como de mal propio. Angustia ó ansia es tristeza que de tal manera agrava que parece no se puede evitar. Acidia es del mal que aprieta de modo que impide el uso de los miembros. Penitencia es tristeza del mal propio. Némesis es tristeza del bien temporal ajeno, en cuanto reputamos indigno de él al que lo tiene. Celo es tristeza del bien ajeno en cuanto falta al que cela.

**b) Causas del gozo.**—Las causas de la delectación ó gozo son todos los bienes que se aman ó desean; porque éstos, cuando están presentes y se disfruta de ellos, producen gozo y deleite, y en una misma proporción, ausentes engendran deseo, y presentes causan alegría. Sto. Tomás asigna ocho causas de delectación, á saber: la operación, el movimiento, la esperanza y memoria, la tristeza, las acciones de otros, el hacer bien á otro, la semejanza y la admiración.

**c) Efectos del gozo.**—Los efectos del gozo son los siguientes:

1.º Dilatación con la cual el corazón parece que se ensancha para recibir el bien que le alegra.

2.º Sed ó deseo, cuando el bien que se goza no harta ni del todo satisface, ora por ser pequeño é insuficiente, como en los bienes temporales, ora porque la operación del alma es imperfecta, aunque el bien sea perfecto; y esta

**b) Causas de la tristeza.**—Las causas de la tristeza son, por ejemplo: el no alcanzar el bien deseado, perder el que ya se poseía, incurrir en el inconveniente que se temía, dilatarse la consecución de algún bien que se desea, y otras varias; á veces es causa de tristeza la indisposición del cuerpo y la operación ó arte del demonio. Pueden también contarse entre las causas de la tristeza, los siete modos ó especies de tristeza explicados en el párrafo precedente.

**c) Efectos de la tristeza.**—Los efectos principales de la tristeza, según enseña Sto. Tomás, son cuatro:

1.º Cuando la tristeza es demasiada, impide la operación del entendimiento, de tal suerte que á veces no se puede aprender cosa alguna de nuevo. Sto. Tomás dice que San Gregorio por la tristeza interrumpió ó dejó la exposición de Ezequiel.

2.º Debilita todas las otras operaciones que

es la causa por qué los deleites que se reciben del conocimiento de Dios y de las cosas divinas engendran mayor sed, pues nuestra operación imperfecta no acaba de gustar lo mucho que hay en aquel perfectísimo é infinito bien.

También se dice universalmente que toda delectación engendra sed, entendiendo por sed una voluntad ó afecto al bien que se goza.

3.º Hastío cuando el alma pasa de los términos y excede las reglas que debiera guardar. Nótese que en los deleites espirituales, cuanto es de parte de ellos nunca hay exceso, y sí únicamente por razón de las operaciones corporales que con aquellos gozós juntamente concurren, porque cansan el cuerpo y debilitan las fuerzas.

4.º Impide el conocimiento perfecto, cuando la delectación le precede, pero si el gozo nace del mismo conocimiento, no le impide, sino le perfecciona.

5.º Mejora la operación de donde nace;

se realizan en tanto que ella dura.

3.º Agrava el espíritu.

4.º Perjudica al cuerpo. Es común parecer de las personas espirituales que no hay pasión que tanto dañe al alma y al cuerpo, como la tristeza, lo cual debe entenderse de la tristeza mala, porque también hay tristeza buena, que el Apóstol llama tristeza según Dios, á diferencia de la que el mismo Apóstol llamó tristeza del siglo. De aquella dice que obra penitencia firme para la salud del alma, y de ésta que causa la muerte. La tristeza según Dios es la que se toma por los pecados ó por la dilación de ver á Dios ú otros motivos semejantes. Es consejo prudente y saludable el que aun la tristeza buena y según Dios se procure templar y moderar cuando crece mucho y llega á ser excesiva.

porque la delectación obliga é incita al agente para que obre con mayor intensidad.

d) *Remedios del gozo desordenado.*—Los remedios del gozo desordenado, antes de que nazca, son los mismos que los del amor y deseo; mas cuando ya actualmente se goza, si el gozo es ilícito, el remedio es desistir de él; si es lícito, el remedio es moderarle para que no exceda los términos de la razón. Para esto sirve el temor de Dios y la consideración de los novísimos, con los cuales suelen los siervos de Dios templar y enfrenar el ímpetu del apetito, proponiéndose las penas de la otra vida, ó deleites de ella. De manera que cuando comen, beben ó hacen otras cosas semejantes, que son necesarias á la vida, para no sentir ó al menos para moderar el deleite que de ellas se recibe, se distraen procurando levantar y poner el pensamiento y el corazón en las cosas del cielo. Y así haciendo

d) *Remedios de la tristeza.*—Los remedios de la tristeza son los siguientes:

1.º Pensar en el mal que nos puede venir antes que venga; pues así causa menor impresión, cuando llega.

2.º Cuando ya se padece el mal, considerar que entonces se le ofrecen ocasiones de granjear grandes riquezas espirituales, como son las virtudes de paciencia, humildad y fortaleza.

3.º Considerar lo que han padecido otros, pues en aquella, como compañía y comunicación de atribulados, viene á ser la tristeza más tolerable.

4.º Advertir que por dar lugar á la tristeza no se remedia el daño, antes se hace mayor.

5.º Acordarse de las tribulaciones pasadas de las cuales ya se ve libre.

6.º Las lágrimas suelen disminuir la triste-

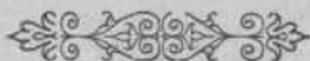
comparación entre los gozos celestiales y los terrenos y materiales, viendo cuan inferiores son éstos, consiguen moderar los movimientos del apetito, dando lugar á que la voluntad enamorada de los gozos sobrenaturales que espera poseer, se deleite en su contemplación y futura posesión, exclamando con el real Profeta: Mi alma se henchirá de gozo, cuando el Señor se digne revelarme las magnificencias y grandezas de su gloria (1).

za; pero no se les ha de dar mucha rienda, porque no aprovechan para quitar el mal que entristece.

7.º Considerar los daños que causa la tristeza. En general los objetos deleitables atenúan la tristeza; y esta es la causa porque los melancólicos apetecen con más fuerza el deleite. En muchos casos el remedio de la tristeza estará en rectificar la falsa estimación ú opinión, porque realmente en no pocos casos la tristeza más procede de la estimativa, que del mismo mal por el cual nos entristecemos, así se ve por experiencia, que una cosa que causaba tristeza, pasado algún tiempo, y sin intervenir cambio alguno en la cosa, deja de entristecer ó no entristece tanto.

---

(1) Psal. xvi, 17.



## CAPÍTULO III

DE LAS PASIONES EN PARTICULAR  
DEL APETITO IRASCIBLE

## § I

## Esperanza

a) *Naturaleza de la esperanza.* — La primera pasión del apetito irascible se llama esperanza, y es un movimiento del apetito que versa sobre un bien arduo ó dificultoso de alcanzar, aunque posible. Es á manera de un levantamiento del corazón, que ayuda mucho para alcanzar las virtudes, cuando se emplea en bien. Así lo sentía nuestro P. S. Juan de la Cruz cuando exclamaba: ¡Oh dichosa esperanza que tanto alcanzas, cuanto esperas!

b) *Causas de la espe-*

## Desesperación

a) *Naturaleza de la desesperación.* La desesperación es un movimiento del apetito, el cual, vencido de la dificultad de alcanzar el bien, ó de evitar el mal, desmaya teniendo por imposible su logro. Esta pasión es de las más temibles y perjudiciales.

b) *Causas de la deses-*

*ranza.*— Son causas de la esperanza las que facilitan la consecución del bien dificultoso, como las fuerzas corporales, el ingenio, la industria, el favor de los príncipes, etc, y también las que hacen creer que el tal bien es posible. Por esta razón dijo Aristóteles que los jóvenes tienen mucha esperanza, y lo mismo los que están en edad robusta y poco experimentada. Lo cual, como enseña Sto. Tomás, (1) nace de la ignorancia é inconsideración de las dificultades y de la poca experiencia, por lo que fácilmente se persuaden de que podrán alcanzar lo que desean. Pero hablando espiritualmente, la consideración del favor divino, que nunca falta al que le implora, es un medio eficacísimo para despertar la pasión de la esperanza á cosas dificultosas, buenas y santas; lo cual sucede principalmente cuando ha precedido experiencia de haber ya vencido otras grandes dificulta-

*peración.*— Las causas de la desesperación son las contrarias á las de la esperanza, á saber: 1.<sup>a</sup> La insuficiencia ó falta de fuerzas, de ingenio, de amigos, de favores, etc., etc.—2.<sup>a</sup> La estimación, aunque sea falsa, de su flaqueza é insuficiencia, la cual desanima á muchos que en realidad tenían suficiencia de fuerzas, industria, etc.—3.<sup>a</sup> El desconsuelo ó desamparo interior, especialmente cuando se junta con mala conciencia. De aquí nace que muchos mundanos viven, como suele decirse, á la desesperada, y les parece que el tratar de su salvación, es para ellos cosa fuera de propósito. Otros hay que, aunque no dan tanto lugar á la desesperación, padecen con todo un desmayo de corazón en las cosas espirituales, muy grande, viendo que después de mucho tiempo y de muchas peleas están todavía en pie y sin rendirse las pasiones ó que no acaban de ven-

(1) I. II, q. 40, art. 6.

des con el mismo favor.

c) *Efectos de la esperanza.*—Los efectos de la esperanza son los siguientes: 1.º Alegrar.—2.º Dar esfuerzos para nuevos trabajos.—3.º Hacer las personas expeditas y diligentes para grandes empresas. De estos efectos hay cotidianos y muy notorios ejemplares en las vanas esperanzas del siglo, y no menos en las buenas y santas de la escuela de Cristo nuestro Señor.

d) *Remedios de la esperanza desordenada.*—Los remedios de la esperanza desordenada son: 1.º Considerar la vanidad de los bienes mundanos.—2.º Recordar los ejemplos de tantos que por haber puesto su esperanza y confianza en hombres (palillos secos de romero, como

cer la dificultad que tenían para las virtudes. Los tales tienen necesidad de usar á todas horas de remedio para del todo no perderse, cayendo desgraciadamente en los abismos de una horrible desesperación.

c) *Efectos de la desesperación.*—Los efectos de la desesperación son los contrarios á los de la esperanza, á saber: 1.º Entristecer.—2.º Enflaquecer.—3.º Hacer al alma tardía y pesada para el bien, y al cuerpo como paralítico. El que desespera se hace enojoso á sí mismo, y molesto y pesado á los demás.

d) *Remedios de la desesperación.*—No hablamos de remedios que se fundan en bienes y pretensiones de la tierra, que no son á propósito para las personas espirituales, las cuales deben buscar remedios para la desesperación ó caimiento de ánimo en los bienes espirituales ó

dice nuestra Madre Sta. Teresa) han vivido y muerto miserablemente.—3.º Excitar esta pasión en orden á otros objetos, que sean verdaderos bienes, como las virtudes, la bienaventuranza eterna. Este remedio es importantísimo, y las personas espirituales deben tenerle en gran estima y practicarle con mucha frecuencia y diligencia, representándose casos dificultosos, procurando al mismo tiempo despertar la esperanza en orden á ellos, con gran levantamiento de corazón, y diciendo con el Apóstol: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta* (1).

en los temporales que se ordenan á los eternos. Estos remedios pueden reducirse á los dos siguientes:—1.º La consideración de los ejemplos de otros que en casos que parecían desesperados, vencieron las dificultades y alcanzaron lo que santamente pretendieron.—2.º La consideración de la bondad y misericordia de Dios nuestro Señor que nunca falta en las cosas necesarias para nuestra salud eterna; y muchas veces ha mostrado con clarísimos ejemplos en la Escritura divina que se gloria su Majestad en favorecer á los que en Él esperan, cuando las cosas parecen más desesperadas.

## § I

## Audacia

a) *Naturaleza de la audacia*.—La audacia es un movimiento del apetito irascible que se levanta contra un mal

## Temor

a) *Naturaleza del temor*.—La pasión del temor es un decaimiento ó perturbación de ánimo, originado de la

(1) Phil. iv, 13.

grave esperando poder evitarle ó superarle. Se dice contra un mal grave ó grande, porque los males leves más inducen al desprecio que á la audacia. La pasión de la audacia es como un crecimiento ó extensión de la esperanza, pues tiende á superar los obstáculos que se oponen á la consecución del bien esperado. Es de suma importancia el buen uso de esta pasión en la vida espiritual, pues si se ha de aprovechar en ella, conviene revestirse (contando con el auxilio divino) de santa audacia y osadía contra las dificultades que el demonio astuto pudiera presentar.

b) *Causas de la audacia.*—Las causas de la audacia son las mismas que las de la esperanza; y así las fuerzas, el ingenio y cuanto da poder para hacer cosas grandes, y la persuasión

presencia de un mal grave cercano é inevitable. Si el mal es presente no produce temor sino tristeza. El mal lejano ó no produce temor, ó si le produce, es menos intenso.

Se distinguen seis especies de temor, á saber: *Pereza* ó flojedad; que es temor de un trabajo que parece exceder nuestras fuerzas. — *Erubescencia* ó temor de perder la reputación por alguna culpa cometida. — *Vergüenza* ó temor de perder la reputación por alguna falta que se quiere cometer. — *Admiración* ó temor de algún grande mal del cual no se sabe cómo poder escapar. — *Estupor* ó asombro, que es el temor de algún mal nuevo y no experimentado. — *Agonía* ó temor de algún mal al cual no se puede resistir.

b) *Causas del temor.*—Respecto de las causas del temor baste decir que todo temor nace del amor ó deseo del bien contrario al mal que se teme, cuando á la persona que teme fal-

de que el hombre es capaz para ellas, despierta la pasión de la audacia, pero principalmente el favor divino; por lo cual suelen ser más animosos aquellos que más confían en Dios. La razón es porque los tales más firmemente se prometen el divino favor. Conforme á esto se echa de ver, que los que han recibido algún agravio ó injuria, son más audaces y esforzados, por la creencia y persuasión de que Dios favorece á los agraviados, sobre todo cuando sufren por la justicia.

c) *Efectos de la audacia.*—Los efectos de la audacia son cierto frío y temblor de los miembros exteriores y concentración del calor al corazón. Es de notar que los que se arrojan súbita y repentinamente á los peligros sin madura deliberación, al principio prevalecen, pero en proseguir la empresa son inconstantes; lo cual nace de la novedad y poca experiencia ó de no preve-

tan fuerzas para resistir al mal ó llevarlo con fortaleza. Por lo cual dice Sto. Tomás que tanto es uno menos tímido cuanto es más poderoso y tiene más ayuda de riquezas, amigos, etc. Y al contrario, los que se hallan más destituidos de estos medios, están más sujetos al temor. De aquí se sigue que los que tienen mala conciencia, son más apremiados del temor, por cuanto les falta el poder y esfuerzo de la divina gracia. Lo contrario pasa en los que tienen buena conciencia.

c) *Efectos del temor.*—Los efectos del temor son los siguientes: 1.º Si el temor es moderado aviva al entendimiento para tomar consejo.—2.º Hace que la obra sea perfecta, en cuanto depende de la aplicación del alma; y por esto aconseja el Apóstol que obremos nuestra salud con temor y temblor.—3.º Por otro lado impide la perfección de las obras, en cuanto causa tal movimiento en el

nir las dificultades. Mas los que, precediendo la debida deliberación, despiertan en sí la audacia, aunque al principio temen ó tiemblen, son más fuertes y constantes; porque cuando están en el peligro no encuentran nuevas las dificultades que ellos ya previeron y acometieron con ánimo de vencer. La animosidad y la osadía santa tiene excelentes efectos espirituales, como instrumento de la fortaleza y magnanimidad: pero al contrario cuando la audacia se aplica á cosas malas, tiene efectos y consecuencias desastrosos y malos por extremo.

d) *Remedios de la audacia desordenada.*—Los remedios de la audacia desordenada son los mismos que los de la esperanza desordenada; porque en aquellos casos en que no es bien esperar, tampoco es bien ser osado, y cuando conviene moderar y reprimir la esperanza, conviene mucho más reprimir la audacia. La

cuerpo que con la frialdad aprieta el corazón, produce temblor en los miembros y dificulta la acción exterior.—4.º Causa sed y frío como notó Aristóteles; porque en los que temen el calor desampara las partes superiores, y llega á faltarles la humedad. Y hablando espiritualmente, el temor desordenado causa en el alma malísimos efectos de cobardía, de displicencia de la vida religiosa, etc., mas el temor ordenado tiene buenísimos efectos de cautela espiritual, de observancia regular, etcétera.

d) *Remedios del temor desordenado.*—1.º En primer lugar pueden señalarse como remedios del temor desordenado los designados para el amor y el deseo, pues el que no ama ni desea desordenadamente, corta la raíz del temor, porque nadie teme, sino lo que es contrario á lo que ama y desea.—2.º Sirven también para

consideración de la vanidad de los bienes terrenos por los cuales no es bien ponerse á grandes peligros, y los ejemplos de resultados desastrosos que en muchas ocasiones experimentan los que son desordenadamente audaces y atrevidos, así como también el ejercicio de la pasión contraria, que es el temor, son remedios de la audacia desordenada. Sirve también de remedio el ejercitar la audacia en empresas útiles y santas, á imitación de los mártires y confesores que fueron santamente osados y audaces para ejercitar actos de virtudes excelentes. Buen ejemplo tenemos en nuestra Madre Sta. Teresa, la cual, repetidas veces nos exhorta á revestirnos de una santa audacia y determinada determinación.

el temor los remedios que se han dado para la tristeza y dolor; porque el que sufre con paciencia los males presentes, estará bien dispuesto para no temer desordenadamente los males venideros.—3.º Ayuda también la consideración de la nobleza y hermosura de la virtud que resplandece en los que están con corazón tranquilo y magnánimo en los grandes peligros y trabajos.—4.º Sirve para lo mismo el pensar y buscar razones para disminuir el temor, porque ordinariamente se representa más mal de lo que realmente existe. Finalmente ayuda mucho la consideración del divino favor que comunica grande esfuerzo al corazón.

### § III

#### Ira

a) *Naturaleza de la ira.*—La ira es un movimiento del apetito irascible que tiende á tomar

venganza de quien le ha hecho algún mal y busca el castigo como objeto propio. Para inteligencia de la naturaleza de esta pasión, se ha de notar que el mal, cuando está presente mueve primero al apetito concupiscible con movimiento de tristeza; pero excita también en la parte irascible otro movimiento que es la pasión de ira, la cual no versa precisamente sobre el mal, sino busca la venganza de la injuria recibida, mirándola con cierta apariencia de razón, como si fuera razonable hacer aquella igualdad de causar mal á quien se lo infirió. Sto. Tomás distingue tres especies de ira; *hiel*, que es aquella que súbitamente se enciende: *mania*, que nace de la ira permanente y larga: *furor*, que jamás se quita hasta que ha ejecutado la venganza.

b) *Causas de la ira.*—En el hombre las causas de la ira pueden reducirse al desprecio, porque la ira siempre resulta de creer el airado que es despreciado ó poco estimado: de donde se sigue que cuanto uno es más excelente, tanto más suele indignarse, porque le parece más grave la injuria. La falta de bienes y comodidades suele también hacer á los hombres iracundos, en cuanto causa en ellos tristeza de la cual nace la ira; así los afligidos con calamidades ó enfermedades se enojan más fácilmente, como notó Sto. Tomás. Incita también á ira la bajeza del que injuria; de donde se sigue que la indignación divina contra el pecador no puede menos de ser infinita, comparando su bajeza con la majestad de Dios nuestro Señor. La ignorancia del que injuria disminuye ó quita la ira;

porque no se presume que el ignorante advierta el agravio que hace: lo mismo se ha de decir de los que están fuera de sí, porque éstos no saben lo que hacen.

e) *Efectos de la ira.*—Los efectos de la ira son los siguientes:—1.º Cierta delectación por la estimación y esperanza de la venganza.—2.º Un encendido de calor ó fervor en el corazón que hace hervir la sangre.—3.º Señales de turbación en el cuerpo, como se ve en los ojos, en la lengua, en el temblor, etc.—4.º Impedimento del uso perfecto de la razón.—5.º Entorpecimiento del alma para las cosas espirituales y divinas.

d) *Remedios de la ira.*—Los remedios para aplacar la ira en sí misma son:—1.º Mortificar la propia estimación y codicia de los bienes temporales.—2.º No hablar y no tomar resolución mientras está poseído de la ira.—3.º Entre tanto que uno reprime el furor de la ira, procurar desminuir la estimación de la injuria, considerando como enseñanza la experiencia, que pasado el calor de la ira la injuria es menos de lo que parecía.—4.º Considerar que la injuria no es tan mala para el injuriado, cuanto para el mismo que injuria; lo cual es un pensamiento muy cristiano.—5.º Considerar los daños que se siguen de vengarse, que para el alma y para el cuerpo son muy graves.—6.º Acordarse de la mansedumbre de los santos y principalmente de la de Cristo nuestro Señor.

Los remedios para aplacar la ira en los otros

son:—1.º No oponerse ni contradecir al primer ímpetu de la ira.—2.º Cuando ya está algo mitigada, hablar al airado con voz baja y con humildad.—3.º Mostrar pena de haberle ofendido, y pedirle perdón.—4.º Procurar persuadir al enojado de que no hubo ánimo de injuriarle.



## CAPÍTULO IV

## DE LA DIRECCIÓN DE LAS PASIONES

Como se ha dicho, las pasiones residen en la parte inferior del hombre, y de suyo son indiferentes para el bien y para el mal; están en la categoría de auxiliares de la razón y de la voluntad á que deben obedecer; sin embargo, por experiencia conoce cada uno cuán universal es su intervención en la vida humana y cuánto influyen en todas las obras que el hombre ejecuta. De aquí la importancia de darlas acertada dirección para que sometidas en un todo á la razón, informada por la fe, sean instrumentos poderosos del bien.

## § ÚNICO

*Método práctico para la dirección de las pasiones*

Siendo las pasiones en el orden moral de suyo indiferentes, y por otra parte instrumentos poderosos para obrar, es de suma importancia saber darles dirección acertada y espiritualmente provechosa.

Como quiera que los actos son buenos ó malos por su objeto y por el fin á que se enderezan, el método y regla práctica más conducente á la buena dirección de las pasiones será: Proponer al apetito (cuya moción se experimenta) otro objeto ó fin á que pueda tender sin pecado, y aun con merecimiento y provecho espiritual. Así por ejemplo; observa uno que se despierta en su corazón la pasión del amor hacia objetos ilícitos ó peligrosos, cámbielos proponiendo al apetito y voluntad objetos más dignos, cuales son los bienes celestiales y eternos. Siéntese otro movido por la pasión de la ira á tomar venganza de la injuria recibida, recuerde con presteza las injurias y agravios que él ha hecho á su Dios y Redentor, y vuelva las iras contra sí mismo. De un modo semejante podrá conducirse con las demás pasiones.

El método indicado no tiende á destruir ni á sofocar la actividad del apetito, sino más bien á dirigirla y regularla: mas podrá suceder, que en algunas ocasiones y respecto de algunos objetos sea más provechoso refrenar la misma pasión y cortar sus vuelos. Cómo se ha de poner en práctica la mortificación de las pasiones en estos casos, lo declarare-

mos con dos ejemplos relativos á las pasiones del amor y de la ira. Se eligen estas dos pasiones por ser la del amor la primera y principal, y la de la ira muy necesitada de remedios por la grande facilidad con que suele moverse y por los grandes daños que acarrea.

*Ejemplo en la pasión del amor.*—Ve el religioso un hábito mejor que el suyo, y luego el apetito gusta de él y se despierta la afición ó el movimiento de amor. Entonces podrá cortar dicho movimiento con una de las tres consideraciones siguientes, que para más claridad llamaremos moral á la primera, á la segunda cristiana y á la tercera monástica ó perfecta. Sirviéndose de la moral dirá: Quita de ti esta complacencia que es indigna de hombre de razón, nacido para la sabiduría y las virtudes. Con la consideración cristiana podrá decir: *No te pares en objeto tan bajo é indigno de un cristiano, que ha de vestirse de la librea preciosa de la inmortalidad y ha de gozar de bienes eternos; no está bien, por esta vestidura vil y grosera, desviarse del estudio y ganancia de aquéllos.* Finalmente, en el proceder perfecto y monástico podrá decir: *Mira*

*que tales aficiones son contrarias á la desnudez de Cristo.*

*Ejemplo en la pasión de la ira.*—En la ira que se mueve por la injuria ó desprecio recibido, dirá, según la primera consideración: *Quiétate apetito feroz que no conviene á hombre de razón embravecerse como bestia, y con esta desmesurada alteración perder el juicio.* Pero como cristiano dirá: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra de promisión y de vida (1).* Y ¡cómo! por esta bestial pasión he de ceder al derecho que tengo ó puedo tener á aquella herencia dichosa y feliz? Por fin usando de la consideración perfecta pondrá ante los ojos el ejemplo de nuestro mansísimo Jesús, que cual tierno cordero enmudeció delante de los que le afrentaban y calumniaban; y reconviniéndose á sí mismo á vista de este ejemplo, diga: ¡Cómo! Cristo sufrido, y yo me quejo? Cristo humilde, y yo soberbio? Cristo manso, y yo airado? ¡Oh! cuánto desdice esta conducta de quien debe de gloriarse en ser discípulo y fiel imitador de Cristo?

---

(1) Ps. XXXVI, 11.

## CAPÍTULO V

## DE LOS PECADOS Ó VICIOS CAPITALES

Las pasiones, como se ha dicho, pueden ser buenas ó malas, según la ordenación que reciban de parte de la razón. Cuando prorumpen en actos contrarios á la ley de Dios son principio y origen de vicios; porque el vicio no es otra cosa que un desbordamiento de las pasiones que, por la repetición de actos pecaminosos, engendran un nuevo principio de pecados. Esta es la razón porque convine apuntar, después de haber tratado de las pasiones, qué son y cuántos los vicios ó pecados capitales, y cuales los remedios más aptos para extirparlos.

## § I

## Su naturaleza y número

Los pecados capitales pueden ser actos y pueden ser también hábitos, y por consiguiente, vicios. Llámanse capitales, no porque sean siempre pecados mortales ó porque

sean de suyo más detestables é injuriosos á Dios que todos los otros vicios, dado caso, que á veces, la violación de la ley divina que por ellos se infringe no es grave, y el odio y la blasfemia, v. g. son dignas de mayor castigo que un acto de avaricia ó de pereza. Se llaman capitales por su desdichada fecundidad; porque son fuentes y raíces ó cabezas de muchos vicios; porque son principios ó gérmenes de donde nacen los pecados y escándalos del mundo, como se ve por la multitud de frutos que los Padres atribuyen á la soberbia, á la avaricia y á la lujuria. El hombre que se deja dominar de ellos, se ve como inclinado ineludiblemente á obrar el mal, y apenas le parece posible contrarrestar su maléfica influencia. Los teólogos y su príncipe Sto. Tomás apoyados en S. Gregorio (Moral, l. XXXI, c. 31). cuentan siete pecados capitales, á saber: soberbia ó vanagloria, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza.

Santo Tomás alega una razón para probar este número septenario en la l. 2, q. LXXXIV, a. 4. Llámanse vicios capitales, dice el santo, aquellos cuyos fines contienen algunas razones ó motivos primarios para mover el apetito, y según la distinción de estos moti-

vos se distinguen los vicios capitales. Una cosa puede mover el apetito de dos maneras, *directe, et per se*, y de este modo muévele el bien para ser escogido y el mal para evitado, y como quiera que haya cuatro especies de bienes y males á saber, bien y mal del alma (*excellencia laudis*), bien y mal del cuerpo que se ordena á la conservación del individuo, bien y mal del cuerpo ordenado á la conservación de la especie, y bienes exteriores (*divitiæ*) tenemos que por esta razón hay cuatro pecados que versan sobre aquellos males y bienes, á saber, soberbia, gula, lujuria y avaricia. El segundo modo de mover el apetito es *indirecte per aliud*, y por lo tanto, si huímos de un bien propio por el mal que se le junta, tenemos la acidia ó pereza que se entristece del bien espiritual por razón del trabajo que se necesita para alcanzarle, y si proseguimos el mal ajeno por el bien que se le junta y es sin levantamiento ó insurrección es *envidia*, y si con ella, es *ira*, de las cuales la primera se contrista del bien ajeno en cuanto que es obstáculo de nuestra excelencia, y la segunda se ordena á tomar venganza de la injuria.

## § II

## DE LOS VICIOS CAPITALES EN ESPECIAL.

Para dar una breve y exacta noticia de los siete vicios capitales, declararemos sucintamente lo que es cada uno en particular.

*Soberbia.*—Es un deseo desordenado de ser preferido á otros; por lo que se peca cuando uno se engríe desordenadamente, ó no se da á Dios el honor debido, ó se desprecia al prójimo, ya se manifieste con palabras ú obras, ya permanezca encerrado en el corazón aquel deseo. Nace este vicio de la falta de conocimiento propio, de la excesiva estimación de nosotros mismos y de nuestras obras. Y por lo tanto, el primer remedio es abrir los ojos de nuestra alma y contemplar nuestra miseria; porque no puede menos de humillarse el que, á la luz de la meditación, se ve lleno de pecados y envuelto en mil tentaciones; el que considera su vil nacimiento, su vida sembrada de imperfecciones y quien tiene presente que su fin ha de ser, como el de los imperceptibles insectos, pasto

y comida de gusanos. Mira con atención las sepulturas de los muertos, dice S. Juan Crisóstomo, y busca en ellos algún rastro de la magnificencia con que vivieron, ó de las riquezas y deleites que gozaron. Mira para que sirva tu soberbia, que es para descontentar á Dios y hacerte semejante á Lucifer. «Oh, hombre, dice Dios por S. Bernardo, si bien te conocieses, de ti te descontentarías y á mi agradarías, mas porque no conoces á ti, estás ufano en ti, y descontentas á mi. Vendrá tiempo cuando ni á mi ni á ti contentarás; á mi no, porque pecaste, y á ti tampoco, porque arderás para siempre. A solo el Diablo parece bien tu soberbia, el cual por ella, de graciosísimo Angel se hizo abominable Demonio, y por esto naturalmente huelga con su semejante».

Ten por segundo remedio considerar el castigo de la soberbia que como dice S. Agustín, hace de los ángeles demonios, mientras la humildad hace de los hombres ángeles.

En tercer lugar, pon tus ojos en el divino Salvador que fué manso y humilde de corazón, que obedeció al Padre hasta la muerte y muerte de Cruz; y sea tu modelo aquella Virgen Inmaculada que mereció por su

grande humildad ser digna Madre de Dios.

Cuarto remedio: si alguna cosa buena hallas en ti y se levantara algún pensamiento vano dí con S. Pablo: *Por la gracia de Dios soy lo que soy: y ¿Qué tienes hombrecillo que no lo hayas recibido? y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si nada hubieses recibido?*

Considera por último aquella terrible sentencia del sabio: *El que perseverare en su soberbia será lleno de maldiciones y por fin será destruído.* (Eccl. X, 15): y ten presente aquel consejo de Tobías á su hijo (Job. IV). *Hijo mío, nunca consientas que la soberbia tenga dominio en tu corazón ni en tus palabras, porque de ella nació toda perdición.*

Según los Santos Padres, la soberbia es madre de todos los vicios y son ocho sus particulares engendros: desobediencia, jactancia, hipocresía, terquedad ó porfía, pertinacia, discordia, curiosidad y presunción.

*Avaricia.*—Llámase el segundo vicio capital avaricia, que es un deseo desordenado de haciendas y riquezas. Así como la soberbia tiende á codiciar los bienes espirituales, como alabanza, gloria, dignidades etc., así el avaro codicia los bienes temporales ajenos, ó

guarda desordenadamente los propios. Pecan, por consiguiente, los que buscan y aman contra razón el dinero y los que se muestran duros de corazón hacia los necesitados. Los pecados que de este vicio proceden son: traición, engaño, falsedad, inquietud, perjurio, violencia, falta de piedad ó dureza de corazón. Todo buen religioso debe poner delante de sí algunas consideraciones para vencer este vicio, y sea entre ellas: La primera, considerar la suma pobreza en que nació, vivió y murió Jesucristo. La segunda, mirar que todos los bienes que el mundo da son pocos y engañosos; que pasa el mundo y con él sus glorias y tesoros. Y tercera, cuánta sea la vileza del mortal que se sujeta al ídolo del dinero haciéndose esclavo de un puñado de tierra ó de una barra de metal; y por último, no eche en olvido aquella sentencia del libro sagrado del Eclesiástico: *Nada hay más inicuo que el amor del dinero, pues hace á un alma venal.... Nada hay más malvado que el avaro.* (Eccl. X, 10).

*Lujuria.*—Vicio es este tan repugnante que el Apóstol no quiere que se nombre entre nosotros como conviene á gente santa,

dándonos á entender que debe estar muy lejos de nosotros el detenernos en cualquier pensamiento, palabra ú obra que pueda herir la virtud santa de la pureza. Por él se profana el santuario de nuestro cuerpo consagrado á Dios nuestro Señor, cometiendo un sacrilegio: de él nacen la ceguera del entendimiento, la inconsideración, la inconstancia, la precipitación, el amor de sí mismo, el aborrecimiento de Dios, el deseo de esta vida y la desesperación de la vida eterna: he aquí los frutos de este vicio capital.

Sea el primer remedio resistir á los principios, que al fin es inútil todo conato; es como el fuego que prende en la paja, el cual si al principio no se apaga, luego es inextinguible; pelea, dice S. Jerónimo, antes que el enemigo se fortifique, cuando son débiles sus embestidas. Segundo remedio es traer los sentidos y especialmente los ojos recogidos y el corazón ocupado en santos pensamientos. Considera también, que, como dice el Apóstol, no ha sido hecho el cielo para los que mancillaron su carne con cualquier género de impureza, y que, como dice S. Gregorio, *un momento dura lo que deleita, pero eternamente lo que atormenta* (lib. IX, *Moral*, c. 44).

*Ira.*—Ira es un ímpetu ó movimiento desordenado de venganza por alguna injuria imaginada ó que realmente hayamos recibido. Se peca, por lo tanto, cuando nos enfadamos por alguna cosa que nos es contraria, ó cuando nos dejamos llevar de pensamientos de venganza contra la persona que nos ha ofendido, por lo que el Apóstol aconseja á que toda amargura de corazón, toda ira é indignación y clamor y blasfemia con toda malicia, sea quitada de nosotros. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos perdonándoos unos á otros como Dios nos perdonó por Cristo (*Eph. IV*). En las cuales palabras designa las hijas de esta serpiente que son, riñas, clamores, indignaciones, blasfemias, contumelias y maldiciones.

No es ira propiamente aquel ímpetu ó movimiento de indignación producido á vista de un delito que nos excita á aborrecerle y á repeler cuanto se opone al bien y es contrario al amor de Dios, porque este movimiento, mas bien que de ira, es de celo por la gloria divina, cual fué el de Elías al mandar bajar fuego del cielo, y el de Jesucristo, cuando arrojó á los que compraban y vendían en el Templo.

El primer remedio para extirpar la ira y obrar con mansedumbre, es considerar que pierden todo su mérito las obras buenas que se hacen cuando reina en nuestro corazón este vicio. Si ofreces tu ofrenda en el altar y allí se te acordase que tu prójimo está ofendido de ti, ve primero y reconcíliate con él, y entonces vuelve á ofrecer tu don, dice Jesucristo, (*Math.* v); y S. Gregorio: Ninguna cosa valen los bienes que hacemos, sino sufrimos mansamente los males que padecemos (*Moral*, XXI, c. 16). Sea el segundo arrancar de raíz el amor propio, causa principalísima de la ira: y el tercero, andar tanto más sobre aviso cuanto más propenso fuere á la ira, y no olvidarse de aquella sentencia de Jesucristo por S. Mateo: *El que se airase contra su hermano quedará obligado á dar cuenta en el juicio.*

*Gula.*—El quinto vicio capital le definen los teólogos diciendo que es un apetito desordenado de comer y beber, el cual puede cometerse: 1.º Por razón de la cantidad (*nimis*) con exceso demasía, tomando más de lo que requiere la conservación ó bienestar del cuerpo.—2.º Por razón de la cualidad (*laute*)

espléndidamente excediendo las facultades ó más de lo que exige la pobreza.—3.º Por el modo (*avide et voraciter*) con avidez y como devorando y atendiendo solo, y como quien dice, poniendo sus sentidos y potencias en la comida.—4.º (*in tempore*) Cuando se come fuera del tiempo señalado por la ley ó costumbre y no hay necesidad que justifique comer ó beber fuera de las horas. Cinco especies de pecados dicen los santos que proceden particularmente de este vicio, á saber: alegría sin propósito, parlería, hurtos ó rapiñas, inmundicia, y embotamiento de los sentidos y del entendimiento.

Las consideraciones de que se debe armar el religioso, para no caer en este vicio, son: primera, contemplar á Jesucristo en el desierto ayunando cuarenta días y cuarenta noches; verle en la cruz muriendo de sed; recordar las rigurosas abstinencias y vigili-  
lias de los Padres, nuestros Fundadores; la segunda, considerar lo que dice S. Ambrosio que la «abstinencia es amiga de la virginidad y enemiga de la deshonestidad, más la hartura es destruidora de la castidad y sustentadora de la lujuria.» Acuérdesese también que no se vive para comer, sino que se come

para vivir, y ésta sea su norma y su regla en lo que debe tomar. Débese, con todo, advertir, que no está condenado el comer con gusto, pero siempre es ilícito comer por gusto, por deleite y no con regla.

*Envidia.*—Es un apetito desordenado por el cual ó se entristece del bien del prójimo ó se alegra de su mal. De este apetito nace que el religioso, estimando en más los bienes de su hermano que los propios, se muestre ingrato para con Dios, como que desprecia todos los beneficios si no son mayores que los de su prójimo, y, no pocas veces, prorrumpe en quejas y blasfemias contra Dios; conduce también á proferir murmuraciones y calumnias, y se vale de todos los medios imaginables para privar á su hermano de los bienes que envidia. De aquí que tenga por frutos especiales suyos, el odio, el escarnio, la detracción, la alegría del mal ajeno y pena de sus prosperidades.

Para evitarle debe el religioso sobreponerse á sí mismo y vencerse cumpliendo aquel precepto evangélico (*Marth. v.*) *Amad á vuestros enemigos y haced bien á quien os aborrece:* considerando además que todos

somos hermanos en Jesucristo, redimidos con su sangre; que los bienes de nuestro hermano son bienes propios, y cómo nosotros debemos gloriarnos de que nuestro hermano reciba muchas mercedes, alabanzas, honores y dignidades. *No seamos codiciosos*, nos dice el Apóstol, *de la gloria mundana, compitiendo unos con otros y habiendo envidia unos á otros* (Gal. v).

*Pereza.*—El último vicio capital es una flojedad ó caimiento del espíritu para obrar con esfuerzo y conforme es deber. Inclúyese en esta definición la pereza corporal que es horror y hastío al trabajo corporal, y la espiritual llamada tibieza, que es un estado de dejadez y hastío respecto de las cosas de Dios y del alma. Lo peor de este vicio es que corroe la vida espiritual sin ser conocido, porque entra suavemente y va minando poco á poco todo el edificio, hasta el grado de que lo poco que se hace se hace mal, sin devoción, con languidez, sin preparación, con frialdad, por eso es muy difícil salir de él, tanto que llegó á decir S. Bernardo, que era más fácil que un gran pecador se convirtiese de veras y se salvase, que un tibio se hiciese

y continuase fervoroso. Por consiguiente, debe el religioso animarse á trabajar con esfuerzo, considerando muchas veces el premio y fin de sus trabajos y que por trabajos hemos de entrar en el reino de los cielos, *no siendo coronado sino el que pelear legítimamente hasta el fin.*



## CAPÍTULO VI

## DE LAS TENTACIONES

Como quiera que la mayor parte de las tentaciones provienen de nuestras mismas pasiones, según nos lo enseña el Apóstol Santiago por estas palabras: «¿De dónde en vosotros las contiendas y pleitos? ¿No son de vuestras concupiscencias ó pasiones que combaten en vuestros miembros?» (1), procede, después de haber escrito de las pasiones y pecados capitales que de ellas dimanar y á la vez las engendran, tratar de las tentaciones, por ser tan íntimo el enlace y relación que tienen entre sí.

Trataremos, en primer lugar, de las tentaciones en general, haciendo ver su utilidad y los remedios comunes que suelen darse. Después hablaremos de algunas tentaciones en particular y de sus remedios especiales.

## § I

## Utilidad de las tentaciones

Quien considere las inclinaciones aviesas

---

(1) Jac. IV, 1.

de nuestra naturaleza corrompida, quien tenga en cuenta el odio infernal que Satanás tiene jurado al hombre, fácilmente se convencerá de que mientras vivamos, han de acompañarnos en todos nuestros pasos los peligros y tentaciones. «Guerra ha de haber en esta vida, escribe Nuestra Madre Santa Teresa (1), porque con tantos enemigos no es posible dejarnos estar mano sobre mano, sino que siempre se ha de haber cuidado y traerle de cómo andamos en lo interior y exterior.» «Harto gran miseria es, escribe en otra parte la misma Santa (2), que siempre hemos de andar como los que tienen los enemigos á la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas, y siempre con sobresaltos si por alguna parte puede esportillar esta fortaleza de nuestra alma». Y es de advertir, que de esta guerra continua y constante nadie se ve libre, ni los mismos justos, antes, por el contrario, éstos suelen experimentar más fuertes é impetuosas tentaciones. Justo era S. Pablo y muy favorecido de Dios; no obstante experimenta la molestia

---

(1) Conceptos de amor divino.

(2) Mora. III, cap. I.

de fuertes tentaciones, y exclama: «Se ha dado á mi carne un aguijón, el ángel de Satanás que me abofetea (1). Siento en mis miembros una ley que contradice á la ley de mi espíritu y me lleva esclavo á la ley del pecado que está en mis miembros» (2). «No son los buques vacíos, dice S. Juan Crisóstomo, los que temen á los piratas, sino los que están cargados de oro, plata y piedras preciosas;» de la misma manera, el demonio no atormenta al pecador, sino más bien al justo, en quien se hallan grandes riquezas de virtudes y méritos.

El permitir Dios que sus escogidos sean tentados, es traza de su divina Providencia, que sabe convertir en gloria suya y provecho de los justos la tentación urdida por Satanás para fines contrarios. «Tened por sumo gozo, dice el Apóstol Santiago, hermanos míos, cuando fuereis envueltos en diversas tribulaciones; sabiendo que la prueba de vuestra fe obra paciencia» (3). «Nuestra vida en este destierro, dice San Agustín, no puede pasar sin tentaciones, porque nuestro adelanta-

---

(1) Cor. XII, 7.

(2) Rom. VII, 23.

(3) S. Jac. I, 3.

miento espiritual se verifica por la tentación; no podemos conocernos sino por la tentación; no podemos ser coronados sin haber vencido; no podemos vencer sin combate, y no podemos combatir sin enemigos ni tentaciones.» «No hay grandes obras de virtud, dice S. León, sin las pruebas de las tentaciones; la fe se confirma con las agitaciones; no hay combate sin enemigo, y no hay victoria sin llegar á las manos; si queremos triunfar es preciso combatir.» Nuestra Madre Sta. Teresa se expresa en estos términos: «No me turba el alma cuando la veo con grandísimas tentaciones, que si hay amor y temor de Nuestro Señor, ha de salir con mucha ganancia. Y si la veo andar quieta y sin ninguna guerra, nunca acabo de asegurarme y probarlas y tentarlas yo, si puedo, y ya que no lo hace el demonio para que vean lo que son» (1).

## § II

### Remedios generales para las tentaciones

Aunque la raíz y origen remoto de nuestras tentaciones sea el *fomes peccati*, esto es,

---

(1) Concep. 21.

la inclinación mala que nos quedó después del pecado, suelen, además, señalarse como causas la instigación del demonio que intenta perdernos, y la particular permisión de Dios que quiere probar á sus siervos para gloria de su divina gracia, bien de los mismos y ejemplo de fortaleza y paciencia de los demás. De cualquiera parte que procediere la tentación, los remedios generales para salir con victoria y provecho espiritual son los siguientes: 1.º La oración, porque cualquier atribulado acude á quien le puede ayudar, y Dios, que es nuestra ayuda, dispensa sus auxilios principalmente en la oración.—2.º Humillarse en la presencia de la divina Majestad; porque Dios da su gracia á los humildes, así como resiste á los soberbios.—3.º Paciencia contra la tristeza y desconsuelo que causa la tentación.—4.º Fortaleza y constancia en el resistir, especialmente al principio de la tentación, y firme esperanza en Dios.—5.º Tomar consejo de personas espirituales, principalmente de preladados y maestros.

Noten los maestros y directores de almas que, cuando las tentaciones llegan á debilitar mucho al tentado, como sucede en las

muy graves contra la fe, en las de blasfemia, escrúpulos y otras semejantes, conviene aconsejar que á tiempos deje la oración y otros ejercicios mentales, y que tome alivios, para que no dé en algún desorden espiritual y corporal de difícil curación.

### § III

#### Tentaciones contra la fe y sus remedios

Acerca de las tentaciones contra la fe, se ha de notar que hay algunas personas espirituales, que padecen grandes combates en esta parte; porque por permisión divina el demonio las solicita é inquieta en cada misterio de la Fe con mil preguntas y argumentos importunísimos, que parece no les deja respirar, y á veces llega á términos que falta poco para perder la salud y aún el juicio. De manera que es ejercicio muy penoso, aunque no muy peligroso para el alma; porque cuanto es más disparatado lo que el demonio dice, tanto menos peligro hay de darle crédito; antes, lo más ordinario es salir de estas peleas con gran ganancia, como se ve en los siervos de Dios, quienes, cuando se sienten más turbados, prorrumpen en actos de fe nobilísimos

con fortaleza semejante á la que tenfan los mártires en presencia de los tiranos: esto suelen hacer señaladamente en los lugares solitarios, donde con tiernos afectos, palabras, obras y actos exteriores confiesan la verdad católica con gran ánimo y fervor, agradándose mucho de ello Dios Nuestro Señor que permite aquellas tentaciones tan graves para recoger el fruto tan suave á su Divina Majestad.

*Remedios de la tentación contra la fe.*—Los remedios particulares de esta tentación son los siguientes:—1.º No dar oídos á los argumentos del demonio, ni ponerse á razones con él, aunque le parezca al tentado que sabe lo bastante para vencer al tentador.—2.º No alterarse interiormente (como hacen algunos) por ser la tentación acerca de materia tan delicada como es la fe divina, sino despreciarla, tanto más, cuanto más claramente se opone á una verdad de certidumbre infalible. De manera que el tentado se ha de haber con el demonio, como con un loco que le está diciendo al oído disparates ó locuras ridículas de que no hace caso alguno.—3.º Hacer actos muy fervorosos de fe, pero sencillamen-

te, sin buscar otra razón, sino aquella universal, de que Dios lo dice y lo propone la Santa Iglesia.

#### § IV

##### Tentaciones deshonestas y sus remedios

Las tentaciones contra la santa pureza son gravísimas y más peligrosas que otras por la fragilidad de nuestra carne, de la cual se ayuda el enemigo para combatir el alma. Estas tentaciones, algunas veces tienen raíz en la complexión, principalmente cuando el cuerpo está regalado ó poco mortificado. Otras veces no está la raíz en el cuerpo, que está flaco y maltratado con penitencias, y con todo parece que se enciende un fuego infernal de concupiscencia en él; entonces es señal de que aquella tentación viene por particular providencia del Señor, que quiere purgar aquella alma, y levantarla á mayor perfección. Lo mismo se ha de juzgar de algunos siervos de Dios que gozan de poca salud, á los cuales las indisposiciones sirven de continua penitencia, y con todo eso son en esta materia tentados gravemente; y de aquellas almas que no teniendo objeto presente que

los tienta, y procurando ellos con todas sus fuerzas ocuparse en obras del servicio de Dios para no dar lugar á tales pensamientos, padecen, no obstante, tentaciones gravísimas y molestísimas.

También se ha de notar que esta batalla es de diferentes maneras, así cuanto al tiempo, como cuanto á la vehemencia: cuanto al tiempo suele durar en algunos, cuatro, seis, diez ó más años, con intermitencias ó sin ellas: cuanto á la vehemencia, algunas veces llega la tentación á términos que se oscurece la mente y queda el alma como sin fuerza, y cual si no tuviera libertad para resistir á la encendida pasión. Pero adviertan las personas espirituales que no se han de inquietar mientras la voluntad, por la gracia de Dios, no consienta; así se sabe por historias de santos castísimos, que fueron extremadamente atribulados en esta parte y conservaban la tranquilidad en su alma.

*Remedios para las tentaciones deshonestas.*—Como remedios para estas tentaciones pueden señalarse los siguientes: 1.º Huir de las ocasiones en el mirar, conversar, etc.—2.º Castigar el cuerpo, cuando está predis-

puesto para esta clase de tentaciones, por ser sano, robusto, etc.: en este caso los ayunos, cilicios y trabajos corporales son buenos instrumentos para domar la carne. Mas cuando el cuerpo está flaco y mal sano, no es necesario usar de estos medios, sino recurrir á los remedios espirituales de oración, sacramentos, etc., con tanto mayor cuidado cuanto menos se puede ayudar de los remedios corporales. —3.º Las ocupaciones, á fin de que el pensamiento tenga poco tiempo para entretenerse en el objeto de la tentación.—4.º La comunión frecuente, tomando para esto consejo del confesor ó maestro espiritual.

Y si con todos estos remedios no sintieren alivio las personas espirituales, aun después de haber peleado varonilmente muchos años, no desmayen, sino confíen mucho en el Señor, de cuya gracia tienen un indicio de mucho consuelo en haber perseverado tanto tiempo entre tales combates sin pecado mortal. Y si por desgracia hubieren caído alguna vez por la vehemencia de la tentación en alguna culpa mortal, en ninguna manera desmayen ni desconfíen de la bondad y misericordia á el Señor; porque tenemos en la sagrada Escritura ejemplos de santos que, habiendo

caído en pecado mortal, volvieron luego con brío á las peleas ordinarias y glorificaron mucho al Señor.

## § V

### Tentaciones de escrúpulos y sus remedios

Tentaciones son también, y de las peores, los escrúpulos, de que son tan combatidas algunas almas, no sólo en los principios, sino aún en el progreso de la vida espiritual. El escrúpulo suele definirse: un vano temor de pecado donde no hay fundamento razonable para ello; y su nombre está tomado de la palabra latina *scrupulus*, chinita que metida en el calzado, lastima el pie, simil que expresa bien las inquietudes, dudas y vacilaciones que causan los escrúpulos en el alma del que los padece.

Los escrúpulos provienen unas veces del temperamento mismo del sujeto, que por ser frío, melancólico, nervioso y débil, contribuye á que no pueda formar acertado juicio sobre las acciones; otras los causa el demonio, perturbando la imaginación del paciente y haciéndole ver pecado donde no le hay; y

por último, pueden también provenir de Dios Nuestro Señor, que para purificar á las almas de las manchas contraídas ó probar su virtud, llega á veces á privarlas de aquellas luces que ordinariamente comunica, con que queda la razón oscurecida y como entorpecida para fallar sobre la licitud de los actos.

Conviene notar que una alma puede ser escrupulosa respecto de todas sus acciones, ó sólo sobre alguna materia determinada. Hase de advertir también que no es lo mismo ser conciencia escrupulosa que tener conciencia delicada; esta última es propia de almas fervorosas que ponen sumo cuidado en evitar los más ligeros defectos, y todos debemos desear tenerla.

*Remedios para los escrúpulos.*—A los remedios generales para toda tentación, añadiremos los siguientes: 1.º Hacerse mucha fuerza por someterse en un todo al dictamen del director ó confesor; el cual han de procurar sea docto y espiritual. Sólo este remedio practicado con perfección basta con la gracia de Dios para curar los escrúpulos; y no es este parecer de tal ó cual autor, sino que todos unánimemente afirman como

cosa evidente que después de haber hecho elección de buen confesor, puede y debe el penitente escrupuloso gobernarse en todo por lo que le dijese, y esto con gran seguridad. Pues según esto, el escrupuloso considere que no le queda ya razón ni opinión para escrupulizar; lo cual es en tanta manera verdad, que aunque por consejo del confesor deje de confesar algunos pecados, que á él le parece no haber confesado, no tiene por qué inquietarse, siendo su deber rendirse al parecer del confesor. 2.º Hacerse violencia y fuerza á no dejar formar los escrúpulos interiormente; es decir, cuando sienta que el pensamiento del escrúpulo se va formando en el alma, sea muy diligente en deshacerlo y desecharlo antes que se represente del todo. Lo cual puede y debe hacer con toda seguridad cualquiera que fuere el escrúpulo. 3.º Comunicar con otros siervos de Dios, y mirar cómo se confiesan y cómo rezan el oficio, etc.; porque viendo que tantas personas, reputadas por buenas y santas, no sutilizan las cosas ni adelgazan las menudencias en que él repara, le ayudará para ensanchar el corazón y no dejarse enseñorear tanto de aquella pasión. 4.º Sentir bien de la divina

Bondad y Misericordia, induciendo al entendimiento á creer que no es verosímil que aquella caridad infinita se haya de poner á mirar en los puntillos y pajuelas, en que el escrupuloso mira y repara; y procurando esforzarse en ensanchar el corazón y hacer muchos actos de confianza en Dios Nuestro Señor.

## § VI

### Tentación de desesperación y sus remedios

Las tentaciones de desesperación nacen algunas veces de la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, con un grande temor de que quien tanto ha pecado, no se ha de salvar. Otras veces vienen por instigación del demonio, con excesivo temor de la estrechura y rigor del juicio divino. Otras veces, en fin, es particular providencia de Dios para mayor merecimiento del que es de esta suerte tentado. Esta especie de tentaciones afligen también mucho; porque van contra la esperanza de todo nuestro bien, y en las personas aprovechadas, que aman muy de corazón al Señor, causa una grandísima turbación, porque sienten entrañable-

mente el no experimentar la acostumbrada confianza en Aquel á quien aman sobre todas las cosas.

*Remedios para las tentaciones de desesperación.*—Los remedios particulares de estas tentaciones consisten en ilustrar el entendimiento con las eficacísimas razones que tienen aun los grandes pecadores para esperar la salud eterna en el mismo punto que se convierten á Dios. Porque la tentación de desesperación tiene su fundamento en una mala estimación de la misericordia de Dios y de los remedios que ha deparado para la salud de los hombres; el procurar esclarecer el entendimiento oscurecido y hacer que tenga en grande estima los motivos que hay de esperanza, son los remedios de esta tentación. Los motivos de esperanza pueden reducirse á tres, á saber: á la divina bondad, siempre dispuesta é inclinada á hacer bien; á los misterios de la Encarnación y Pasión de Cristo Señor Nuestro, que vino del cielo á salvar á los pecadores, y sus promesas fidelísimas expresadas en el santo Évangelio.





## TRATADO II

---

### DE LAS VIRTUDES

## TRATADO II

---

### DE LAS VIRTUDES

#### CAPÍTULO I.—DE LA VIRTUD EN GENKRAL.

- § I. — De la naturaleza y excelencia de la virtud.
- § II. — División de la virtud.
- § III. — Necesidad de la virtud.
- § IV. — Aprecio de la virtud en el santo noviciado.
- § V. — Máximas de nuestra Madre Sta. Teresa y de nuestro Padre S. Juan de la Cruz.

#### CAPÍTULO II.—DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES.

- § I. — De la fe.
- § II. — De la esperanza.
- § III. — De la caridad.
- § IV. — Máximas de nuestra Madre Sta. Teresa y de nuestro Padre S. Juan de la Cruz.

#### CAPÍTULO III.—DE LA VIRTUD DE LA CARIDAD.

- § I. — Doctrina sobre la virtud de la caridad fraterna.
- § II. — Práctica de la caridad en el santo noviciado.
- § III. — Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

#### CAPÍTULO IV.—DE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA.

- § I. — Doctrina sobre la virtud de la obediencia.
- § II. — Práctica de la obediencia en el santo noviciado.
- § III. — Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

#### CAPÍTULO V.—DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD.

- § I. — Doctrina sobre la virtud de la castidad.
- § II. — Práctica de la castidad en el santo noviciado.
- § III. — Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

## CAPÍTULO VI.—DE LA VIRTUD DE LA POBREZA.

- I. —Doctrina sobre la virtud de la pobreza.
- II. —Práctica de la pobreza en el santo noviciado.
- III.—Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

## CAPÍTULO VII.—DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD.

- I. —Doctrina sobre la virtud de la humildad.
- II. —Práctica de la humildad en el santo noviciado.
- III.—Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

## CAPÍTULO VIII.—DE LA VIRTUD DE LA PENITENCIA.

- I. —Doctrina sobre la virtud de la penitencia.
- II. —Práctica de la penitencia en el santo noviciado.
- III.—Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

## CAPÍTULO IX.—DE LA VIRTUD DE LA MODESTIA.

- I. —Doctrina sobre la virtud de la modestia y guarda de los sentidos.
- II. —Práctica de la modestia en el santo noviciado.
- III.—Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

## CAPÍTULO X.—DE LA VIRTUD DEL SANTO SILENCIO.

- I. —Doctrina sobre el santo silencio.
- II. —Práctica del silencio en el santo noviciado.
- III.—Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

## CAPÍTULO XI.—DE LA VIRTUD DE LA SOLEDAD.

- I. —Doctrina sobre el recogimiento ó soledad.
- II. —Práctica de recogimiento en el santo noviciado.
- III.—Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz.

## CAPÍTULO XII.—REGLAS Y DOCUMENTOS PARA EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

- I. —Elección de la virtud para ejercicio.
  - II. —Tiempo que ha de durar el ejercicio de una virtud.
  - III.—Modo de ejercitar la virtud.
-





## CAPÍTULO I

### DE LA VIRTUD EN GENERAL

En este pequeño tratado de las virtudes no se intenta hacer un estudio detallado y completo de su naturaleza, especies, relaciones, propiedades y de otras tantas y tan variadas cuestiones que los teólogos han desarrollado con tanto acierto como utilidad. Semejante trabajo, útil y necesario para una obra de curso, sería muy ajeno é impropio de unas Instrucciones de Noviciado, en las que no tanto se busca ilustrar el entendimiento de los jóvenes novicios, como hablarles al corazón con un lenguaje sencillo al par que afectivo, edificante y espiritual. Aficionar á nuestros novicios al ejercicio de las virtudes más propias de nuestro Instituto; presentar ante su vista las costumbres santas y ejercicios admirables de virtud que se

vienen observando constantemente en nuestros noviciados; y hacer llegar á sus oídos las profundísimas y celestiales máximas que nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz nos legaron en sus inspirados escritos, he aquí el asunto de este tratado.

## § I

### Naturaleza y excelencias de la virtud

No fueran necesarios grandes discursos y argumentos para movernos al ejercicio de las virtudes, si frecuentemente fijáramos nuestra consideración en su naturaleza, excelencia, hermosura, ventajas y recompensas. Tenían los santos todo esto bien meditado, y de aquí sus ansias, sus fervores, sus deseos y generosos esfuerzos por llegar á poseer tan inestimables joyas y preciosas margaritas. Y no contentos con hallarse ellos enamorados de la virtud, quisieron, movidos de su celo y ardiente caridad, enamorar á los demás, haciendo de ella los más sublimes elogios y extraordinarios encomios, confirmando á la vez la sentencia tan conocida como verdadera: *Que de la abundancia del corazón habla la boca.*

*Naturaleza de la virtud.*—La virtud, según define Sto. Tomás, es una buena cualidad del alma con la que todos viven bien y de quien ninguno usa mal. La virtud, dice S. Bernardo, es el vigor del espíritu fuertemente adherido á la recta razón; y la virtud, concluye S. Ambrosio, consiste en no querer pecar y en obligar á la voluntad á permanecer apartada del pecado.

*Excelencia y hermosura de la virtud.*—Cuánta sea la excelencia y hermosura de la virtud dedúcese fácilmente de su misma naturaleza; porque si ella comunica á las costumbres el supremo bien que es la rectitud y defiende tan constantemente al hombre que ninguno puede de ella abusar, claro es que su excelencia y hermosura excede toda ponderación y encierra en sí cuanto el hombre puede apetecer de honesto, útil y deleitable. Por eso S. Juan Crisóstomo llegó á decir, que la virtud es tan excelente que hasta los mismos que la combaten, la admiran; y S. Bernardo, comparándola con un astro brillante, afirma que la virtud transforma al hombre virtuoso en un cielo donde este astro brilla.

Podemos también colegir la excelencia y hermosura de la virtud del aprecio que Dios hace de ella; porque nada puede ser más agradable á la Majestad suprema que la participación de su misma bondad, que es en lo que cabalmente consiste la virtud. Por eso un doctor místico, dirigiéndose á un alma adornada con el hermoso ropaje de la virtud, dice: *Bienaventurada y bendita de Dios es aquella alma cuya humildad confunde la soberbia de los altaneros, cuya mansedumbre extingue la ira de los coléricos, cuya obediencia tácitamente reprende la pereza de los tibios, cuyo fervor excita la inercia de los demás, y cuya conducta ilumina y consuela el alma turbada de su hermano. ¿Qué conversación puede haber entre los hombres más sublime y agradable á Dios que la de aquellos que totalmente se apartan de los vicios, que eficazmente se dedican á la práctica de la virtud, que con su ejemplo y ejercicios cotidianos procuran convertir almas á la gracia de su autor y que con estas continuas conquistas debidas á su doctrina, lágrimas y oraciones multiplican el gozo de la patria celestial mereciendo así que, al salir de esta mortal vida, oigan aquellas dulces palabras: «Entra en el*

*gozo de tu Señor?»* De lo dicho se deduce cuán excelente y hermosa es la virtud y con cuanta diligencia debe buscarla el alma religiosa.

*Ventajas y recompensas de la virtud.*—

Para conocer las ventajas y recompensas de la virtud, nada más á propósito que mirar su fin, y estudiar cuánto vale ante los ojos de Dios; porque sólo se aprecian justamente las cosas cuando se ve el fin que tienen, y cuando una inteligencia divina las llega á valorar. Pues bien, el fin de la virtud, dice S. Bernardo, no es otro que dirigir al hombre por el verdadero camino de la gloria; y el valor que la inteligencia divina da á la virtud, consiste en galardonarla con la posesión de Dios, según aquello del Eclesiástico: *La virtud presenta en una mano los largos días y en la otra las riquezas de la gloria* (1). ¿Qué ventajas más grandes puede el hombre apetecer en la vida que el ser ciertamente llevado por los caminos del cielo? ¿Qué recompensas más halagüeñas y sublimes, que deleitarse en los gozos eternos de la

---

(1) Eccli. 122.

gloria? Pues todas estas cosas son sazonados frutos que penden del hermoso árbol de la virtud.

## § II

### División de la virtud

Descrita ya la naturaleza de la virtud, pasemos á tratar de su división; pues al decir de los filósofos, la división es el segundo modo de conocer más á fondo y con más perfección la naturaleza de las cosas.

Nuestra alma, adornada por el Criador con diversas facultades y potencias, es múltiple en sus operaciones. Posee en su parte superior dos potencias puramente espirituales: el entendimiento que busca la verdad y la voluntad que abraza el bien conocido. En la región baja del sentido posee también otras facultades así cognoscitivas como apetitivas que tienen por objeto una verdad ó un bien sensible.

De esta diversidad de potencias en el alma surge naturalmente la multiplicidad y distinción de las virtudes, que radican en ellas y á las cuales comunican nuevo vigor y energía

en sus operaciones, ya en el orden natural, ya en el sobrenatural.

Divídese, pues, la virtud: 1.º en adquirida é infusa ó sobrenatural. Se llama adquirida la que con la repetición de actos es engendrada en nuestras potencias; é infusa la que directamente proviene de Dios nuestro Señor, y no es producto de nuestros actos. 2.º En teologal, intelectual y moral. Virtud teologal es aquella que tiene por objeto inmediato á Dios, ya en razón de primera verdad, ya en razón de suma bondad; excelencias que no competen á ninguna otra virtud: tres son las virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad.

Entendemos por virtud intelectual, cierta disposición ó cualidad inherente al entendimiento al cual le dispone en orden á la verdad de las cosas. Se cuentan cinco virtudes intelectuales, á saber: Entendimiento, Sabiduría, Ciencia, Prudencia y Arte. La virtud moral es aquella buena cualidad del alma que moraliza ó santifica las acciones humanas ó, como dice S. Agustín, por la que el hombre vive con rectitud y de la que nadie puede abusar: *Bona qualitas mentis qua recte vivitur, et nullus male utitur*: cuatro son las principales virtudes morales, que llamamos

Cardinales por ser ellas el fundamento y la base de las demás virtudes morales, á saber: Prudencia, (1) Justicia, Fortaleza y Templanza.

Todas y cada una de estas virtudes, excepción hecha de las teologales, se subdividen en otras menos principales, que no enumeramos aquí, contentándonos con las precedentes divisiones. En los capítulos siguientes se tratará de las virtudes que más directamente conducen á la educación de los novicios.

### § III

#### De la necesidad de la virtud

El reino de los cielos, como nos enseña nuestro divino Salvador, padece violencia, y los que se violentan, le arrebatan (2). Por aquí podemos persuadirnos de la necesidad

---

(1) Y nadie debe extrañarse de que la Prudencia se cuente entre las virtudes morales, porque si bien es intelectual en cuanto que está en el entendimiento y perfecciona esta potencia, también es moral, porque su objeto es dirigir y moderar las acciones humanas y ser regla de las demás virtudes.

(2) Matth. XI, 12.

de la virtud, que no es otra cosa que una violencia continua por dominar nuestras desordenadas pasiones y malas inclinaciones, para así entrar por el camino estrecho que conduce á la vida eterna.

Sin ella no hay derecho á la bienaventuranza y nos sucederá lo que á las vírgenes fatuas, que por no hallarse prevenidas con el óleo de buenas obras, fueron excluidas del reino de los cielos, oyendo de boca del celestial Esposo aquel: *Nescio vos*: No os conozco. Pues como dice S. Juan Crisóstomo, son verdaderamente necios los que piensan que es suficiente para alcanzar la vida eterna, creer en Cristo y llamarse cristianos, descuidando la práctica de la virtud y de las buenas obras. Y el santo Evangelio dice que: *Todo arbol que no lleva buenos frutos (frutos de acciones virtuosas) será cortado y arrojado al fuego* (1). Es la virtud la ciudad de los elegidos, cuyas trincheras, según Hugo de S. Víctor, son el desprecio de las cosas de la tierra; cuyas murallas son la esperanza; las avanzadas, la paciencia; las torres, la humildad; las fuentes, las lágrimas; los centinelas, la prudencia;

---

(1) Matth. III, 10.

las armas, la oración y los Sacramentos; las puertas, la obediencia; el rey, la caridad; las tropas, la justicia, la templanza y fortaleza (1).

## § IV

### Aprecio de la virtud en el santo noviciado

1. Desde el momento en que nuestros novicios reciben el santo hábito y se consideran hijos de la Virgen Santísima del Carmen, es tal la alegría que experimentan, que no podrían, aunque quisieran, ocultarla; y esta alegría infunde en sus almas tales bríos, que todas las observancias y penalidades de la orden les parecen ligeras y suaves, hallando en su cumplimiento dulce consuelo y grata satisfacción.

2. Es indecible lo agradecidos que se manifiestan á Dios por el inapreciable beneficio de la vocación religiosa, mediante el cual los sacó del mundo para ponerlos en el jardín ameno de la religión; manifestando esta gratitud especialmente en recreaciones, cuando el P. Maestro les da licencia para

---

(1) Instit. Mon. ad novitios, cap. III.

hablar; pues entonces se observa, que el asunto favorito de la recreación suele ser, por lo general, el de exponer cada uno con los más vivos colores la misericordia grande que usó Dios con ellos al llamarlos al estado religioso.

3. Y como es propio de toda alma agradecida desear corresponder en la medida de sus fuerzas á los beneficios recibidos, nuestros novicios conciben grandes y fervorosos deseos de caminar á la perfección, valiéndose de todos los medios que la Orden les concede para ir adornando sus almas con las ricas joyas de sólidas virtudes.

4. No se acobardan ante las dificultades que por los malos hábitos contraídos en el siglo suelen experimentar en los principios; antes bien, las manifiestan con sencillez y claridad al P. Maestro, para que les proponga los medios más aptos para superarlas.

5. Es costumbre santa del noviciado dar cuenta los lunes, en el oratorio ó lugar en que el P. Maestro les reúne, de la virtud que cada cual propone practicar en aquella semana. Y esto les sirve de estímulo, siendo digno de loa la santa porfía con que cada uno procura ejercitar la virtud que ha elegido. 

6. Reina una santa emulación entre nuestros novicios en imitar á los hermanos en la virtud en que cada cual sobresale. De aquí la costumbre de desafiarse mutuamente al ejercicio de las virtudes. Además de estos desafíos particulares suele el P. Maestro disponer, que en uno de los días próximos al Adviento y Cuaresma, reunidos los novicios en el lugar de costumbre y después de breve plática, se provoquen mutuamente al ejercicio de alguna virtud, cediendo el que fuere vencido una parte de mérito al vencedor. Esto les anima á pelear con ánimo y fervor, y en la práctica resulta que vencidos y vencedores salen con mucha ganancia.

7. Aun cuando, como se ha dicho, nuestros novicios se sirven de los buenos ejemplos de sus hermanos para excitarse á la virtud, su principal cuidado es imitar al ejemplar divino, Jesucristo. En especial son tiernamente devotos de su Santísima Infancia. El niño Jesús es el amor de sus amores, el objeto de sus más dulces caricias, su íntimo é inseparable compañero. ¡Qué de ternuras no le dirigen! ¡qué de afectos no le consagran! ¡qué de coloquios tan íntimos y regalados no tienen con El! Jamás le pierden de

vista; con El se entretienen en la celda; El les acompaña por los claustros; con El pasean por la huerta; hasta en el refectorio le tienen á su lado y le ofrecen pequeñas mortificaciones, deseando, si se les permitiera, repartir con El la comida. Y sobre todo los días de Comunion, ¡cuán santamente ocupados y entretenidos se hallen con el divino huesped! Jesús se echa de ver en la extraordinaria modestia y especial recogimiento con que proceden durante todo el día. Todo por el niño Jesús, es su favorita y más repetida jaculatoria, y el amante Jesús que no se deja vencer en amor y generosidad, colma sus almas de alegría, paz, dicha y felicidad.

## § V

### Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús y S. Juan de la Cruz sobre la virtud en general

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. Poniéndose delante de los ojos la virtud, aficiónase á ella quien la desea y pretende ganar (1).

*S. Juan de la Cruz:*

1. La sabiduría de los Santos es saber enderezar la voluntad con fortaleza á Dios, obrando con perfección su ley

(1) Camino, 6.

2. Es menester no poner el fundamento sólo en rezar y contemplar; sino procurais virtudes y ejercicio de ellas, os quedareis enanos (1).

3. Conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos, poco á poco, aunque no sea luego, podremos llegar á lo que muchos santos llegaron con su favor, que si ellos no se determinaran á desearlo, y poco á poco á ponerlo por obra, no subieran á tan alto estado (2).

4. Mientras más determinación tiene el alma, más nos llega el Señor á sí, y la levanta de todas las cosas bajas de acá y de sí mesma para habilitarla á recibir del Señor grandes mercedes (3).

5. Importa mucho y el todo una grande y determinada determinación, de no parar hasta llegar á beber del agua de vida venga lo que viniere, suceda lo

y sus santos consejos.

2. Trae íntimo deseo de que su Majestad te dé todo lo que sabe que te falta para su honra y gloria.

3. El aprovechar no se halla sino imitando á Cristo, que es el camino, la verdad y la vida, y la puerta por donde ha de entrar el que quisiere salvarse. De donde todo espíritu que quisiere ir por dulzuras y facilidad y huye de imitar á Cristo, yo no lo tendría por bueno.

4. El primer cuidado que se halle en tí, procura sea una ansia ardiente y afecto de imitar á Cristo en todas las obras, estudiando de haberte en cada una de ellas con el modo que el mismo Señor se hubiera.

5. Pocos espirituales (aun de los que se tienen por muy levantados en virtud), alcanzan la perfecta determinación en el bien obrar; porque nunca se acaban de perder en algunos.

(1) Mor. VII, cap. 4.

(2) Vida. cap. XIII.

(3) Cam. 32.

que sucediere, trabátese lo que se trabajare, murmure quien murmurare... siquiera se hunda el mundo (1).

6. Miremos con gran cuidado cómo vamos en las virtudes; si vamos mejorando ó disminuyendo en algo, en especial en el amor de unos con otros, y en el deseo de ser tenido por el menor, y en cosas ordinarias; que si miramos en ello y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia ó la pérdida (2).

7. Procuremos siempre ir al delante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda algún salto nos quiere hacer el demonio (3).

8. Dos horas son de vida; grandísimo el premio; y cuando no hubiera ninguno sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor, era grande la paga (4).

9. Querría yo que no nos contentásemos

puntos de mundo ó de su natural, no mirando al qué dirán ó qué parecerá, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo.

6. ¡Oh almas criadas para tantas grandezas y para ellas llamadas! ¿Qué haceis, en qué os entreteneis? ¡Oh miserable ceguera de los hijos de Adán! Pues en tanta luz están ciegos, y á tan grandes voces sordos. Pues en tanto que buscan grandeza y gloria, se quedan miserables y bajos y de tantos bienes indignos.

7. Justamente se enoja Dios con algunas almas; porque habiéndolas con mano poderosa sacado del mundo y de ocasiones de pecados graves, son flojas y descuidadas en mortificar algunas imperfecciones; y por eso las deja ir cayendo de sus apetitos de mal en peor.

8. Muchas almas no tienen ganas de obrar virtudes porque tienen

(1) Cam. 27.

(2) Mor. v, ca. 4.

(3) Ibid.

(4) Ibid.

con esta manera de servir á Dios siempre á un paso; paso, con el que nunca acabaremos de andar este camino (1).

10. En mucho se ha de tener una virtud cuando el Señor la comienza á dar, y en ninguna manera ponernos en peligro de perderla... Que no todos los que piensan estar desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar esto (2).

11. Lo que importa es pelear con ánimo; ya sabe que venga lo que viniere no ha de tornar atrás (3).

12. Si el demonio nos ve con una gran determinación de antes perder la vida y el descanso y todo lo que nos ofrece, que tornar atrás en el camino de la virtud, muy presto nos dejará (4).

apetitos no puros y fuera de Dios.

9. La mayor honra que podemos dar á Dios es servirle según la perfección del Evangelio; y lo que es fuera de esto es de ningún valor y provecho para el hombre.

10. Aunque el camino es llano y suave para los hombres de buena voluntad, el que camina, caminará poco y con trabajo sino tiene buenos pies y ánimo, y porfía en eso mismo animosamente.

11. Con la fortaleza trabaja el ánima, obra las virtudes y vence los vicios.

12. Si quieres que en tu espíritu nazca la devoción y crezca el amor de Dios y apetito de las cosas divinas, limpia el alma de todo apetito y pretensión. De manera que no se te dé nada por nada (1).

*Nota. Abreviaturas que se usan en las citas de las*

(1) Mor. III, cap. 2.

(2) Vida, cap. 31.

(3) Camino de perf., cap. 22.

(4) Mor. II, cap. 1.

(1) Sentenciario.

*Máximas de nuestra Sta. Madre Teresa de Jesús. Edición de Foppens, en Brusselas. MDCLXXV.*

V.—Vida de Sta. Teresa escrita por ella misma.

C.—Camino de perfección.

F.—Libro de las Fundaciones.

M.—Libro de las Moradas.

E.—Epistolario ó Cartas de la santa.

Los números que siguen á las iniciales indican los capítulos.

Las Máximas de nuestro Padre S. Juan de la Cruz están tomadas del *Sentenciarío* del mismo santo.



## CAPÍTULO II

## DE LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS

Son tres las virtudes teológicas: *Fe, Esperanza y Caridad*; las cuales, al par de la gracia santificante de que proceden como consecuencia necesaria, ennoblecen al alma humana, la santifican y la divinizan, elevándola á un orden sobrenatural y estableciendo entre Dios y ella las más íntimas relaciones y tiernas comunicaciones de amistad. Con ellas, al decir de S. Agustín, se edifica el real palacio donde Dios mora, que es el alma. Coloca los cimientos la fe, la esperanza levanta el edificio y la caridad lo termina y lo perfecciona. *Domus Dei credendo fundatur, sperando erigitur, et diligendo perficitur* (1).

## § I

## De la Fe

La fe es una virtud sobrenatural, con la cual creemos firmemente todas las verdades

---

(1) Serm. 22 de *Verbis Domini*.

reveladas por Dios nuestro Señor y propuestas por la Iglesia. Era imposible que por solas nuestras fuerzas llegáramos á conocer las verdades sobrenaturales, pero ni siquiera muchas de las naturales con la perfección que era de desear: *Dios habita en luz inaccesible*, dice S. Pablo (1), y *sobrepuja á nuestra ciencia*, añade Job (2); por eso vino su divina Providencia en ayuda de nuestra limitada inteligencia con la admirable virtud de la fe, que ha sido siempre y es para los fieles fuente y origen de noticias sublimes y vínculo sagrado con que se han unido en todo tiempo con su Criador. Por medio de ella ha querido Dios hacerse accesible á los hombres, y estos suben en cierta manera á esconderse en los senos recónditos de la divinidad, y allí son ilustrados con el concepto de los divinos misterios; pues es propio de la fe iluminar al entendimiento humano con la palabra que Dios mismo nos ha comunicado para sostener y fomentar con Él nuestras relaciones.

La fe es el principio y raíz de nuestra justificación, según enseña el Concilio de

---

(1) Timoth. VI, 16.

(2) Job. XXXVI, 26.

Trento (1), y fundamento de todas las virtudes, al decir del Apóstol. A ella atribuyó nuestro Señor la salvación de la pecadora, diciendo: *fides tua te salvam fecit* (2); y en otra parte aseguraba que podía esta virtud arrancar las montañas y precipitarlas en el mar (3), siendo en cambio imposible agradar á Dios sin fe (4).

Pero si es tan necesaria la fe para los fundamentos de la vida cristiana, no es menos para los progresos en ella, ó sea para las oscuras y escabrosas sendas de la contemplación y trato íntimo con Dios nuestro Señor. En ella se amparaban los Santos siempre que sus entendimientos comenzaron á desfallecer oscurecidos por la sublimidad y grandeza de los atributos de Dios, y confortólos esta virtud é iluminólos con celestiales resplandores. Es maestro experimentado en esta parte nuestro Padre S. Juan de la Cruz, quien en la subida del Monte Carmelo, lib. II, capítulo I, dice: «En esta segunda canción canta el alma la dichosa ventura que tuvo

---

(1) Sessi VI, cap. 8.

(2) Marc. 10, 52.

(3) Marc. 11, 23.

(4) Hebr. 11, 6.

en desnudar el espíritu de todas las imperfecciones espirituales... sólo estribando en viva fe... y subiendo por ella á Dios... Que por eso se llama aquí *escala secreta*, porque todos los grados y artículos que ella tiene son secretos y escondidos á todo sentido y entendimiento. Y así se queda ella á oscuras de toda lumbre natural de sentido y entendimiento, saliendo de todo límite natural y racional para subir por esta divina escala de la fe, que escala y penetra hasta lo profundo de Dios. Por lo cual dice que iba *disfrazada*, porque llevaba el traje y término natural mudado en divino subiendo por fe.»

Ejerciten, pues, nuestros religiosos con esmero esta virtud si quieren familiarizarse con Dios; y cuando se hallen envueltos en las tinieblas y arideces de la vida espiritual, acostúmbrense á caminar por la fe que los conducirá seguramente al faro luminoso de la verdad eterna.

## § II

### De la esperanza

La esperanza es una virtud sobrenatural que mueve nuestra voluntad á la consecución de Dios Nuestro Señor en cuanto es

nuestra bienaventuranza, difícil de adquirir, pero posible con el favor divino y con los medios que el mismo Dios nos da para ello. El motivo principal de nuestra esperanza es la omnipotencia de Dios que promete los auxilios necesarios para guardar sus santos mandamientos y preceptos, y la vida eterna á los que perseveran hasta la muerte en su gracia. Nuestro corazón vive de la esperanza cristiana, y si una vez nos faltase esta virtud seríamos los más desgraciados de todos los seres. Cuando nos hallamos fuertemente azotados por encontradas pasiones y abatidos por sucesos desagradables, viene la esperanza á confortar nuestra debilidad y aliviar nuestras amarguras, y entonces experimentamos prácticamente la verdad de aquella sentencia del Espíritu Santo: *Spes autem non confundit*, la esperanza no nos engaña (1). Podemos por ella aguardar con entera confianza, no sólo la vida eterna, ó sea la bienaventuranza, como último fin á que nos encamina, sino también la remisión de los pecados, la gracia santificante, perseverancia en ella y aumento de virtudes, como medios

---

(1) Rom. 5, 5.

que á ella nos conducen; pues todas estas cosas nos ha prometido Dios Nuestro Señor muchas veces y nos ha merecido Nuestro Señor Jesucristo. Por eso no es de extrañar que el Apóstol dijera que por la esperanza nos salvamos: *spe enim salvi facti sumus* (1), y que el Profeta Isaías pusiera en ella nuestra fortaleza: *in silentio et spe erit fortitudo vestra* (2).

Las almas que tratan de la perfección tienen siempre en grande aprecio esta virtud y hacen mucho uso de ella acordándose de aquella doctrina de S. Pablo, que dice: «ser la esperanza como áncora que penetra hasta el interior del santuario». Así los religiosos iluminados primero por la fe, deben subir en la perfección con la esperanza hasta penetrar en los secretos de Dios y gustar de las delicias de la divina gracia que ha sido prometida á los que el Señor ha escogido para particioneros de su gloria. Deben, especialmente en las tinieblas y oscuridades que acompañan á menudo á la vida espiritual, acudir al mismo tiempo que á la fe, á la espe-

---

(1) Rom. 8, 24.

(2) Isai. 30, 15.

ranza cristiana, seguros de que al fin han de vencer los temores del espíritu y hallar la paz, tranquilidad y luz, prendas seguras de los hijos de Dios.

### § III

#### De la Caridad

La caridad, reina de las virtudes, forma y adorno de todas ellas, complemento de toda perfección y distintivo de los hijos de Dios; suelen definirla los teólogos diciendo que es una virtud sobrenatural con la que amamos á Dios por sí mismo sobre todas las cosas, y al prójimo por Dios. De esta definición se desprende que el objeto principal de la caridad es Dios, y el secundario ó material el prójimo. Como esta virtud es bajo los dos respectos mencionados de suma importancia para la vida religiosa, nos ha parecido conveniente, siguiendo la costumbre de muchos autores ascéticos, tratar de ella en distintos capítulos; y así sólo hablaremos en este párrafo del amor de Dios, dejando para después el tratar de la caridad para con el prójimo.

La primera y principal obligación del cris-

tiano, y mucho más del religioso, es amar á Dios sobre todas las cosas. *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento* (1). Así enseñaba nuestro divino Salvador este sagrado deber de amar á Dios, y llenas están las sagradas páginas de iguales exhortaciones.

Pero aun cuando ningún mandato hubiera, sobrados motivos tenemos para amar á Dios, en la misma naturaleza divina, en el cúmulo de bienes que nos ha dispensado y en el carácter mismo de religioso de que estamos revestidos.

En efecto, ¿qué objeto más digno de nuestro amor que Dios? Si nos agrada la grandeza y majestad, en Dios se hallan; si la ciencia y el poder, Dios los tiene con toda perfección; si la justicia y la bondad, Dios es la misma justicia y bondad; si la vida y la hermosura, en Dios están en sumo grado. Dios es el supremo bien, infinito, inmenso, eterno, superior infinitamente á toda grandeza criada, á todo poder, á toda ciencia, á toda justicia, á toda santidad, á toda gloria y todo cuanto

---

(1) Marc. 12, 30.

de bello y hermoso se halla en el cielo y en la tierra no tiene punto de comparación con la belleza y hermosura de Dios. Todo lo posee en sumo grado, sus perfecciones son infinitas en número, ilimitadas en extensión, inagotables en sus manifestaciones, y los bienaventurados que le ven son arrebatados de admiración y felizmente obligados al amor.

Y este Señor de tanta grandeza y majestad nos ama con perpetuo amor y se complace en comunicarnos sus bienes. Nos ha sacado de la nada y adornado en el cuerpo y alma con mil suertes de perfecciones. Nos ha dado á su mismo Hijo para nuestro rescate, nuestra santificación y redención, para nuestro guía y preceptor. Nos ha otorgado innumerables veces perdón de nuestros pecados, y nos colma cada día de dones y gracias, prometiéndonos inmortal corona de gloria por nuestra fidelidad en su servicio. ¡Qué ingratos seremos si no amamos entrañablemente á quien tan sin tasa nos ama!

Pero todavía tenemos otro título para entregarnos sin reserva al amor divino, en nuestra misma profesión. Revestidos nuestros novicios con la santa librea de la Virgen Santísima del Carmen, están disponiéndose

para en día no lejano consagrarse á Dios en la vida religiosa. Pues bien, esta vida religiosa, los vínculos sagrados con que nos ligamos, el nombre mismo de religiosos con que nos llama el pueblo, nos demanda amor á Dios. En el momento mismo de ofrecer á Dios sus santos votos, se obligan los religiosos perpetuamente á su servicio, se consagran al culto divino, se comprometen á tender á la perfección evangélica, cuyo vínculo es la caridad, se entregan á Dios, que siendo la misma caridad, sólo reconoce por suyos á los que permanecen en la caridad. Amemos, pues, á Dios, si no queremos hacer traición á nuestro estado, si no queremos oír de boca de S. Pablo: *El que no ama á nuestro Señor Jesucristo sea anatema* (1).

---

(1) Cor. 16, 22.

## § IV

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús  
y S. Juan de la Cruz sobre las virtudes teologales*Sta. Teresa de Jesús:*

## FE

1. Díjome la eterna Verdad: Todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ella (1).

2. En las cosas ocultas de Dios no hemos de buscar razones para entenderlas, sino que como creemos que es poderoso, está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros no ha de entender sus grandezas (2).

3. Tengo por cierto que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, á alma que en ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en

*San Juan de la Cruz:*

## FE

1. El alma que camina arrimada á las luces y verdades de la fe, va segura de no errar.

2. El mayor recogimiento que puede tener un alma es la Fe, en la cual le alumbrá el Espíritu Santo: porque cuanto más pura está el alma en perfección de viva fe, más tiene de caridad infusa de Dios.

3. En todo nos habemos de guiar por la doctrina de Cristo y de su Iglesia.

4. El camino de la fe es el sano y seguro; y por éste han de caminar las almas para ir adelante en la virtud: cerrando los ojos á todo lo que es del sentido é

(1) Vida, cap. 40.

(2) M. VI. cap. 4.

la fe, que entienda ella de sí que por un punto de ella morirá mil muertes (1).

4. Y con este amor á la fe que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme á lo que tiene la Iglesia (2).

#### ESPERANZA

1. Todo aprovecha poco, si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios (3).

2. Fíe el alma de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros conocidamente queremos tornar á su amistad (4).

3. Metámonos en la misericordia de Dios que pues no tenemos con qué pagar, supla la piedad y misericordia que tuvo con los pecadores (5).

inteligencia clara y particular (1).

#### ESPERANZA

1. Quien mueve y vence á Dios es la esperanza porfiada: y así para conseguir la unión de amor, le conviene al alma caminar con la esperanza sólo de Dios; y sin ella no alcanzará nada.

2. Con la esperanza se desnuda y despoja el alma de todas las vestiduras y trajes del mundo; no poniendo su corazón en nada, ni esperando nada de lo que hay ó ha de haber en él, viviendo solamente vestida de esperanza de vida eterna.

3. Tanto se agrada

(1) Vid., cap. 25.

(2) Ibid.

(3) Vida, cap. 8.

(4) Vida, cap. 10.

(5) M. VI, cap. 5.

(1) Sentenciarío.

4. Esforcémonos á servir á un Señor que tan bien paga aun acá en la tierra, por donde podemos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo (1).

#### CARIDAD

1. ¡Oh Señor mío, cómo parece que sois poderoso!... que dais á entender bien, que no es menester más de amaros de veras y dejarlo de veras todo por vos, para que vos Señor mío lo hagais todo fácil (2).

2. El que os ama de verdad, bien mío, seguro va, por ancho camino y real, lejos está el despeñadero; no ha tropezado tantico cuando le dais vos, Señor, la mano (3).

3. Estando una vez en oración... díjome: Ay hija, que pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con

Dios de la esperanza conque el alma siempre le está mirando, sin poner en otra cosa los ojos, que es verdad decir que tanto alcanza cuanto espera (1).

#### CARIDAD

1. El valor del amor no consiste en que el alma sienta grandes cosas, sino en una desnudez y paciencia en todos los trabajos por su amado Dios.

2. En esto se conoce el que de veras ama á Dios, sino se contenta con alguna cosa menos que Dios.

3. El alma que en medio de las sequedades y desamparos trae un ordinario cuidado y solicitud de Dios con pena y recelo de que no le sirve, ofrece un sacrificio muy agradable á Dios.

4. El que ama de veras á Dios, tiene por ganancia y premio perder todas las cosas y

(1) M. v. cap. 4.

(2) Vida, cap. 35.

(3) Ibid.

(1) Sentenciario.

verdad? entender, que todo es mentira lo que no es agradable á mí (1).

á sí mismo por Dios.

5. Gran negocio es ejercitarmucho el amor: porque estando el alma perfecta y consumada en él, no se detenga mucho en esta vida ó en la otra sin ver la cara de Dios (1).

---

(1) Vida, cap. 40.

(1) Sentenciarío.



## CAPÍTULO III

## DE LA VIRTUD DE LA CARIDAD

## § I

## Doctrina sobre la virtud de la caridad fraterna

La caridad fraterna es aquella virtud con que amamos al prójimo por Dios Nuestro Señor y se reduce á la virtud teologal de que hemos hablado arriba, ó mejor dicho, es aquella misma caridad con que amamos á Dios, en cuanto se dirige y ordena á nuestros semejantes, como á hechuras é imágenes de la divinidad.

Sola esta consideración debería ser bastante para hacer alto aprecio de esta santa virtud é inducirnos á su ejercicio; porque según ella, nuestros progresos en el amor de Dios, y por consiguiente, en la perfección, están en razón directa con el amor que tengamos á nuestros hermanos, y ésta será la mejor señal para saber que tenemos caridad

para con Dios Nuestro Señor. Bien que el objeto primario y principal de la caridad es Dios, y secundario el prójimo; en la economía cristiana ambos amores son siempre inseparables; y los discípulos de Jesús, desde que oyeron de boca de su divino Maestro que el segundo mandamiento era semejante al primero, no creían fuese posible cumplir bien éste sin la práctica constante de aquél. Así, en sentir de S. Juan: *Si alguno dice: yo amo á Dios, y al mismo tiempo aborrece á su hermano, ese tal es mentiroso; porque el que no ama á su hermano, á quien ve, á Dios á quien no ve, ¿cómo podrá amarle?* (1); y en cambio: *aunque á Dios nadie vió jamás, si nos amamos unos á otros por amor suyo, Dios habita en nosotros y su caridad es consumada en nosotros, y en esto conoceremos que vivimos en El y El en nosotros* (2).

Mas como por el pecado y por nuestros múltiples defectos y miserias se nos ha hecho difícil el amar á nuestros semejantes, ningún precepto es tan recomendado en las santas Escrituras, ninguno tan eficazmente incul-

---

(1) Epis. 1, cap. 4, v. 20.

(2) Ib. v. 12 y 13.

cado. Jesucristo ha hecho con él lo que con ningún otro mandamiento: Insiste en su cumplimiento, multiplica los motivos que para ello tenemos, hace halagüeñas promesas á los que quieran someterse á esta ley tan suave, quiere que los apóstoles insistan también por su parte y lleguen hasta á explicar con los menores detalles su naturaleza y caracteres: Llámale mandamiento suyo: *Hoc es præceptum meum ut diligatis invicem* (1): suyo sí, porque era el que tenía más en su corazón; por el que vino del cielo á la tierra, el que practicó con singular interés hasta poder decir: *Amaos como yo os he amado* (2): el que nos dejó como manda preciosa en los últimos momentos de su vida santísima sobre la tierra, y cuyo cumplimiento pedía como gracia particular á su Eterno Padre diciendo: *Ruego... que todos sean una misma cosa, y que como tu ¡oh Padre! estás en mí y yo en tí, por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros, por unión de amor, para que crea el mundo que tú me has enviado* (3).

---

(1) S. Juan. cap. XV, v. 12

(2) Id. cap. XIII, v. 34.

(3) Id. cap. XVII, v. 21.

*No tengais otra deuda, añade S. Pablo, sino la del amor que os debeis siempre unos ó otros; puesto que quien ama al prójimo tiene cumplida la ley (1). Si, pues, estamos ansiosos de nuestra salvación, si deseamos el cumplimiento exacto de nuestras obligaciones, si buscamos con afán nuestra santificación, amemos ante todo á nuestros hermanos, porque el amor es el cumplimiento de la ley (2), y la caridad cubre, ó disimula, la muchedumbre de pecados (3); es decir, los oculta á los ojos de Dios de tal modo que en el día del juicio no se nos imputarán, porque la caridad nos habrá granjeado las gracias necesarias para detestarlos, y Dios Nuestro Señor nos habrá perdonado en premio de haber cumplido su precepto. En cambio: Cuando yo hablara, continúa S. Pablo, todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles mismos, si no tuviere caridad, vengo á ser como un metal que suena ó campana que retiñe: y cuando tuviere el don de profecía y penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias; cuando tuviera toda la fe posible, de manera que trasladase de una á*

---

(1) Rom. 13, 8.

(2) Id. ib., v. 10.

(3) I. cap. IV, v. 8.

*otra parte los montes, no teniendo caridad, soy un nada: cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregara mi cuerpo á las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada* (1). ¡Tan excelente es el mérito de la caridad, y tan indispensable su ejercicio!

«El objeto de la caridad son todas las criaturas capaces de conocer, amar y glorificar á Dios en el cielo; todas tienen derecho á nuestro amor, pero entre éstas hay algunas que están más ligadas con nosotros, y éstas deben ser especialmente amadas de nosotros. Tales son, nuestros padres, nuestros amigos y nuestros bienhechores; tales también son, nuestros hermanos en religión, es decir, todos y cada uno de los miembros de esta santa familia á que nos hemos agregado. De ellos recibe principalmente el amor el nombre de caridad fraterna.

«Toda comunidad religiosa es una familia y representa á aquella gran familia de los fieles del tiempo de los apóstoles. Entonces se llamaban entre sí con el dulce nombre de hermanos y de hermanas, este es también el

---

(1) 1.<sup>a</sup> ad Cor., cap. XIII, vv. 1, 2, 3.

nombre que nosotros nos damos; sus bienes eran comunes, lo mismo hacemos nosotros; no tenían más que un solo corazón y una alma, á lo mismo debemos aspirar nosotros; se decía de ellos: *ved como se aman*, esto mismo deben decir de nosotros los ángeles del cielo y los extraños que visiten nuestro convento. Si no hay todo esto entre nosotros, formaremos una asociación, pero no seremos una familia de almas cuyo padre común es Jesucristo, puesto que El ha dicho *que no reconocerá por suyos sino á los que se amen entre sí* (1).

«Toda comunidad es una familia que bajo la dirección de Dios se consagra á un fin que reclama la tendencia y la cooperación de cada miembro; y esta cooperación no puede verificarse sino en tanto que todos los miembros se amen, no sólo con amor general que basta para prestar un servicio cuando se ofrece ocasión, ó para evitar las ofensas mutuas, sino con aquel amor que induce á complacerse mutuamente en todo lo posible. No sólo con el amor con que nos sufrimos, sino con ese otro con que nos ayudamos, con que nos

---

(1) Joan. 13, 35.

sostenemos y nos comunicamos, olvidándose cada cual de sí mismo para atender al bien de todos, y no buscando la propia gloria ni el interés personal, sino el interés y la gloria de la comunidad.

«Toda comunidad religiosa es una familia cuyos miembros están unidos, no por la sangre ni por el interés, sino por el afecto mutuo; quitad este afecto y cada uno de los miembros procedente de diverso país y con distinto carácter, procurará instintivamente hacer prevalecer sus ideas, satisfacer sus gustos y conseguir su interés particular, y la comunidad será como el edificio del que se quitan los cimientos; se introducirá la desunión; todo será desorden hasta que llegue la destrucción y la ruina, según la palabra de Jesucristo: *La casa dividida y en guerra consigo misma, no subsistirá.*

«Toda comunidad es una familia en la que deben verse realizadas las promesas que Jesucristo ha hecho á los que por Él han dejado á su padre, á su madre y á sus bienes; debe ser con sus defectos y todo un reflejo del paraíso (1). Pues bien, lo que causa la alegría

---

(1) Silvano.

del paraíso es la caridad, y esta virtud es también la fuente pura de las alegrías de una comunidad; por ella se realiza en toda su perfección lo significado por aquellas palabras: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*. Dulce cántico que más de una vez ha conmovido deliciosamente nuestras almas, y las penetra todavía de nuevo encanto cuantas veces vuelve á resonar en nuestros oídos.

En los solemnes momentos de nuestra toma de hábito, cuando interrogados en nombre de la Iglesia y de la Orden hubimos de declarar el objeto de nuestros ardientes deseos, pedimos como un favor inefable, además de las riquezas de la divina misericordia y el tesoro de la pobreza, *la compañía de los hermanos*. Sí, y con razón, porque el complemento de todo sacrificio meritorio, de toda obra divina es la caridad, y *nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida porque amamos á nuestros hermanos* (1). Por consiguiente, este amor será la prueba real de la vida de nuestras almas, y la medida de las bendiciones que Dios concederá á nuestro

---

(1) Ps. 132, 1.

celo por los hermanos en Jesucristo, á quienes amamos, no solamente de palabra, sino con las obras y de verdad.

## § II

Práctica de la virtud de la caridad fraterna en el santo noviciado. (Costumbres santas.)

1. Intimamente penetrados nuestros novicios de la excelencia y necesidad de la caridad fraternal, es grande y diligente el cuidado que tienen de ejercitar esta virtud con sus hermanos, considerando en cada uno de ellos al mismo Jesucristo.

2. De aquí es que no sólo se tratan con grande amor y respeto, sino que se hacen mutuamente todo el bien que pueden, deseando cada uno carecer ó verse privado de cualquiera cosa, antes que carezca de ella su hermano.

3. Tienen gran cuidado de ocultar, disminuir y excusar los defectos de sus hermanos, y sobre todo de defender con firmeza la fama de los ausentes, principalmente delante del Superior.

4. Cuando el P. Maestro manda en capi-

tulo ó fuera de él á uno ó más hermanos que digan las faltas que han advertido en los demás, lo hacen con tal delicadeza y caridad, que los acusados no pueden menos de oírlas con satisfacción y provecho; y lejos de mostrar disgusto, ruegan á Dios por el hermano que se las ha manifestado, agradeciéndole este acto de caridad.

5. Reina una santa emulación entre los novicios por salir á relevar en el refectorio al lector y á los servidores, procurando cada cual ser el primero en hacer este acto de caridad.

6. Cuando un novicio advierte alguna indisposición en otro, inmediatamente lo manifiesta al P. Maestro. Lo mismo hace al advertir que tiene manchado ó roto el hábito ó las sandalias.

7. También tienen gran cuidado de avisar á los servidores, cuando en el refectorio observan que á su hermano le falta algo.

8. Si un hermano tiene algún trabajo, desean y procuran todos ayudarle, siempre que la obediencia les permite, y si es repugnante, como por ejemplo, limpiar alguna inmundicia, no se contentan con ayudarle, sino que piden licencia para hacerlo ellos en

su lugar, podciendo gustosos aquella mortificación.

9. Cuando hay algún enfermo, el hermano destinado para servirle, lo hace con tal amor y caridad como si sirviera al mismo Jesucristo; y los demás hermanos tienen una santa envidia por no haber tenido la dicha de ser nombrados para ejercitar aquel acto de caridad.

10. Cuando tienen desayuno, y algún hermano por cualquiera causa no ha desayunado, inmediatamente que lo advierten, dicen al P. Maestro para que le mande desayunar y no carezca de ese pequeño alivio.

### § III

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús  
y S. Juan de la Cruz, sobre la caridad fraterna

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. Es gran cosa la caridad, y este aprovechar almas siempre, yendo desnudamente por Dios. (V. 15.)

2. Si entendiésemos lo que nos importa esta virtud del verdadero amor del prójimo, no

*S. Juan de la Cruz:*

1. Acerca de todas las personas tenga igualdad de amor... no ame más á una persona que á otra, porque errará; que aquel es digno de más amor que Dios ama más. (Cautelas.)

2. Gran sabiduría es

traeríamos otro estudio. (M. V. 3.)

3. La más cierta señal, que á mi parecer hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos á Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos, mas el amor del prójimo sí. (M. V. 3.)

4. No penseis que el aliviar al prójimo de algún trabajo no ha de costar algo... Mira lo que le costó á nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa, como muerte de cruz. (M. V. 3.)

5. Procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas, que viéremos en los otros y atapar sus defectos con nuestros grandes pecados (V. 13.)

6. Crece la caridad con ser comunicada. (V. 7.)

7. Es tan grande el amor que nos tiene su Majestad, que en pago del que tengamos al prójimo, hará que crezca de mil maneras el

saber callar y sufrir, y no mirar dichos y hechos y vidas ajenas.

3. Mira que no te entrometas en cosas ajenas, ni aun las pases por tu memoria, porque quizás no podrás tu cumplir con tu tarea. ❀

4. No sospeches mal contra tu hermano; porque este pensamiento quita la pureza de corazón.

5. Nunca oigas flaquezas ajenas, y si alguno se quejase á tí del otro, le podrás decir con humildad no te diga nada.

6. No rehuses el trabajo, aunque te parezca que no lo puedes hacer. Hallen todos en tí piedad.

7. Ninguno merece amor sino por la virtud que en él hay; y cuando de esta suerte se ama, es muy según Dios y con mucha libertad.

8. Cuando el amor y afición que se tiene á la criatura es puramente espiritual y fundado en Dios, creciendo ella crece la de Dios: y cuando más se acuerda de ella, tanto más se acuerda de Dios y le da gana de

amor que tenemos á El.  
(M. V. 3.)

8. No trateis las faltas graves del prójimo unas con otras, que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia, y comenzar costumbre de murmuración, sino con quien ha de aprovechar. (M. I. 2.)

9. Si la voluntad se inclinare más á una que á otra... que nos vamos mucho á la mano, y no nos dejemos enseñorear de aquella afición. (C. 4.)

10. Esta afición á amistades particulares para mucha perfección es malísima cosa en todos. (C. 4.)

Dios, creciendo lo uno al paso de lo otro.

9. Nunca por bueno ni malo dejes de quietar tu corazón con entrañas de amor, para padecer en todas las cosas que se ofrecieren.

10. Lo que nace de carne es carne; y lo que nace de espíritu es espíritu, dice nuestro Salvador en su Evangelio. Y así el amor que nace de sensualidad, para en sensualidad; y el que de espíritu, para en espíritu de Dios y le hace crecer. Y esta es la diferencia que hay para conocer estos dos amores.



## CAPÍTULO IV

## DE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA

## § I

## Doctrina sobre la obediencia

Obediencia, dice Sto. Tomás, es una virtud moral que dispone é inclina la voluntad á ejecutar los preceptos del Superior legítimo.

Es tan esencial esta virtud al estado religioso, que con razón la llaman los santos base y fundamento de la vida religiosa; con la obediencia hacemos sacrificio á Dios de la parte principal del alma, á quien el Señor concedió tal hidalguía, que no pudiese padecer violencia; y puesto que los sacrificios del cuerpo y obras de penitencia agradan mucho al Señor, pero en comparación de esta oferta son como nada y no se hace caso de ellas al parecer, y así dijo bien Samuel á Saul, que venía muy cargado de ofrendas y víctimas: *¿Pues qué, quiere el Señor holocaustos y vic-*

*timas, y no más bien que se obedezca la voz del Señor?* (1). La obediencia ha de ser sin examen ni discurso, sencilla y confiada, entendiendo que la voz del Prelado es voz de Dios; que el siervo de Dios, como dice San Jerónimo, no mira lo que le mandan, sino quien se lo manda, que es Dios, en cuyas manos se ha de poner el verdadero obediente como un pedazo de barro en las del alfarero, para que El haga el vaso que le pareciere y dé la figura que más le agradare.

De cuatro maneras puede uno hacer la voluntad de otro: 1.<sup>a</sup> Cuando lo que le mandan es conforme á razón (y esta obediencia tuvieron los filósofos en su punto), lo cual no es cautivar el entendimiento, porque cautiverio dice en sí cierta manera de dificultad y violencia; mas rendirse el entendimiento á una buena razón, esle muy natural y gustoso, como á los ojos ver cosas hermosas. 2.<sup>a</sup> Cuando le mandan conforme á su gusto, con modo apacible y suave; ésta es obediencia política y humana; porque parece que el buen término con que se pide, y el ser

---

(1) *Numquid vult Deus holocaustum... et non potius ut obediatur voci Domini?* 1 Reg. 15, 22.

en sí gustoso obliga á que se haga. 3.<sup>a</sup> Cuando teme el castigo que ha de sobrevenir; y ésta es obediencia de forzados, muy ajena del espíritu que S. Pablo llama de adopción, y muy conforme al que el mismo S. Pablo denomina espíritu de servidumbre y temor. 4.<sup>a</sup> Cuando no hay razón que convenza, ó si la hay no se atiende á ella, y el que manda es mal acondicionado y áspero en su manera de mandar, ó es algo riguroso en castigar, ó lo que se manda es dificultoso y desabrido; obedecer en tal caso es obediencia heroica y religiosa, que es obedecer porque se manda *cautivando el entendimiento en obsequio de Jesucristo* (1), pues como dice Sto. Tomás: El propio objeto y motivo de la obediencia perfecta es ser mandado; y así, si lo que se manda es apacible en sí (como sucede en las cosas prósperas), ya la tal obediencia más parece nacer de la propia voluntad que del ser mandada. Pero cuando lo que se manda no solamente no es agradable, sino repugnante á la propia voluntad (como suele acontecer en las cosas ásperas), entonces es evidente que no se hace sino por obedecer.

---

(1) 2 Cor. 10, 5.

Y por esto dijo S. Gregorio que la obediencia, donde interviene algún interés propio, es de muy poco ó ningún valor; porque en tal caso parece que la propia voluntad no pone la mira principalmente en cumplir lo mandado, sino en conseguir su propio querer y deseo; pero en lo adverso y dificultoso es la obediencia más cierta y de más subidos quilates, porque el que obedece no tiene otra mira sino cumplir lo que le mandan. Verdad es que puede suceder que aunque la obediencia tenga en sí alguna razón de interés en las cosas prósperas, no por eso sea menos loable y meritoria, si la voluntad no se mueve á obedecer por obedecer con menos prontitud que si faltaran los demás motivos.

De aquí es que la virtud del que por alguno de los tres primeros motivos obedece, es sospechosa y poco durable; porque es muy posible que falte razón ó gusto en lo que se manda, ó blandura y rigor en el que manda. Pero el que como buen religioso puramente obedeciere en su Prelado á Cristo, tendrá obediencia firme; pues nunca dejará el Prelado de representar á Cristo, mientras tuviere el oficio de superioridad y no mandare cosa claramente mala. Porque como dice

S. Bernardo: Todo lo que el hombre manda en nombre de Dios, sino consta claramente que desagrada á Dios, se ha de hacer lo mismo que si lo mandara Dios.

Es la propia voluntad tan temible, que espantado de ella S. Bernardo, viene á decir: *Grande mal es la propia voluntad*. Pues aun á las cosas que de suyo son buenas, por ser hechas por propia voluntad y no por obediencia, les quita el mérito, como se colige de la respuesta que dió el Señor á los que habiendo ayunado, no les recompensó el mérito del ayuno, sólo por haberlo hecho por su propia voluntad. Muchos y admirables ejemplos de perfecta obediencia se pudieran presentar para que nuestros religiosos conciban grande estima de esta virtud y lleguen á enamorarse de ella. Nos contentaremos con dos, y sea el primero el que nos ofrece la historia del Antiguo Testamento en el patriarca Abraham. Ordenó Dios á este su siervo sacrificase á su hijo Isaac (cosa por cierto bien contraria á la ley de amor que tienen los padres á sus hijos) y el santo Patriarca, sin réplica ni dilación, se encamina en compañía de su hijo hacia el lugar del sacrificio con gran determinación de cumplir el mandato del Señor,

como lo hubiera ejecutado si al tiempo de descargar el golpe mortal sobre el inocente mancebo, un ángel del cielo no le hubiera detenido el brazo para que no le hiriese, testificando al mismo tiempo que Dios estaba satisfecho de su fe y obediencia. Y es mucho de notar que llamó Abraham á aquel lugar: *El Señor ve y el Señor verá* (1). Como si dijera: Dios me manda que sacrifique á mi hijo de quien me dió palabra que había de descender el suyo según la carne; lo que á mi toca es obedecer y confiar; en lo demás el Señor sabrá cómo ha de cumplirse su promesa: allá él se lo vea. Así será bien que obren nuestros religiosos cuando los Prelados (para probar tal vez su sencillez y obediencia) les mandaren algunas cosas al parecer incompatibles y fuera de razón: esto me mandan, con hacerlo cumplo. Conserve yo la paz de mi alma, y suceda lo que sucediere. El otro ejemplo es el que nos dió nuestro divino Salvador haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, no queriendo expirar en ella (aunque habían sido los tormentos más que suficientes para quitarle la vida) hasta que inclinada

---

(1) *In monte Dominus videbit.* Gen. 22, 14.

la cabeza, como dice S. Jerónimo, en señal de que su muerte era por obediencia á su Eterno Padre, entregó su espíritu.

## § II

Práctica de la virtud de la obediencia en el santo noviciado. (Costumbres santas.)

1. Lo primero que procura el P. Maestro es persuadir á nuestros novicios que han venido á vivir y morir bajo la santa obediencia; y queda esta lección tan grabada y asentada en sus corazones, y la practican con tanto esmero y diligencia que, si bien se distinguen mucho en todas las virtudes, en la obediencia es sobre toda ponderación. Entre ellos ha venido á ser proverbial: *Cristo lo manda, basta*: persuadidos de que cuando les mandan los Superiores, es lo mismo que si les mandara el mismo Jesucristo.

2. Tratan con grande reverencia al Padre Prior y al P. Maestro y lo mismo á los Superiores mayores considerando en ellos á Jesucristo; al entrar en sus celdas y donde quiera que les encuentran, besan de rodillas devotamente su santo escapulario, el cual toman siempre con las dos manos.

3. Cuando pasan por delante de sus celdas, hacen genuflexión y dicen en su interior: *Paratum cor meum Deus, paratum cor meum*, (1) haciendo actos de obediencia y aparejándose á ejecutar cualquiera cosa que les mandaren.

4. Al entregarles algún objeto, se ponen de rodillas (y lo mismo hacen cuando dan ó reciben algo de otro hermano) y después de besar el objeto, tienen costumbre de besarles la mano en prueba del gran respeto que les profesan. Y en general con todos los Superiores se muestran muy deferentes prestándoles todas las atenciones que pide la buena educación, como acompañarles con la luz en casos necesarios, adelantarse á darles á la mano la vela ó el objeto que van á tomar, abrirles la puerta, darles agua bendita, levantarse, si están sentados, cuando entran en algún aposento, etc.

5. Cuando el P. Maestro les encarga algún trabajo no sólo no alegan excusa, sino que se avergüenzan de excusarse, aunque se les mande, pareciéndoles que pierden el mérito de la obediencia, ó que no la ejercitan á perfección.

---

(1) Ps. 56, 8.

6. Al mandarles el mismo P. Maestro algún trabajo, sin determinar quien lo haga, se apresuran todos á hacerlo por obedecer á la voz de Dios, hasta que les ordenan otra cosa. Más aún, no esperan á que el P. Maestro les mande expresamente lo que han de hacer; bástales conocer por algún indicio su voluntad para anticiparse todos á ejecutarlo, y al que por sola esta indicación no obedece, se le tiene por poco amante de esta virtud.

7. Cuando les ordenan cosas penosas y de mortificación, van alegres y con mucho gusto; mas cuando les ordenan que tomen algún alivio, suelen decir una ó dos veces que pueden pasar sin él, deseando privarse por Dios Nuestro Señor.

8. Y si les mandan tomar algo que gusta á los sentidos, por ejemplo, una fruta, etc., cogen únicamente lo suficiente para cumplir con la obediencia, y aun no la comen, hasta que se lo mandan expresamente.

9. No dejan de hacer los trabajos que el P. Maestro les designa, por molestos que sean é inútiles que parezcan, como trasladar piedras de un punto á otro.

10. Por el contrario, cuando están ocupados en cualquiera labor, por gustosa que

sea, la dejan tan pronto como oyen la voz de la obediencia.

11. Para todo piden licencia, aun para las cosas más mínimas é insignificantes, como para poner un botón, lavarse las manos, etc., dando en esto prueba del gran amor que tienen á la virtud de la obediencia y de la escrupulosidad con que la guardan.

12. Es indecible la puntualidad con que nuestros novicios obedecen á la voz de la campana, especialmente cuando les llaman para maitines ó para la oración: levántanse de la tarima con tanta ligereza, como si toda ella estuviera ardiendo, deseando cada cual ser el primero en salir de la celda á despertar á los demás tocando las tablillas, como se acostumbra.

13. En el momento que oyen la campana ó las tablillas acuden con la mayor presteza considerando aquello de los Reyes Magos: Esta es señal de un gran Rey (1), y dejando, si ocurre, por terminar la letra comenzada, á no ser que el P. Maestro les haya mandado algún trabajo sin designar el tiempo que han

---

(1) *Hoc signum magni Regis est* (ex officio Eccle).

de emplear en él, en cuyo caso van á preguntarle lo que deben hacer.

14. El tañedor tiene gran cuidado y se esmera mucho en no cometer falta alguna en su oficio, pues de su buen desempeño y solitud depende el orden y concierto de la Comunidad; por esto suele estar de rodillas al pie de la campana unos minutos antes de la hora para tocar con más puntualidad.

15. Cuando les designan algún oficio, aunque sea de los más costosos, lejos de mostrar disgusto, lo aceptan con alegría, y como verdaderos obedientes no están tranquilos hasta que lo estudian con detención en el ceremonial ó instrucciones para cumplirlo con la mayor perfección y exactitud.

16. Con la misma docilidad y prontitud ejecutan cualquiera indicación de sus hermanos, con tal que no sea contra la obediencia ó costumbres del santo noviciado; porque entonces, sin decir que no lo quieren hacer, con serenidad de rostro muestran que no lo pueden sin licencia; pero si lo que les mandan no es contra obediencia, lo hacen sin replicar, especialmente si son cosas de trabajo, como fregar, barrer, etc., deseando más hacer la voluntad ajena que la propia.

17. Cuando algún novicio tiene que salir por justo motivo del santo noviciado, va primero á la celda del P. Maestro ó de su Ayudante á darle cuenta del motivo de su salida, y obtenida la licencia, va al oratorio á tomar la bendición del Santísimo Sacramento; toca la campanilla del noviciado, y al salir hace inclinación de cabeza al hermano que le abriere, diciendo: *Laudetur Jesus Christus*, y genuflexión á la puerta. Terminado el asunto por el cual salió del noviciado, vuelve en seguida á él, repitiendo á la puerta lo que hizo al salir y dando cuenta de su regreso al P. Maestro ó á su Ayudante, toma la bendición de Jesús Sacramentado en el oratorio y se retira á su celda. Si al salir del noviciado no estuviere el P. Maestro ni su Ayudante, indicará por señas al celador la causa de su salida.

### § III

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús y S. Juan de la Cruz, sobre la virtud de la obediencia

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. Por una de las mayores mercedes que me siento obligada á nues-

*S. Juan de la Cruz:*

1. El camino de la vida poca negociación y solicitud requiere, y

tro Señor, es por darme su Majestad deseo de ser obediente: porque en esta virtud siento mucho contento y consuelo como cosa que más encomendó nuestro Señor (1).

2. Para ir mereciendo más y más, y no perdiéndonos, la seguridad que podemos tener es la obediencia, y no torcer de la ley de Dios (2).

3. En obedecer y no ofender al Señor, está todo el remedio para no ser engañado (3).

4. Quiere el Señor que cumplamos la voluntad de los Superiores como la suya propia (4).

5. Quien estuviere por voto debajo de obediencia y faltare, no trayendo todo cuidado en cómo cumplirá con mayor perfección este voto, no sépara que está en el monasterio (5).

6. Yendo con limpia conciencia y con obe-

más pide negación de la propia voluntad que mucho saber. El que se inclinare al gusto y suavidad de las cosas, menos podrá caminar por él.

2. Quien no anda en gustos propios ni de Dios ni de las criaturas, ni hace su voluntad propia en cosa alguna, no tiene en qué tropezar.

3. Aunque emprendas grandes cosas, sino aprendes á negar tu propia voluntad y sujetarte, olvidando el cuidado de ti y de tus cosas, no te adelantarás en el camino de la perfección.

4. Déjate enseñar, déjate mandar, déjate sujetar y serás perfecto.

5. Más satisfecho está Dios de ver una alma que con sequedad y trabajo de espíritu se sujeta y rinde, que no aquella que faltando en esta obediencia se ejercita en todas sus obras

(1) Cartas.

(2) M. v, cap. 3.

(3) M. VI, cap. 6.

(4) M. VII, cap. 4.

(5) Cam., cap. 18.

diencia, nunca el Señor permite que el demonio tenga tanta mano que nos engañe de manera que pueda dañar á el alma (1).

7. Cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior (2).

8. Mientras más nos sujetáremos á los hombres, no teniendo otra voluntad sino la de nuestros mayores, más estaremos señores de ella para conformarla con la de Dios (3).

9. Yo aseguro que mientras uno faltare á la obediencia, nunca llegará á ser contemplativo, ni aún buen activo (4).

10. Por experiencia he visto... el gran bien que es para una alma no salirse de la obediencia. En esto entiendo está el irse adelan-

con grande suavidad de espíritu.

6. Más quiere Dios en ti el menor grado de obediencia y sujeción que todos esos servicios que le pretendes hacer.

7. La sujeción y obediencia es penitencia de la razón y discreción, y por eso es para Dios más acepto y gustoso sacrificio, que todos los demás de penitencia corporal.

8. La penitencia corporal sin obediencia es imperfectísima; porque se mueven á ella los principiantes sólo por el apetito y gusto que allí hallan; en lo cual por hacer su voluntad antes van creciendo en vicios que en virtudes.

9. Pues se te ha de seguir doblada amargura en cumplir tu voluntad, no la quieras cumplir aunque quedés en amargura.

10. Fácilmente prevalece el demonio con los que á solas y por su

(1) Fund. 4

(2) Id. 5.

(3) Ibid.

(4) Cam. 18.

tando en la virtud y el ir cobrando la de la humildad... Aquí se halla la quietud que tan preciada es en las almas que desean contentar á Dios (1).

---

voluntad se guían en las cosas de Dios (1).

(1) Fund. prol.

(1) Avisos espirituales.



## CAPÍTULO IV

## DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

## § I

## Doctrina sobre la castidad.

Castidad es una virtud moral que refrena y modera, según la recta razón, el apetito y uso de los deleites sensuales. Grande es la obligación que tenemos de amar tiernamente la angélica virtud de la castidad, no sólo por el voto que á Dios hacemos de ella, sino también por ser hijos predilectos de la Inmaculada Virgen María, á quien nuestra Religión, como á protectora está dedicada; y cuyo Escapulario por particular regalo y favor traemos. No hay lirio entre las espinas más hermoso: no hay azucena, jazmín ni clave-lina que así recree el olfato del Cordero sin manchilla, como la purísima castidad. Y como en el cielo había criado aquellos maravillosos órdenes de ángeles, que asistiesen á su

real presencia, así viniendo al mundo, según dice S. Jerónimo, parece que no se hallaba sin plantar en él, como en competencia del otro, esta nueva floresta y jardín de vírgenes, que morando en cuerpos corruptibles y terrestres, fuesen incorruptos, celestiales y casi divinos en su pureza; porque, como el mismo Santo dice: *In carne præter carnem vivere magis angelicum est quam humanum.*

Supuesto, pues, que en las cosas graves ha de haber la diligencia necesaria para que no haga asiento ni detención pensamiento alguno no limpio en nuestro corazón, guardándole para solo Dios, tendrán nuestros religiosos grandísimo recato en no trabar unos con otros amistades particulares, por buen color que tengan. No se toquen con las manos, ni se recuesten unos sobre otros en la recreación, ni den otra alguna señal ó indicio de particular afición. Sea, tomando el consejo de S. Buenaventura, benigno con todos, para nadie blando, á pocos familiar é igual con todos; porque, como dice S. Bernardo: Tres cosas particularmente debe guardar el religioso: Hablar poco, tener pocos amigos familiares y orar mucho.

No aficionen su corazón á las cosas terre-

nas, de manera que les retarde ó resfríe en el amor de Dios (á quien solamente han de entregar el homenaje de su voluntad, y en quien han de emplear todo su amor), mas bien tengan un santo despego en todo, aunque sea de su propio padre, madre ó parientes, usando á menudo de aspiraciones amorosas á su dulce Esposo Jesús diciéndole con la Esposa: *Hacécito de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará* (1). Otras veces con la misma Esposa le dirá: *Téngole y no le dejaré* (2); ó con David: *¿Qué hay para mí en el cielo, y fuera de tí qué quiero yo sobre la tierra?* (3) ú otros semejantes requiebros, aguardando la correspondencia y retorno del divino Esposo que á buen seguro no se quedará corto.

Tendrán nuestros religiosos por particular abogado (así para este efecto como para todo lo demás) á la Virgen purísima; porque es imposible que á quien ella inclina sus piadosos ojos perezca, como lo dijo S. Anselmo por estas devotísimas palabras: *Así como ¡oh Virgen bienaventurada! necesariamente ha*

---

(1) Can. 1, 12.

(2) Cant. 3, 4.

(3) Ps. 72, 25.

- *de perecer todo el que se apartare de Vos, así por el contrario, es imposible que perezca el que á Vos se acogiere.* Así mismo profesen cordial devoción al castísimo esposo de María, San José y á otros santos que eligieren por protectores especiales. Persuádanse muy de veras nuestros religiosos, cuánto importa huir como del infierno de todas las ocasiones, por remotas que sean, de perder la preciosa joya de la castidad. Adviértales el P. Maestro para adelante cuanto dependa la guarda de este preciosísimo tesoro de la mortificación de los sentidos y retiro en el monasterio. Que no deseen jamás salir fuera de casa sin necesidad; que amen el estar siempre recogidos en su celda y aborrezcan las visitas y trato de seglares, especialmente de personas de diferente sexo.

Pero por ser comunmente combatidos los novicios de pensamientos importunos y recuerdos poco honestos del siglo, y juntamente molestados de escrúpulos pareciéndoles á cada paso haber consentido en la tentación, y por consiguiente ofendido á Dios y perdido su gracia; y sabiendo de cuán grande impedimento sean los escrúpulos, así para la quietud de la oración, como para el aprovecha-

miento espiritual de sus almas, pareció poner aquí este ejemplo, por el cual fácilmente puedan echar de ver cuándo haya culpa en los pensamientos que el demonio ofrece, y la diferencia que hay entre sentir y consentir en ellos. El símil ó ejemplo es como sigue: Supongamos que un litigante tiene pleito en algún tribunal y que este pleito ha de ser fallado por cinco jueces, á quienes el pleiteante intenta sobornar para que sentencien en su favor, enviándoles con este mal fin presentes y joyas de valor. El criado que las lleva habla al primer juez dándole el recado y presentes de parte de su señor; pero el juez no haciendo caso de su criado, se aparta de él y le deja sin respuesta. Este juez denota á los que tienen primeros movimientos, en los cuales no hay pecado. El segundo, viendo los presentes y joyas y oyendo el recado, abomina de ello y despide con rigor y aspereza al se los llevaba. Este significa á los que resisten los malos pensamientos, en lo cual hay merecimiento. El tercero ve los dones que le envían y huélgase; más, considerando que se los envían para sobornarle, no los quiere recibir, antes los desecha. Este representa á los que tienen malos pensamientos,

y no los desechan con presteza sino tibiamente, deteniéndose algún tanto en ellos, los cuales pecan venialmente. El cuarto mira las joyas que se le envían y haláganle; mas por temer infamia ú otro daño temporal que se le puede seguir, no las acepta ni las quiere. Como éste son los que se huelgan en los malos malos pensamientos y voluntariamente se detienen en ellos, aunque no quieren ponerlos por obra por algunos respetos humanos que en ello tienen; y éstos pecan mortalmente, porque con voluntad interpretativa consienten. El quinto cegado con las riquezas de las joyas, las acepta y recibe, y da su voto en favor del que le sobornó. Éste es figura de los que ponen en ejecución los malos pensamientos, que pecan más gravemente.

De manera que el primero no peca; el segundo merece; el tercero peca venialmente, el cuarto mortalmente, y el quinto de la misma manera, aunque con más gravedad y culpa.

## § II

Práctica de la virtud de la castidad en el santo noviciado. (Costumbres santas.)

1. Tienen los novicios en grande estima y veneración esta virtud angelical de la castidad, y no pierden de vista jamás que son hijos privilegiados de la Purísima Virgen María del Monte Carmelo, Madre de Dios, la cual hubiera preferido renunciar á esta sublime dignidad y honor altísimo, antes que su virginidad sufriese la menor mancha.

2. Y considerando cuán fácil es el vaso que contiene tan preciosa fragancia, guardan sumo recato en todas sus acciones; en la cama procuran estar bien cubiertos, y á ser posible, con los brazos cruzados ante el pecho, y jamás se quitan el hábito sin haber cerrado antes la ventana de la celda y apagado la luz.

3. Son muy diligentes en la práctica de los medios, que conducen á la guarda de la castidad, y en apartarse de las ocasiones y peligros aun los más remotos de mancillar

esta angelical virtud. Así traen de continuo á su memoria la presencia de Dios y su santo temor, haciendo, como Job, pacto con sus ojos de no mirar objeto alguno que pueda serles motivo de tentación. Huyen de la ociosidad; no se permiten familiaridades, y miran y evitan como una peste las amistades particulares, verdadero escollo donde tantos han naufragado, perdiendo por esta causa hasta la vocación religiosa.

### § III

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús  
y S. Juan de la Cruz, sobre la virtud de la castidad

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. Cuando algún pensamiento malo le viniere santíguese ó rece un Pater noster ó dése un golpe en los pechos y procure pensar en otra cosa, y antes será mérito, pues resiste (1).

2. No hay encerramiento tan encerrado á donde (el demonio) no pueda entrar, ni desier-

*San Juan de la Cruz:*

1. Muchas almas no tienen ganas de obrar virtudes, porque tienen apetitos no puros y fuera de Dios.

2. Desabrido es todo lo que es carne. (Llama de amor viva, canc. 3.<sup>a</sup>)

3. Así como el hombre que busca el gusto de las cosas sensuales y en ellas pone su gozo,

(1) Ep.

to tan apartado á donde no deje de ir (1).

3. No me turba alma cuando laveo con grandísimas tentaciones que si hay amor y temor de Dios ha de salir con mucha ganancia (2).

4. No consintamos, oh hermanas, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre: miren que sin entender cómo se hallarán asidas que no se puedan valer (3).

5. En habiendo pasión va todo desconcertado... Si con templanza y discreción tratamos el amor espiritual, va todo meritorio, porque lo que nos parece sensualidad, se torna en virtud (4).

6. Si la voluntad se inclina más á una persona que á otra... que nos vayamos mucho á la mano á no nos dejar enseñorear de aquella afición (5).

7. Estas aficiones particulares entre per-

no merece ni se le debe dar otro nombre que de sensual, animal y temporal; así cuando levanta el gozo de estas cosas sensibles, merece todos estos atributos de espiritual, celestial y divino.

4. Si un gozo niegas en las cosas sensibles, ciento tanto te dará el Señor en esta vida, espiritual y temporalmente, como también por un gozo que de esas cosas sensibles tengas, te nacerá ciento tanto de pesar y sinsabor.

5. Cobran algunos aficiones con algunas personas por vía espiritual, que muchas veces nace de lujuria, y no de espíritu, lo cual se conoce ser así cuando con la memoria de aquella afición no crece más la memoria y amor de Dios, sino remordimiento de la conciencia (1).

6. Cuando el amor á la criatura nace de vicio sensual ó de inclinación

(1) Mor. v, ca. 4.

(2) Concep. 2.

(3) Camino, 4.

(4) Ibid.

(5) Ibid.

(1) Noche, 4.

sonas religiosas hacen daños para la comunidad; porque estas amistades grandes pocas veces van ordenadas á ayudarse á amar más á Dios (1).

8. Guárdese de estas particularidades por santas que sean, que aun entre hermanos suelen ser ponzoña... Y aunque os parezca que este es extremo, créame que en este extremo está gran perfección y gran paz y se quitan muchas imperfecciones á los que no están fuertes (2).

puramente natural, al paso que aqueste crece, se va resfriando en el amor de Dios y olvidándose de El, sintiendo remordimiento de la conciencia con la memoria de la criatura.

7. En tanto que hubiere en el alma apetitos sensuales y aficiones naturales, de tal manera está el espíritu impedido debajo de ellas que no puede pasar á verdadera vida y deleite espiritual (1).

8. ¿Cómo te atreves á holgarte tan sin temor, pues has de parecer delante de Dios á dar cuenta de la menor palabra y pensamiento?

(1) Camino, 4.

(2) Ibid.

(1) Cant. esp. cant., 8.



## CAPÍTULO V

## DE LA VIRTUD DE LA POBREZA

## § I

## Doctrina sobre la pobreza

Es la pobreza religiosa una virtud por la cual renunciamos á todos los bienes terrenos por amor á los celestiales. Cuando no hubiera otra razón que nos moviera al amor de esta sagrada virtud, sino la bienaventuranza de que en su manera gozan los pobres de espíritu en esta vida, y la esperanza que tienen del reino de los cielos, que en premio se les promete, esto bastara para aficionarnos mucho á ella. Por lo cual los nuevos soldados de la milicia cristiana, que entran en batalla con el demonio, si quieren correr con ligereza su carrera y trabar con seguridad lucha con su contrario, han de guardar el aviso de aquel valeroso guerrero, el Apóstol S. Pablo: *El que hubiere de entrar en bata-*

*lla, ha menester desnudarse de todas las cosas.*

Porque como los malignos espíritus estén desnudos de las cosas de este mundo, los que con ellos hubiéremos de luchar debemos ir desnudos y pobres; pues como dice S. Gregorio, si uno que está vestido lucha con el que está desnudo, presto será derribado en tierra, porque tiene por donde sujetarle.

Por esta y otras razones nuestros religiosos deben profesar tan entrañable amor á la santa pobreza, que viendo á alguno más pobre que ellos sientan una como natural y muy pesada afrenta que les esté zahiriendo y como dando en rostro, por ver que otro les lleve ventaja en la privanza de la familiar y muy amiga de Cristo la santa pobreza, el cual siendo rico se hizo pobre por nosotros, dándose los primeros abrazos con ella en el pesebre, hasta que le dió los postreros en la cruz para hacernos ricos con su pobreza.

Para que el religioso pueda mostrarse imitador de Cristo en la virtud de la santa pobreza, no ha de contentarse con ser pobre de hecho, sobrellevando los efectos de la misma pobreza, sino que ha de ser pobre de espíritu. Para esto sepa que el verdadero pobre de espíritu todo lo tiene debajo de sus

pies; y así vendrá á tener posesión de todo, según lo indica la etimología de esta voz *pedis sessio* (*possessio*), dando á entender que sólo aquello se posee que se tiene debajo de los pies: en cuya significación dijo Moisés en nombre de Dios á su pueblo: *Todo lo que pisare vuestro pie, será vuestro*. Como si dijera, si no le pisaras no fuera tuyo, porque solamente es tuyo aquello que huellas y tienes debajo de los pies. Por donde el Salmista, para significar que había Dios dado al hombre dominio y posesión sobre todas las cosas, dijo: *Todo lo sujetaste y pusiste bajo sus pies* (1): de donde se sigue que, si se pusiese alguna cosa sobre el corazón, ya el tal no la poseería, antes sería poseído de ella y con justo título se diría suyo, como llama David á los ricos que tienen sobre su corazón las riquezas: *Viri divitiarum*, dando en esto á entender que antes son los tales de las mismas riquezas que las riquezas de ellos; pues quitándolas del lugar donde el Criador las puso, que fué debajo de sus pies, y poniéndolas sobre su corazón, perdieron el señorío y posesión de ellas y quedaron hechos esclavos suyos.

---

(1) Ps. 8, 8.

De aquí también se colige que el que pretende ser señor de sí mismo (lo cual es muy necesario para la perfección á que estamos obligados á caminar), ha de levantarse sobre sí, como aquel de quien dice Jeremías: *Levavit super se* (1). No haga, pues, el hombre tal vileza, ni se degrade tanto que, habiéndole Dios puesto sobre todas las cosas, se sujete y ponga debajo de ellas. Enseñe, por lo tanto, el P. Maestro á sus novicios, cómo si no renuncian todo lo que poseen, hasta su entendimiento y voluntad, no entendiendo ni amando cosa alguna, por buena que parezca, sino fuere conforme á la voluntad de Dios, no podrán ser discípulos de Cristo. Pero el que se supiere desapropiar de sí mismo y aniquilarse y salir de sí para tener en Dios mejor ser, podrá decir con S. Pablo: *Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí* (2). Porque este tal ya no tiene propiedad en cosa, ni obra á fuero propio, sino á fuero de Cristo, y como él obrara en tal estado, tiempo y ocasión. Por lo cual si alguno quiere que Dios entre y viva en él, ha de salir primero de sí, y sin

---

(1) Thren. 3, 28.

(2) Galat. 2, 20.

esto no entrará ni vivirá en él Dios; porque mal puede uno quedándose en su lugar, entrar en otro.

Para que los novicios no se aficionen á cosa alguna con menoscabo de la santa pobreza, procure el P. Maestro que los objetos que tengan á su uso, sean llanos, pobres y humildes; porque cuanto más desechados fueren, menos se les pegarán al corazón, y consiguiendo con este desasimiento ponerlos debajo de los pies, tendrán verdadero señoría y posesión sobre ellos. Así no se consentirán entre los hermanos curiosidades en el vestido, túnica ó tratamiento de su cuerpo, ó cuidado excesivo de andar limpios y bien puestos, sino que todo huela á pobreza: y al que le notaren alguna curiosidad en el vestido, le mortificarán dándole lo peor, enseñándole á quitar el cuidado de esto y ponerlo en lo que importa más.

Si al P. Maestro le pareciere, podrá cambiarles los libros, breviarios, cruces, rosarios y correas con lo demás que tuvieren á su uso, repartiéndolo por suertes ó como crea más conveniente; pero si se deja á elección de los hermanos, éstos siempre escogerán lo más desechado por amor y afecto á la santa pobreza.

Esta rica pobreza de espíritu, que es un menosprecio voluntario de las cosas de este mundo y un contentamiento sumo con la suerte que Dios nos dió, pone al hombre en tal paz y sosiego, que se atrevió á decir Séneca: *El que tiene cerrada la puerta á los deseos de su codicia, bien puede competir con Júpiter en felicidad y bienaventuranza.* Máxima bien confirmada por aquello del Evangelio: *«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (1).»*

## § II

Práctica de la virtud de la pobreza en el santo noviciado. (Costumbres santas.)

1. La virtud de la santa pobreza ha sido siempre muy amada, estimada y apreciada por nuestros novicios á imitación de nuestro Señor Jesucristo, que la amó en tanto extremo, que no tuvo donde reclinar su cabeza.

2. Es tal el amor que tienen á esta virtud, que cada uno desea vestir el hábito más pobre y deteriorado; estimándolo más que los

---

(1) Matth. 5, 3.

mundanos las púrpuras reales; y al que ha tocado la suerte de llevar el hábito más viejo y remendado, se tiene por más feliz y dichoso, como que se asemeja más á Cristo.

3. Lo mismo sucede con los demás objetos, pues ponen el mayor empeño en tener lo más despreciable en túnicas, capas, celdas, breviarios, etc.

4. Por el afecto que profesan á esta virtud, juzgan por grande y abundante en la casa del Señor cualquiera limosna que les hagan, por pequeña é insignificante que sea, agradeciéndola de todo corazón.

5. Cuando encuentran algún pedazo de hilo, paño ú otro objeto semejante, lo recogen y llevan á sus propias oficinas, para que se utilicen.

6. Tienen también sumo cuidado en que por su negligencia no se pierda ni inutilice cosa alguna; y cuando con la debida licencia usan de algún objeto, como agujas, alfileres, etc. lo devuelven inmediatamente que se han servido de ellos.

7. Procuran conservar del mejor modo posible todo lo que les dan para su uso, por ejemplo, libros, cuidando de no estropearlos, y son muy mirados en no malgastar nada;

así no tienen encendidas las luces sin necesidad.

8. Cuando nuestros novicios tienen afición ó apego á alguna cosa, aunque sea buena en sí, lo manifiestan al P. Maestro y ruegan que les quite; deseando más carecer de ella por precisa que sea, que faltar en lo más mínimo á la pobreza y desasimiento.

9. Cuando el P. Maestro quiere mejorar á alguno de capa ú otra prenda, porque la tiene en mal uso, los que las tienen nuevas salen á porfía á pedir que se les cambie por las suyas.

10. Si alguno de los hermanos carece de alguna cosa necesaria, suele el P. Maestro decirlo á los demás, y causa en verdad edificación y gusto ver la emulación que reina en todos, queriendo cada cual privarse de lo que tiene por socorrer á su hermano.

11. Cuando les sirven pan en el refectorio toman los pedazos más pequeños y más duros, y si se los ponen en la mesa, los comen antes que el pan tierno. Los servidores no colocan un plato sobre otro, porque no se pierda lo que en ellos queda, ni retiran más de cuatro cada vez.

12. En los oficios de enfermero, cocinero

y ropero ponen más cuidado, como que hay más ocasión de faltar á la santa pobreza.

13. Es regla inviolable entre nuestros novicios no pedir nada de comida, ni de vestido, dejándose en las manos de Dios como verdaderos pobres, y deseando carecer aún de lo necesario por amor de Dios Nuestro Señor.

14. En la celda no tienen más que un banquillo para poner los libros, una imagen de papel sin colores, una cruz y la tarima con tres mantas y una almohada.

15. Para despegar el corazón de todo, se despojan de lo que han traído del siglo, contentándose con una cruz de madera para el pecho, para llevar cuenta de la presencia de Dios, una decena y un rosario de huesos de aceituna.

### § III

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús  
y S. Juan de la Cruz, sobre la virtud de la pobreza

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. La santa pobreza es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí... es un se-

*S. Juan de la Cruz:*

1. Jesucristo nuestro Señor llamó á las riquezas en el Evangelio espinas: para dar á

ñorío grande: es señorear todos los bienes de él, á quien no se le da nada de ellos (1).

2. Crean mis hijas que para nuestro bien me ha dado el Señor un poquito á entender los bienes que hay en la santa pobreza, y las que lo probaren lo entenderán (2).

3. Parezcámonos en algo á nuestro Rey, que no tuvo casa; sino en el portal de Belén á donde nació, y la cruz adonde murió (3).

4. Mirando á Cristo tan pobre en la cruz y desnudo, no podía llevar en paciencia ser rica; suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera, que yo me viese pobre como él (4).

5. Estas armas han de tener nuestras banderas que de todas maneras queramos guardar la santa pobreza, en casa, en vestido, en palabras, y mucho más en el pensamiento. Y mien-

entender que el que las manoseare con la voluntad, quedará herido con algún pecado.

2. No ocupan al alma las cosas de este mundo ni las dañan, pues no entran en ella; sino la voluntad y apetito de ellas, que moran en ella.

3. Ha el espiritual de mirar mucho que no se le comience el corazón y el gozo á asir á las cosas temporales, temiendo que de poco vendrá á mucho, creciendo de grado en grado: pues de pequeño principio en el fin es el daño grande, como una centella basta para quemar un monte.

4. Al desasido no le molestan cuidados, ni en la oración ni fuera de ella; y así sin perder tiempo, con facilidad hace mucha hacienda espiritual.

5. Traiga interior desasimiento de todas las cosas, y no ponga el gusto en alguna tempo-

(1) Cam., 2.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

(4) Vida, cap. 35.

tras esto hicieren, no hayan miedo caiga la Religión de esta casa, con el favor de Dios: que como decía Sta. Clara, grandes muros son los de la pobreza (1).

6. Dejad el cuidado de mover las voluntades ajenas al Señor de las rentas y de los renteros (2).

7. Sería engañar al mundo otra cosa, hacernos pobres no lo siendo de espíritu sino en lo exterior (3).

8. El verdadero pobre tiene en tan poco estas cosas, que ya que por algunas causas las procura, jamás le inquietan, porque nunca piensa le ha de faltar, y que le falte, no se le da mucho: tiénelo por cosa accesoria, y no principal (4).

9. Si por haber abrazado la santa pobreza muriéredes de hambre, bienaventuradas las monjas de S. José (5).

alidad: y recogerá su alma á los bienes que no sabe.

6. Los bienes inmensos de Dios no caben sino en corazón vacío y solitario.

7. Los pobres de espíritu con gran largueza dan todo cuanto tienen: y su gusto es saber quedarse sin ello por Dios y por la caridad del prójimo, regulándolo todo con las leyes de esta virtud.

8. No sentirás más necesidades que á las que quisieres sujetar el corazón, porque el pobre de espíritu en las menguas está más contento y alegre, y el que ha puesto su corazón en la nada, en todo halla anchura.

9. La pobreza de espíritu sólo mira á la sustancia de la devoción, y aprovechándose sólo de aquello que basta para ella, se cansa de la multiplicidad y curio-

(1) Cam., 2.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

(4) Ibid., 39.

(5) Ibid., 2.

10. Dios jamás falta  
á quien le sirve (1).

sidad de instrumentos  
visibles.

10. El pobre que está  
desnudo le vestirán: y  
el alma que se desnuda  
de los apetitos y quere-  
res y no quererres, la  
vestirá Dios de su pu-  
reza, gusto y volun-  
tad (1).

---

(1) Vid., cap. 85.

(1) Sentenciarío.



## CAPÍTULO VI

## DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

## § I

## Doctrina sobre la humildad.

La humildad, según S. Bernardo, es una virtud por la cual el hombre, mediante el conocimiento verdadero de sus miserias, se tiene por vil y despreciable á sí mismo; para de este conocimiento y desestima propia venir al conocimiento y estima grande de Dios, según aquello: *Mirabilis facta est scientia tua ex me* (1).

No sería razón que á la mísera condición de nuestra pobre vida acompañase algún género de soberbia y altivez, antes le es muy natural y proporcionada la virtud de la humildad, seguro camino del cielo. Esta hermosa virtud es como el lecho de las demás

---

(1) Ps. 138, v. 6.

y el fundamento sobre que asienta el edificio de ellas, según el sentir de todos los santos, y en especial de S. Gregorio, el cual la llama en una parte, maestra de todas las virtudes, y en otra origen y raíz de ellas; porque así como la flor se sustenta de la raíz, y cortada se seca, así la virtud, cualquiera que sea, sino persevera en la virtud de la humildad, se seca y se pierde luego.

Háse de advertir que la humildad es de dos maneras; una de entendimiento y otra de voluntad; la de entendimiento es entender uno lo que claramente en sí ve y experimenta; v. gr., si es tardo en cumplir sus obligaciones, tenerse por perezoso, y si habla demasiado, tenerse por hablador; mas por solo este conocimiento nadie debe juzgarse humilde, pues hasta los malhechores, viendo que obran mal, se tienen por tales. Humildad de voluntad será querer ser tenido por lo que es, y como tal tratado: tal era la de los Apóstoles, que (como se cuenta en sus hechos) volvían con mucho gozo y alegría, cuando habían recibido por el nombre de Jesús alguna afrenta, teniéndola por gran dignidad y honra. Esta es la fina y preciosa humildad. Bien dirá uno de sí que es tibio y relajado, etc., y lo sentirá

así; pero líbrenos Dios que otro se lo diga, sin duda que aunque no se arrojase con demostraciones de venganza como los del mundo, no dejaría de levantarse allá dentro alguna impaciencia, turbación ó ira, y un como escozor de ser tenido de otro en menos: á los cuales encuentros, el que varonilmente resistiere, ganará la palma de la humildad, y si por el contrario se dejare vencer, será cautivo y prisionero de la soberbia. También es buen aviso el que acerca de esta materia da nuestra Madre Sta. Teresa de Jesús, que (hablando con sus hijas en el libro intitulado *Camino de perfección*) dice así: *Donde el demonio puede dañar sin entenderle, es haciéndonos entender que tenemos virtudes, no las teniendo, cuando somos regalados de Dios: porque en los gustos y júbilos parece sólo que recibimos y que quedamos obligados á servir: mas cuando padecemos, parece que damos y que está el Señor obligado á pagar. También os quiero decir que si algún don nos parece que nos ha dado el Señor, entendamos que es bien recibido y que nos le puede tornar á quitar, como á la verdad acaece muchas veces y no sin gran providencia de Dios. Nunca lo habeis visto por vosotras? pues yo sí; unas ve-*

*ces me parece que estoy muy desasida y en hecho de verdad (venido á la prueba) lo estoy. Otras veces me hallo tan asida (y de cosas que por ventura el día anterior burlaba yo de ellas) que casi no me conozco. Otras veces me parece que tengo mucho ánimo y que á cosa que fuese servir á Dios, no volvería el rostro, y probado es así que lo tengo para algunas cosas. Otro día viene que no me hallo en él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradicción. Así unas veces me parece que de ninguna cosa que dijesen de mí, me daría nada, y he probado algunas veces ser así, que antes me da contento. Vienen días que sólo una palabra me aflige y querría irme del mundo, porque parece que todo me cansa. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa así. Pues si esta es así, ¿quién podrá decir de sí que tiene virtud, ni que está rico, pues al mejor tiempo que haya menester la virtud se halla de ella pobre?* Palabras son todas estas de nuestra seráfica y santa Madre, que con gran verdad desengañan y dan á entender lo poco que el hombre debe fiar de su virtud.

Para que pnedan los hermanos conocer lo que les falta de esta virtud, se ponen aquí

los siete grados de humildad que trae S. Anselmo: 1.º Conocer uno que es digno de ser menospreciado y estar muy persuadido de ello.—2.º Dolerse mucho de esto, no por conocerlo, sino porque es digno de vituperio.—3.º Confesar esto, manifestando á otros su vileza.—4.º Persuadir á otros que le tengan en poco.—5.º Llevar con paciencia que se diga de él lo que es de desprecio, sin excusarse de ello.—6.º Desear ser tratado y despreciado de los demás con obras de injuria y escarnio.—7.º Amar de corazón todo esto, aborreciendo ser honrado y estimado.

Aunque del bien que de la humildad queda dicho, sale bien humillada la soberbia, para más estima de la una y aborrecimiento de la otra, decimos también que es tal la pestilencia de este vicio, que no hay pecado de que no sea origen y principio, según el testimonio del Eclesiástico: *Initium omnis peccati, superbia* (1). Y es tan incurable que viene á decir S. Agustín: *Audeo dicere superbis esse utile cadere in aliquod peccatum apertum, unde sibi displiceant, qui jam sibi placendo ceciderunt: salubrius enim Petrus sibi displi-*

---

(1) Eccli. 10, 15.

*cuit, quando flevit, quan sibi placuit, quando presumpsit.*

S. Gregorio señala las cuatro especies de soberbia siguientes: 1.<sup>a</sup> Pensar que tiene algo bueno de sí.—2.<sup>a</sup> Creer que si lo ha recibido es por sus méritos.—3. Jactarse de que lo tiene.—4.<sup>a</sup> Despreciar á otros, queriendo que se entienda lo bueno que él tiene. Para salir victorioso contra este último género de soberbia, que es el que más suele acometer á la gente que trata de espíritu, procure cada uno mirar siempre las virtudes de sus hermanos para imitarlas; y si viere alguna falta, no se haga riguroso censor de ellos, antes procure echarlo todo á buena parte, no metiéndose á juzgar las acciones de sus hermanos, y reconózcase por tan miserable, que en esas faltas y otras mayores llegaría á caer, si Dios no le tuviera de su mano poderosa.

Aunque es verdad que no está la humildad en los actos exteriores de humillación, nadie negará que sean camino seguro para ella; y así se ha de procurar el ejercicio de tales actos mostrando humildad en todo, en el porte exterior, en los ojos sin mirar con fijeza á ninguno, principalmente si es prelado ó persona de autoridad; en las palabras,

no profiriendo las que huelan á juicio propio, ó muestren estimación ó reputación de sí. El P. Maestro ejercitará á los novicios en actos exteriores de humildad, ocupándoles alguna vez en oficios viles y bajos, y además usará para este fin de las mortificaciones ordinarias y extraordinarias que se usan en la Religión.

Para aficionar más y más á los novicios al amor y práctica de esta virtud, concluiremos con los elogios que de ella hacen S. Bernardo y S. Buenaventura: «Es — dicen estos santos — la humildad hermosura del alma, hermana de leche de la mansedumbre, familiar amiga de la divina gracia, madre de la paciencia, guarda de la virginidad, fundamento de la fábrica espiritual, estable firmamento de las virtudes, conservadora de los dones y gracias, divisa de los buenos súbditos, ornamento de excelentes varones; es esta virtud grata al Eterno Padre, perpetua compañera del Hijo y silla de descanso del Espíritu Santo.»

## § II

Práctica de la virtud de la humildad en el santo noviciado. (Costumbres santas.)

1. Siendo la humildad la virtud predilecta de nuestro divino Redentor, y habiéndonosla recomendado tanto con su ejemplo como con su divina palabra, es natural sea también muy apreciada de los que se honran de ser sus verdaderos discípulos.

2. Procuran nuestros novicios humillarse interior y exteriormente cuanto les es posible, escogiendo siempre el lugar más bajo y despreciado, juzgándose indignos del más alto.

3. Es costumbre constante entre ellos postrarse cuando les alaban ó reprenden, les piden oraciones, ó les conceden alguna comunión extraordinaria.

4. Huélganse mucho de que se les imputen culpas que no han cometido, considerando que de esta suerte satisfacen de alguna manera por otras muchas que á su parecer cometen; y así es costumbre inviolable no

disculpase, si la obediencia no les manda, y aun entonces lo hacen contra su voluntad, con pocas palabras y con rubor.

5. Cuando cometen alguna falta, tienen costumbre de manifestársela al P. Maestro, pidiendo les imponga alguna penitencia. Y si alguna vez hay peligro de ser culpado y castigado quien no ha cometido la falta, el delincuente la manifiesta en público.

6. Suplican con frecuencia al P. Maestro que los otros novicios les adviertan sus faltas; y para satisfacer estos piadosos deseos suele el P. Maestro conceder alguna vez á los que sienten vivas ansias de humillaciones, que, prevenidos con especial oración, se presenten en el oratorio ante los demás novicios con los pies descalzos, sin capilla, con el escapulario pequeño, ceñido el hábito con una sogá y una cruz en las manos, y pidan que les manifiesten sus faltas. Hecha la acusación, el P. Maestro afea y reprende las culpas conforme le pareciere, y el novicio besa los pies á los hermanos en agradecimiento al beneficio que le han hecho advirtiéndole caritativamente las faltas.

7. Cuando les advierten alguna falta, la oyen con serenidad y ruegan á Dios por el

que les corrige, agradeciéndole el motivo que les da de ejercitarse en la virtud de la humildad.

8. Siempre que nuestros novicios hablan con el P. Prior, P. Maestro ó con el que hace sus veces, y viceversa, se ponen de rodillas con la cabeza descubierta y con los ojos bajos, con el mismo respeto y humildad con que estarían hablando ó escuchando á Jesucristo; y mientras no les mandan levantarse están de rodillas. De aquí sucede con frecuencia que, ya sea por olvido del P. Maestro, ya porque les haya querido probar, permanezcan de rodillas largo rato; habiendo ocurrido el caso de ir de noche el P. Maestro á la celda de algún hermano á hablarle y por descuido en hacerle levantar, quedarse el hermano de rodillas hasta Maitines ó hasta la mañana.

9. Alégranse los novicios del que les impongan penitencias de desprecio, como andar sin capilla ni escapulario, ú otras mortificaciones que arguyen culpa; y también piden licencia para hacer estas mortificaciones, teniéndose por muy dichosos de verse despreciados por Cristo.

10. Desean y hasta suplican que les ocupen en oficios bajos, como en el oficio humil-

de, fregar, etc., holgándose más con estas viles ocupaciones que los seglares en sus oficios honrosos.

11. Comen con frecuencia en tierra, y á veces de pobre, especialmente en Adviento y Cuaresma, y hacen en el refectorio varias mortificaciones, como recibir bofetadas, ponerse en cruz y besar los pies á los religiosos, echarse á la puerta del refectorio, y dar vueltas con la venda, mordaza ó cartel.

12. Tienen gran cuidado de no mostrar curiosidad en sus palabras, ni dar á conocer lo que saben, y así hablan con mucha sencillez y llaneza, nunca usan de superlativos, ni exageraciones, ni palabras en latín, ni jamás dicen, *á mí me parece esto, sino, ofréceseme esto*. Cuando les preguntan qué han estudiado, se postran y responden con las menos palabras posibles, mostrando en ellas gran desapego de sí, y olvido de lo que en el siglo aprendieron, dando á entender que estudiaron muy poco, y que desean ser enseñados de todos.

13. Se tiene por muy reprehensible entre los novicios cualquier género de porfía, y juzgan por indigno del noviciado al porfiador, de suerte que en cualquiera cuestión que se

ofrece, cede cada uno con mucha humildad y rendimiento al parecer de su hermano, no queriendo salir nunca con su dictamen.

14. Si algún novicio hace en la recreación alguna cosa, ó dice palabras que puedan mortificar á otro, aunque sea en lo más mínimo, no se retira de la recreación sin pedirle antes perdón de aquella falta de caridad.

15. Los novicios que llegan tarde á la recreación, toman de rodillas la bendición del P. Maestro, besándole el escapulario; y aunque los demás estén sentados, no se sientan hasta que se lo manda.

### § III

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús  
y S. Juan de la Cruz,  
acerca de la virtud santa de la humildad

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. Mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad. (M. 1, 2.)

2. Todo el cimiento de este edificio espiritual es humildad, y si no hay ésta muy de ve-

*S. Juan de la Cruz:*

1. Lo primero que hade tener el alma para ir al conocimiento de Dios, es el conocimiento de sí propio.

2. La perfección no consiste en las virtudes que en sí conoce cada uno; sino en aquellas

ras, aun por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé con todo en el suelo. (M. VII, 4.)

3. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces á donde estás, y á los que se llegan á quien la tiene! (V. 23.)

4. Una vez estaba yo considerando porqué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante á mi parecer, sin considerarlo, sino de presto, que es por ser Dios suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria, y ser nada, y quien esto no entiende, anda en mentira: quien más lo entendiere agrada más á la suma verdad, porque anda en ella. Plega á Dios, hermanas nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento. Amén. (M. VI, 10.)

5. Humildad, humildad: por ésta se deja vencer el Señor á cuanto de El queremos. (M. VI, 2.)

que Dios aprueba. Y siendo esto tan retirado á los ojos del hombre, nada tiene porque presumir, y mucho de que siempre tema.

3. Para enamorarse Dios del alma no pone los ojos en su grandeza; mas en la grandeza de desprecio y humildad.

4. La humildad y sujeción al Maestro espiritual comunicándole todo cuanto le pasa en el trato de Dios causa luz, sosiego, satisfacción y seguridad.

5. Ama el no ser conocido de tí ni de los otros. Nunca mires los males ni los bienes ajenos.

6. Las comunicaciones que verdaderamente son de Dios, esta propiedad tienen: que de una vez humillan y levantan al alma. Porque en este camino el bajar es subir y el subir es bajar.

7. Para mortificar de veras el apetito de la honra de que se originan otros muchos, lo primero, procurará obrar en su desprecio, y deseará que los otros lo hagan; lo segundo

6. Si teneis humildad y buena conciencia, no os dañará el demonio. (M. VI, 9.)

7. El verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido, y condenado, aunque no haya hecho por qué. Si quiere imitar al Señor, en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales, ni yauda de nadie, sino de Dios. (E. 15.)

8. Si en tí hay humildad, antes tendrás pena de verte loar. (M. V, 3.)

9. La verdadera humildad es para eso, para tenerse por dichosa en servir á las siervas del Señor, y alabarle; porque mereciendo ser sierva de los demonios en el infierno, la trajo su Majestad entre ellas. (C. 17.)

10. El verdadero humilde siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen más ciertas, y de más valor las que ve en sus prójimos. (E. 38.)

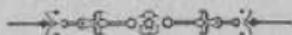
procurará hablar en su desprecio, y procurará que los otros lo hagan; lo tercero procurará pensar bajamente de sí en su desprecio y deseará que los demás lo hagan.

8. Si te quieres gloriarse de tí, aparta de tí lo que no es tuyo: mas lo que queda será nada, y de nada te debes gloriarse.

9. No desprecies á otro por parecerse no hallas en él las virtudes que tú juzgabas tenía, que puede ser agradable á Dios por otras cosas que tú no alcanzas.

10. Nunca te olvides de la vida eterna. Y considera cuántos allí son grandes y gozan de mayor gloria, que en sus ojos fueron desestimados, humildes y pobres.

11. Todas las visiones, revelaciones y sentimientos del cielo, por más que las estime el espiritual, no valen tanto como el menor acto de humildad; la cual tiene los efectos de la caridad, que no estima ni piensa bien de sus cosas, sino de las ajenas.



## CAPÍTULO VIII

## DE LA VIRTUD DE LA PENITENCIA

## § I

## Doctrina sobre la penitencia

Penitencia es una virtud por la que nos dolemos de los pecados y ofrecemos á Dios la debida satisfacción. Es tan necesaria á todos esta virtud, que Jesucristo llega á decir en su Evangelio: *Si no hiciereis penitencia, todos igualmente perecereis* (1). Y en otra parte: *Haced penitencia, porque se os acerca el reino de los cielos* (2). Pero nosotros, en atención al nombre de religiosos que llevamos y al estado de vida áspera y penitente que hemos abrazado, estamos más estrechamente obligados á practicar esta saludable virtud, trayendo guerra continua contra nuestro cuerpo

---

(1) Luc. 13, 5.

(2) Math. 3, 2.

y carne pecadora: lo cual aun es más propio de los principiantes y recién convertidos, en quienes comunmente pone nuestro Señor grandes ímpetus y fervorosos deseos de penitencia; porque descubriéndoles lo mucho que le deben en haberles sufrido, esperado y traído á verdadera penitencia y puéstoles en carrera de salvación, habiendo sido ellos tal vez sus enemigos y siervos de Satanás, y considerando cuál pusieron sus pecados á Cristo (que es lo que más al alma les llega), querrían deshacerse en lágrimas, como otro S. Pedro y otra Magdalena. Y á veces llega este sentimiento á tanto, que si no les fueran á la mano en el tomar venganza contra sí, darían en algún extremo; porque como es pena tan sabrosa y gustosa, nunca piensan hartarse de ella.

Témase mucho y téngase por mal pronóstico cuando faltaren estos fervorosos deseos de penitencia y rigor al novicio carmelita descalzo, por viejo, enfermo ó joven que sea, ó delicada complexión que tenga; y de quien mirando mucho en conservar la salud, dice tal vez: Si me doy á asperezas, enfermaré ó no podré llevar la observancia de la Orden, y otras prudencias semejantes,

propias de personas flojas y regaladas. Porque, como dice S. Bernardo á este propósito: *Fervorem novitiorum non decent illæ misericordes in seipsos discretionēs, facilesque indulgentiæ suo iudicio tribuendæ. Non tamen recusandæ aieno iudicio. A novitio in seipsum rigida debet esse censura et districta severitas; ad Regentem autem aut consulentem spectat paterna vel fraterna charitas et pietas. Si alterum horum desit, vel in deside et tepido, no spero cursus perseverantiam, vel in præcipiti timeo ruinam: Novitium prudentem, incipientem sapientem, in Congregatione posse durare impossibile est.* Todas estas son palabras de S. Bernardo que deberían los novicios traer siempre delante de los ojos.

Acerca del dolor de las culpas, que es muy propio del penitente, adviertan nuestros hermanos que si alguna vez se vieren caídos en alguna imperfección y falta ó quebrantamiento de algún propósito particular (que no podrá ser menos aunque más santos sean), no admitan por ello confusión y tristeza de ordenada, como dejándose caer en cierta desesperación y desfallecimiento de espíritu; mas antes reconociendo su flaqueza con dolor amoroso y sereno, dando gracias al Señor que

no los ha dejado caer en otras faltas más graves en que por su fragilidad hubieran caído, y revalidando los propósitos, se reconcilien con su Dios, y volviendo al punto en que quebraron, prosigan sus ejercicios con mucha paz y confianza, templando el dolor de la culpa con el gozo del arrepentimiento. Y pues hay tantos remedios para las faltas leves, no dejen de aprovecharse de ellos, especialmente del golpe de pechos y agua bendita, de la cual usarán con frecuencia, haciendo cuenta al meter los dedos en la pila que meten su mano, como otro Tomás, en el costado abierto de Cristo.

El verdadero penitente que tiene conocidas, lloradas y confesadas sus culpas, y hecho propósito firmísimo de nunca jamás volver á ellas, guarde el documento de S. Gregorio, que hablando con los penitentes dice así: *Mucho se debe considerar que el que se acuerda de haber cometido cosas ilícitas, procure con mucha diligencia abstenerse en recompensa, aun de algunas cosas lícitas, y corrija en las cosas livianas el que delinquirió en las graves:* y pone ejemplo en David, que habiendo primero ilícitamente condescendido con su pasión, fué después con la pena tan cuerdo y

moderado, que tuvo reparo y hasta escrúpulo de beber un vaso de agua de la cisterna de Belén, habiéndola él deseado mucho y traídola los soldados con gran trabajo y peligro de sus vidas. Pero aun más apretadamente encarece la importancia de este documento el mismo Santo en otro lugar diciendo: *Solus in illicita non cadit, qui se aliquando et á licitis caute restringit.*

Ejemplo de esta virtud es toda la vida de Cristo y de sus santos, que así Él como ellos convino que entrasen en la gloria por la puerta de las tribulaciones, caminando á ella por la estrecha senda de los trabajos: «Sino díganme, dice un devoto escritor, ¿quién de los santos regaló su cuerpo? ¿quién se vistió pulidamente y de vestidos de precio? ¿quién de ellos tuvo celda adornada y pulida? ¿quién de ellos buscó ó tuvo libros rica y hermosamente encuadernados? ¿quién buscó imágenes curiosas y de mucho precio? ¿quién se quejó de que le humillaban? ¿á quién le pareció mal la cruz y el desprecio? ¿quién decía, no es menester tanta santidad? ¿quién tenía en poco los consejos del Evangelio para ponerlos por obra? ¿quién se enojaba con la reprensión?»

Tengan, pues, los hermanos en la recámara de su memoria, (como en otra torre de David) colgados todos los instrumentos bélicos, con que los valerosos y santos penitentes, ganando victoria del mundo, demonio y carne, eternizaron sus nombres. Y sobre todo no aparten de la vista de su consideración la imagen sangrienta de Jesús crucificado; los duros clavos que atraviesan los sacratísimos pies y manos del divino Salvador, traspasen también sus corazones, moviéndolos á verdadera penitencia y dolor de sus pecados; para que siendo consortes de sus pasiones y tormentos, merezcan serlo de su resurrección y gloria.

## § II

Práctica de la virtud de la penitencia y mortificación en el noviciado. (Costumbres santas.)

I. Siempre han tratado nuestros novicios sus cuerpos con mucha aspereza y rigor, teniéndolos por capitales enemigos, y aunque se esmeran en todas las demás virtudes, en ésta ponen especial empeño por ser tan propia de los novicios, cuya vida ha de ser una mortificación continua.

2. Cuando el P. Maestro les da licencia para poner la cadenilla ó usar del cilicio, no se lo quitan hasta que les manda; y acontece á veces traerlo por largo tiempo, á causa de haberse descuidado el mismo P. Maestro en señalar la duración. Los sábados ó domingos van los novicios á la celda del P. Maestro á pedirles mortificaciones para toda la semana, manifestando cada uno sus deseos de hacer penitencia, según Dios Nuestro Señor le inspirare; y como el deseo de hacer penitencia es tan grande, inventan modos para mortificarse y recobrar en breve tiempo lo perdido en la vida pasada.

3. Por mucho frío que haga en el invierno, jamás se ponen las capas con el fin de abrigarse. Algunos piden licencia para poner sarmientos ó palos debajo de las mantas, y otros para dormir en el suelo con una manta, á fin de quebrantar el cuerpo y padecer, aun cuando toman el alivio del sueño.

4. Nunca piden licencia para echar más ropa en la tarima, ni para irse á calentar; y si alguna vez dispone el P. Maestro que se calienten al brasero, no descubren jamás los pies ni las manos sin expreso mandato, y entonces con mucha modestia, retirándose

al poco rato para dar lugar á que otros gocen del mismo alivio. Es tal el fervor de los novicios en este punto, que muchas veces piden licencia para no calentarse ni durante la recreación ni después de Maitines, cuando por lo riguroso del tiempo se les da permiso para ello, deseando mortificarse y padecer por Dios Nuestro Señor.

5. Cuando alguno se siente mal lo hace presente al P. Maestro, y si éste ordena que se retire á la celda, dócilmente obedece, mas si no le dice nada, va al coro con los demás, fiando en Dios que tendrá más cuidado que él pudiera tener de sí mismo.

6. Nunca van los novicios al P. Maestro por dolorcillos de cabeza ú otros pequeños achaques, sufriendolos por amor de Dios; mas cuando les pregunta dan cuenta sin exageración ni encarecimiento.

7. En la oración están de rodillas sin arriarse á los bancos, ni buscar comodidad alguna; mas si no pueden estar todo el tiempo de rodillas, se levantan y están un rato de pies, guardando esta costumbre no sólo en el coro sino también en el oratorio; y sólo en caso de necesidad piden licencia al P. Maestro para sentarse.

8. Durante el oficio divino, por mucho frío que haga, tienen siempre los breviarios en las manos, arrimados al pecho y moderadamente abiertos, y no los dejan hasta el *Benedicamus Domino* de la última hora que se reza.

9. Cuando están sentados, no se recuestan sobre el respaldo, y en la celda no se sientan sino en el suelo, buscando en todo la mortificación; y lo mismo observan aun siendo profesos.

#### Abstinencia y sobriedad. (Costumbres santas.)

1. Por espíritu de penitencia y mortificación no ponen los novicios menos cuidado en mortificar el apetito del gusto, que el que ponen en mortificar el cuerpo con las penitencias exteriores, dando muchos y raros ejemplos de abstinencia y sobriedad.

2. Aunque tengan sed, no suelen pedir licencia para beber agua; mas en el verano, cuando los calores son excesivos, si sienten mucha sed, se lo piden al P. Maestro, quien algunas veces les da licencia para beber agua, otras les dice que lo sufran por amor de Jesucristo y en memoria de la que su divina

Majestad padeció por nuestro amor en la cruz; y aceptan ellos este sacrificio y privación con tal resignación, que bien se deja ver su grande espíritu de penitencia.

3. Píden con frecuencia licencia para mezclar en la comida ajeno, acíbar ú otras cosas amargas, con el fin de desazonarla y quitarle el buen gusto; y si alguna vez se hallase mal sazónada la comida, la toman con más gusto, acordándose de la hiel y vinagre que dieron al Señor.

4. Es tanto su deseo de mortificarse, que para que no pierdan la salud, privándose aún de lo necesario, ha sido preciso prohibirles terminantemente que dejen de la comida sin licencia. Solamente tienen permiso para dejar un poquito en honor de Jesús pobre, y escogen para esta mortificación el bocado que pueda excitar más la gula.

5. No comen el postre ni toman sal ni vinagre sin que les hagan seña para ello, y si la fruta es nueva, esperan la segunda señal, ofreciendo las primicias á Dios nuestro Señor.

6. Durante la comida suelen apretar el cilicio ó la cadenilla, ó tener levantado el pie del suelo, para que la molestia del cuer-

po impida el gusto de la comida y bebida.

7. Cuando el P. Maestro manda á todos los novicios, ó á uno en particular, que desayunen, beban agua ó tomen algún otro alivio, se ponen de rodillas y dicen: *Padre nuestro, nos privaremos por amor de Dios: sin embargo, si les vuelve á instar, obedecen ofreciendo á Dios sus buenos deseos.*

8. No hablan jamás de cosas de alivio ó comida, como si está buena, si está bien ó mal condimentada, por ser esto indicio de poca mortificación.

### § III

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús  
y S Juan, de la Cruz,  
sobre la virtud de la penitencia y mortificación

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. Las penitencias que hacen algunas almas son tan concertadas como su vida: quíenla mucho para servir á Nuestro Señor con ella... Tienen gran discreción en hacerlas porque no dañen á la salud. No hayais miedo que se maten, porque su corazón está muy en sí; no

*S. Juan de la Cruz:*

1. El aprovechar no se halla sino imitando á Cristo, que es el camino, la verdad y la vida y la puerta por donde ha de entrar el que quisiere salvarse. De donde todo espíritu que quiere ir por dulzuras y facilidad y huye de imitar á Cristo, yo no lo tendría por bueno.

está aún el amor para sacar de razón. (M. III, 2.)

2. La verdadera penitencia es cuando nos quita Dios la salud y fuerzas para poderla hacer. (M. VII, 2.)

3. El hacer penitencia esta alma, mientras mayor le es más deleite. (M. VII, 2.)

4. Si consideráramos el camino que su Majestad tuvo en esta vida y todos los que sabemos que gozan de su reino, no habría cosa que más nos alegrase que el padecer; ni la debe haber más segura para asegurar vamos bien en el servicio de Dios. (E. 298.)

5. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo quereis contentarle con solas palabras? poned los ojos en el Crucificado, y todo se os hará poco. (M. VII, 4.)

6. La que no es mortificada, no es buena para el colegio de Cristo. (C. 13.)

7. No pasaremos algo entre Dios y nosotros, de los males que nos da por nuestros pecados?... No trato de

2. El que no busca la cruz de Cristo no busca la gloria de Cristo.

3. ¿Qué sabe el que por Cristo no sabe padecer? Cuando se trata de trabajos, cuanto mayores y más graves son, tanto es mejor la suerte del que los padece.

4. Bástete Cristo crucificado sin otras cosas: con El padece y descansa: sin El ni descanses ni penes; procurando estudiar en quitar de tí todas las propiedades e inclinaciones y deshacerte á tí mismo.

5. Si alguno te persuadiere doctrina de anchura aunque la confirme con milagros no lo creas, sino más penitencia y desasimiento de todas las cosas.

6. El más puro padecer trae más puro entender.

7. Si supiesen las almas de cuanto provecho es el padecer y la mortificación para venir á altos bienes, en ninguna manera buscarían consuelo en cosa alguna.

8. El camino de padecer es más seguro, y aún más provechoso

males recios, cuando hay calentura mucha, aunque pido que haya moderación y sufrimiento siempre, sino unos malecillos que se pueden pasar en pie, sin que matemos á todos con ellos. (C. II.)

8. Determinaos hermanas, que venís á morir por Cristo, y no á regalaros por Cristo, que esto pone el demonio ser menester para llevar y guardar la orden, y tanto en hora buena se quiere guardar la orden con procurar la salud para guardarla y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un día. (C. 10.)

9. Si el demonio nos comienza á amedrentar con que nos faltará la salud, nunca haremos nada. (C. 10.)

10. Este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado. (C. II.)

que el gozar y hacer. Lo uno, porque en el padecer se le añaden al alma fuerzas de Dios; y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas é imperfecciones. Lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes, y purificando el alma y haciendo más sabia y cauta.

9. Guardando los sentidos, que son las puertas del alma, mucho se guarda y aumenta la tranquilidad y pureza de ella.

10. Considera que es en gran manera necesario el ser contrario á tí mismo, y caminar por vía penitente si pretendes alcanzar la perfección.

11. Desea hacerte algo semejante en el padecer á este gran Dios nuestro, humillado y crucificado, pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena (1).

(1) Sentenciario.



## CAPÍTULO IX

## DE LA VIRTUD DE LA MODESTIA

## § I

*Doctrina sobre la modestia y guarda de los sentidos*

Es la modestia una virtud moral que regula y modera las acciones exteriores del hombre. Aunque la hermosura del alma sea toda interior é invisible en sí misma, con todo, al través de la grosería del cuerpo, se traslucen los resplandores de su belleza; y el orden y armonía que reina en una alma virtuosa, armoniza, ordena y regula las acciones exteriores, imprimiendo en ellas un no sé qué de celestial y divino, que deleita y encanta á cuantos la observan y contemplan. Tal es el atractivo de este orden y compostura exterior que llamamos modestia. Virtud hermosa, virtud necesaria é indispensable, pues al propio tiempo que es el más elocuente

testimonio de la virtud y belleza interior del alma, es su mejor guarda y custodia. Razón por la cual nuestros hermanos deben estimar en mucho tan sencilla como encantadora virtud.

Nunca se recomendará suficientemente la guarda del corazón mediante una modestia edificante y ejemplar. Es necesario que en los sentidos exteriores (que son las ventanas por donde se escala el castillo de nuestra alma y le entra la muerte), haya particular recato y vigilancia, teniéndolos bien cerrados con la mortificación á todas las cosas exteriores y terrenas, y abiertas para las santas y celestiales, oponiendo á la antigua libertad de una vida más ó menos disipada, el recogimiento de una vida forzosa y modesta cumpliendo lo que manda S. Pablo, cuando dice: «Como en el tiempo pasado sirvieron vuestros cuerpos al vicio y á la maldad, así ahora os habeis de aprovechar de ellos para que sirvais á la justicia y á vuestra santificación» (1).

Conviene, pues, que nuestros hermanos pongan en todos sus cinco sentidos grande

---

(1) Rom., 6, 19.

reformación y enmienda: los ojos puestos en el suelo á imitación de Cristo, que los traía de ordinario tan bajos y mesurados, que notan los Évangelistas las veces que los levantó, como cosa particular y no usada. Y cuando los hayan de levantar, no sea mirando al rededor ni al través, sino lenta y benignamente sin fijeza alguua. Nunca vuelvan la cabeza atrás, y cuando hubiere necesidad, vuelvan todo el cuerpo, pues el tener la cabeza tornatil y ligera es señal de corazón liviano. Tendrán las manos debajo del escapulario; los pies, cuando están quietos, juntos, sin poner uno sobre otro, no apartando las rodillas ni extendiendo las piernas ni colocando una sobre otra, cuando están sentados. El paso será no suelto ni apresurado, sino llano y pausado; el rostro y semblante sereno y apacible, templado por una modesta gravedad y una alegre modestia; la voz baja y humilde sin tonillo ni ficción.

Mas si se quiere que la modestia sea verdadera y permanente, es preciso nazca del interior y no sea como postiza. Al modo que el regular el movimiento de la aguja en la esfera de un reloj, indica la buena marcha de éste y el concierto de su maquinaria, así

un semblante y porte modesto es seguro indicio del perfecto concierto y armonía de las potencias interiores. Sobre todo la modestia, cuando no es fingida ni aparente, es el espejo y expresión más natural de un alma candorosa, pura y sencilla. «Las perfecciones del alma sencilla, dice un piadoso escritor, se reflejan sobre todo su ser y hacen de ella una como copia de Adán inocente, cuando aun la culpa original no había ajado sus rasgos; y sobre todo nos recuerda á Jesús durante su vida mortal. Nada de sutilezas, de rodeos, de disimulos. Su lenguaje sencillo, sin exageración, sin énfasis, siempre según la verdad, ajeno á los artificios, rodeos y expresiones de moda. El candor está sobre su frente; la verdad en sus labios; su mirada es pura; su andar reposado; embellece los dones de la naturaleza y corona los de la gracia, poniéndolos al abrigo de toda presunción.»

Sean nuestros hermanos diligentes en adornarse con los preciosos atavíos de la modestia religiosa, y ofrecerán un espectáculo grato á Dios, á los ángeles y á los hombres; lograrán verse libres de los lazos de la vanidad y tendrán el consuelo de que en ellos se

cumplan las palabras del Apóstol: *Bonus odor Christi facti sumus in omni loco* (1).

## § II

Práctica de la virtud de la modestia en el noviciado.  
(Costumbres santas.)

1. La modestia de nuestros novicios debe decirse que es angelical más bien que religiosa; así la moderación de todas sus acciones y movimientos, y la compostura de sus miembros y porte exterior revelan esta virtud con grande edificación de cuantos los observan.

2. Procuran no ser propensos á la risa, y cuando no pueden evitarla del todo, hacen lo posible por moderarla; convencidos de que una risa descompuesta no está conforme con la gravedad religiosa.

3. Evitan con cuidado toda acción indecorosa, como el extender los brazos, bostezar con ruido, y cuando se ven precisados á limpiar las narices ó la gaganta, procuran no causar la más pequeña molestia á sus hermanos, ni darles motivo de repugnancia.

---

(1) 2 Cor., 2, 15.

4. Ponen mucho cuidado en no manchar las cosas que son del uso común, y nunca se limpian los dientes narices, ni oídos, con los paños destinados á enjugar las manos.

5. Cuando hablan con otros se abstienen de tocarles no sólo en la cara ó manos, pero aún en la correa y escapulario; evitando con esmero toda chanza y juego que indique demasiada familiaridad y pudiera disminuir la mutua reverencia que se deben.

6. *Modestia de los ojos.*—Si en todos los actos guardan los novicios mucha modestia, la guardan de un modo especial en la vista; para lo cual llevan la cabeza no erguida sino modestamente inclinada; los ojos fijos en el suelo, sin levantarlos del espacio de terreno que bastaría apenas para la tumba de cada uno; cuidando mucho de que ni por curiosidad ni por ligereza se dirijan á parte alguna. De aquí resulta, que conocen el coro, el rectorio y las demás oficinas más por la costumbre que por la vista, y cuando les mandan llamar á alguno, tal vez no saben cuál sea su celda. Es más todavía: hay novicios que sólo conocen á los religiosos por la voz.

7. Cuando andan por la huerta en tiem-

po de recreación, no por eso aflojan un punto en el cuidado exactísimo de esta virtud; porque tienen su mayor empeño en mirar con los ojos del alma á Dios que les asiste constantemente y observa todas sus acciones y pensamientos. A fin de despertar esta continua memoria de la presencia de Dios, el hermano celador toca con frecuencia unas pequeñas tablillas.

### § III

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús y S. Juan de la Cruz, sobre la virtud de la modestia

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. Ser modesta en todas las cosas que hiciere ó tratare. (*Avisos.*)
2. Hacer todas las cosas, como si realmente estuviese viendo á su Majestad, y por esta vía gana mucho un alma. (*Avisos.*)
3. Tengo por imposible que si trajésemos cuidado de acordarnos que tenemos tal huesped dentro de nosotros, que nos diésemos tanto á las cosas del mundo; porque veríamos cuán bajas son para las que

*S. Juan de la Cruz:*

1. Recogiendo el alma su gozo de las cosas sensibles, se restaura acerca de la distracción en que por el demasiado ejercicio de los sentidos ha caído, recogándose en Dios: y consérvanse y se aumentan el espíritu y virtudes que ha adquirido.
2. El que no vive ya según el sentido, todas las operaciones de sus sentidos y potencias son enderezadas á divina contemplación.
3. Cualquier gusto

dentro poseemos. (C. 28.)

4. ¡Oh Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos! que si no mirásemos otra cosa, sino al camino presto llegaríamos, mas damos mil caídas, y tropezamos, y erramos el camino por no poner los ojos..... en el verdadero camino. (C. 16).

5. Nunca muestre devoción de fuera que no tenga dentro; pero bien podrá encubrir la indevoción. (*Avisos.*)

6. Nunca porfiar mucho, en especial en cosas que va poco. (*Avisos.*)

7. Cuando estuvieres alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde modesta, afable y edificativa. (*Avisos.*)

8. Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza que habrá provecho: y entonces sea con humildad y con consideración que aquellos dones son de la mano de Dios. (*Avisos*)

que se te ofreciere á los sentidos como no sea puramente para honra y gloria de Dios, renúncialo y quédate vacío de él por amor de Jesucristo.

4. Mira que no reina Dios sino en el alma pacífica y desinteresada.

5. El amor de Dios en el alma pura y sencilla y desnuda de todo apetito, casi frecuentemente está en acto.

6. Vive en este mundo como si no hubiera más en él que Dios y tu alma; para que no pueda tu corazón ser detenido por cosa humana.

7. Niega tus deseos y hallarás lo que desea tu corazón. ¿Qué sabes tú si tu apetito es según Dios?

8. Hasta que el hombre venga á tener tan habituado el sentido en la purgación del gozo sensible, de suerte que le envíen luego las cosas á Dios, tiene necesidad de negar su gozo acerca de ellas para sacar al alma de la vida sensitiva (1).

(1) Sentenciarario.

## CAPÍTULO X

## DEL SANTO SILENCIO

## § I

## Doctrina sobre el santo silencio

Una de las virtudes más propias de nuestro instituto y en que nuestra sagrada Religión ha resplandecido, es la oración y contemplación; para cuyo ejercicio es de suma importancia y necesidad el santo silencio, y mucho más en los principiantes; porque como ha entrado en ellos poco, por poco que darramen quedarán vacíos y serán desechados de Dios como vasijas sin cubierta. Y no hay duda, sino que cuando la posesión está patente, sin cerca ni reparo, corre mucho peligro de ser robada; porque: *Ubi non est sæpes, diripietur possessio* (1). Y aquel proverbio divino lo pone bien de manifiesto: *Sicut urbs patens et absque*

---

(1) Eccli. 36, 27.

*murorum ambitu; ita vir qui non potest in loquendo cohibere spiritum suum* (1). Y el santo rey David clamaba á Dios pidiéndole que pusiese guarda en su boca y una fuerte muralla en sus labios. Es, pues, menester que el que hubiere de hablar, haga un peso á sus palabras, para que todas ellas salgan justas y cabales, como conviene á hombre prudente y religioso: *Verba prudentum statera ponderabuntur* (2). Y es tanta prudencia saber callar á su tiempo, que, en expresión del Espíritu Santo, aún el necio, si es callado, por sabio será reputado. Y aludiendo á esto el santo Job dijo á sus amigos: *Utinam taceretis, ut putaremini esse sapientes.*

Pide tantas circunstancias el bien hablar y requiere tanta circunspección y cuenta para no exceder en palabras, que sin duda es más fácil callar del todo que no exceder hablando. Y así escarmentado David de las veces que le habían salido las palabras mal pesadas, y conociendo que los hombres somos falsos en nuestros pesos y medidas, tuvo por más acertado remedio abstenerse aún de las palabras

---

(1) Prov. 25, 28.

(2) Eccli. 21, 28.

buenas: *Silui a bonis*; temiendo que á vuelta de ellas no hablase otras que no fuesen tales; porque muchas veces sucede en el hablar lo que en el juego, que se comienza por una niñería y se concluye por jugar toda la hacienda; del mismo modo se empieza á hablar de cosas indiferentes, y luego, si se calienta la boca y enciende la lengua no habrá cosa que no abraza, ni conducta que respete. Y por eso el Apóstol Santiago compara muy bien al fuego este pequeño miembro de la lengua, que sola una centella de él basta para encender y abrasar un gran monte. Buen testigo de esta verdad es el gran Padre S. Bernardo, no menos callado que contemplativo, que con haber sido tan recatado en el hablar, con todo eso forma la siguiente querrela criminal contra su lengua: *Cum pro aliqua necessitate licentiam loquendi alicui habui, locutus sum etiam de non necessariis, non ad ædificationem, sed ad destructionem, non quod decebat, sed quod libebat, verba vana et risui apta. Lingua mea omni fallacia plena est, et nocuit mihi plus quam omnia membra. Nam ea quæ audivi, vel vidi, nunquam eo modo quo dicta sunt, referre possum; sed alia affirmo pro aliis et sæpe multa interfero superflua,*

*atque ita vel nimium laudando vel vituperando, fere quoties loquor, mentior.*

Para evitar los daños que aquí expresa S. Bernardo, preciso es acogerse al prudente silencio (que consiste en no hablar ni más ni menos de lo que conviene), empezando por lo más fácil, que es callar de todo punto, porque al principio de las ciencias y artes no se enseña lo más primoroso de ellas. Así al niño cuando empieza á escribir, mándanle hacer cada letra por separado, y muchas veces una misma cosa por sus reglas, y así va poco á poco aprendiendo á escribir, lo que no consiguiera si le dieran luego materia continuada y seguida. Lo mismo sucede con el niño que comienza á hablar, que no luego le enseñan los vocablos propios y limados, sino algunos imperfectos y en su pronunciación más fáciles; y es cosa manifiesta que no ha de usar de esos mismos vocablos, cuando sea mayor. Así, pues, al novicio (que es como niño en la escuela espiritual), no se ha de pedir luego que hable y que no exceda, que eso es de los perfectos; sino que no hable palabra, lo cual es más fácil, como queda dicho. Si esto alcanzan, fácilmente vendrán á lo perfecto; porque la dificultad de esta

virtud no está en no hablar lo necesario, sino en dejar de hablar lo supérfluo.

Guarden, pues, nuestros novicios muy estrecho silencio, siguiendo el consejo de S. Vicente, que tratando en particular con los principiantes, dice así: *Penitus non loquaris, nisi interrogatus. Interrogatus dico de necessariis*. Y que si por causa de recreación fuere preguntado de alguna cosa, dé por respuesta un rostro alegre y benigno; pero en ninguna manera responda palabra, aunque le arguyan de singular, grave y supersticioso. Lo que ha de hacer es rogar atentamente por ellos á Dios y suplicarle les dé á sentir su amor para con ellos y supla con sus inspiraciones lo que él falta con palabras. Con este consejo de S. Vicente está muy conforme el de San Buenaventura, que tratando de lo mismo dice: *Est autem junioribus fratribus semper tacendum*, y confirma su dicho con aquello del Eclesiástico: *Adolescens loquere in tua causa vix cum necesse fuerit, si bis interrogatus fueris, habeat caput responsum tuum*.

Téngase mucha advertencia y aviso que el silencio ha de andar acompañado con presencia de Dios y ocupación interior de actos de virtudes; y no ha de ser silencio de ídolos

ó estatuas, que aunque tienen boca no hablan. Ni menos escuchador, porque poco le aprovechará callar á quien tiene los oídos abiertos para òir lo que no le conviene: mas antes juntamente callen con los hombres y pongan su atención en escuchar á Dios.

No faltan á propósito del silencio virtuosos y admirables ejemplos en las vidas de los Padres, ni sentencias y dichos graves, de los cuales sólo referiremos el caso que sigue: Como estuviese á la muerte un monje llamado Zacarías y le preguntase el abad Moisés, qué era lo que veía en aquel punto y trance, él respondió: *Nihil melius quam tacere*. Dicho es este por cierto, que así por la autoridad del testigo como por el paso en que se dijo y en que fué tomado su parecer, merece bien ser creído y fielmente guardado. Y si alguno le pareciere que es esto mucho encarecer el silencio, considere que en la Regla que profesamos, ningún capítulo hay tan largo y autorizado con tantos testimonios de Escritura como el que versa sobre este argumento del silencio; y oiga á Musonio, que le dice: *Dic quidquam silentio melius, vel sileto*.

## § II

Práctica del santo silencio en el noviciado.  
(Costumbres santas.)

1. El silencio, compañero inseparable de la oración, ha resplandecido tanto siempre entre nuestros novicios, que se le pasan al P. Maestro, no sólo semanas, sino meses, sin tener necesidad de reprender falta alguna en esta virtud: sólo se oyen entre ellos las palabras con que al encontrarse se saludan mutuamente, haciendo inclinación de cabeza y diciendo el menos antiguo: *Laudetur Jesus Christus*, á lo cual el otro contesta: *In æternum*.

2. No hablan con nadie, excepto con el P. Prior y con el P. Maestro, á no ser que para dar algún recado les manden, en cuyo caso hablan brevemente y en voz baja lo suficiente para dar el encargo.

3. *Señas*.—Para entenderse en las cosas necesarias, usan de ciertas señas convencionales; y cuando se ofrece alguna cosa muy necesaria y no se pueden entender por señas,

lo hacen por escrito ó van á la celda del P. Maestro y se lo dicen. Las señas más usuales son: Para preguntar por el R. P. Provincial, hacen una cruz con las dos manos juntas, en forma de bendición.

Por el P. Prior, la misma cruz, pero sólo con la mano derecha.

Por el P. Maestro, poniendo el dedo índice sobre el ojo derecho, y por su Ayudante sobre el izquierdo.

Para indicar la celda, meten la mano en la manga del hábito.

Para encargar los oficios de Diácono, Subdiácono y Acólitos, bajan blandamente la mano sobre el pecho; y para el de turiferario, hacen como que inciensan.

Indican que van á celebrar ó ayudar la misa, presentando juntas las palmas de las manos.

Piden un libro, abriendo y cerrando las manos.

Para avisar que vayan á la rasura, pasan la mano por la cara como quien afeita.

Para decir que hagan lumbre, soplan la mano; y para que enciendan ó lleven luz, soplan un dedo.

Señalan el lugar humilde ó piden licencia

para ir á él, poniendo la mano sobre el estómago.

Para pedir unas tijeras, hacen con los dedos índice y cordial como quien corta.

Para decir que les confiesen ó que vayan á confesar, juntan los dedos hiriendo con ellos el pecho.

Para la Comunion hacen una cruz en los labios.

Para tañer la campana, fingen tirar de una sogá.

Señalan las horas con los dedos; y para indicar que van á mirar la hora, hacen con un dedo una circunferencia en la palma de la mano.

Para decir que van á ejecutar cualquier trabajo, hacen una señal la más acomodada para la obra que van á emprender.

Para indicar á uno que vaya á comer, llevan la mano con los dedos juntos hacia la boca; y para decir que vayan á dormir, ponen la mano en una mejilla, inclinando la cabeza á aquel lado.

Si tienen que pedir papel, pasan extendidas una mano sobre otra.

Para preguntar por el hermano Celador, levantan el dedo meñique.

Para lo demás que ocurre, hacen señas apropiadas á los objetos.

*Señas del refectorio.*—El platillo, lo indican juntando los dedos de la mano; el plato, en general, poniendo la palma de la mano hacia arriba; y para pedir huevos, si han de ser cocidos, además de la seña general para indicar el plato, presentan una mano cerrada; si han de ser fritos, hacen como que abren un huevo; y si tortilla, hacen como que baten.

Piden la escudilla, levantando un poco los dedos y formando una concavidad en la mano.

Para pedir vino, muestran la manga del hábito; y para el agua, la de la túnica.

Piden el pan, cruzando el pecho con la mano, como si fueran á cortar; y el postre, haciendo un ligero movimiento con la mano hacia arriba; y para la sal y vinagre, hacen este mismo movimiento, pero hacia abajo; para pedir queso, además de la señal para pedir postre, puesta la mano derecha de canto sobre la izquierda, hacen como que cortan.

6. Los oficiales guardan riguroso silencio en sus oficinas, y cuando les falta algo, lo piden valiéndose de las señas convenidas.

7. En la recreación no hablan nunca sin licencia expresa; y cuando un novicio quiere preguntar algo al P. Prior ó al P. Maestro, pide de rodillas la bendición con estas palabras: *Benedicite Pater noster*; y no habla hasta obtener la bendición, ni se levanta hasta que se lo mandan.

8. Cuando el P. Maestro les da licencia para hablar, se ponen de rodillas y dicen: *Nos privaremos por amor de Dios*, y si vuelve á mandarles que hablen, en tal caso tratan de cosas espirituales, siendo muy reprehensible el hablar de cosas del siglo. Conócese en las recreaciones y oficios el amor que tienen al santo silencio, que por eso dice nuestro refrán: *El silencio del novicio en recreación y oficio*.

9. Si cuando hablan ocurre sentarse, guardan silencio hasta que de nuevo se les permite hablar.

10. También se ponen de rodillas, diciendo: *Nos privaremos por amor de Dios*, cuando les mandan hablar en el refectorio, excepto los servidores, quienes para cumplir mejor con su oficio no hablan mientras están sirviendo.

11. Es tanto el aprecio que tienen los novicios del silencio, que llega al exceso de

hablarles un Padre con permiso del P. Maestro, y no recibir respuesta, por más que le diga que tiene licencia para hablar; porque el tal novicio cree que el Padre tendrá licencia para hablarle, pero no él para responderle.

12. No sólo se abstienen de palabras y señas no necesarias, sino también de hacer cualquier ruido, lo mismo dentro que fuera de las celdas, al cerrar las puertas ó ventanas, al andar por los dormitorios ó claustros, quitándose á veces las sandalias para no faltar en manera alguna á la inviolable ley del silencio; acordándose de la sentencia del Apóstol: *En el silencio y en la esperanza estará vuestra fortalexa* (1).

### § III

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa de Jesús  
y S. Juan de la Cruz, sobre el santo silencio

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. Procuremos vivir siempre en silencio y esperanza, que el Señor terná cuidado de sus almas, como no nos descuidemos nosotros en

*S. Juan de la Cruz:*

1. Para aprovechar en las virtudes, lo que importa es callar y obrar: porque el hablar distrae, y el callar y obrar recoge.

(1) Isai., 30, 15.

suplicarlo á su Majestad, haremos harto provecho con su favor. (M. III, 2.)

2. Nunca hablar, sin pensarlo bien, y encomendarlo mucho á Nuestro Señor, para que no hable cosa que le desagrade. (*Avisos.*)

3. El alma ha menester tener gran cuenta con lo que dice que vaya con edificación: huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios. (C. 41.)

4. Entre muchos, siempre hablar poco. (*Avisos.*)

5. En todas las pláticas y conversaciones, siempre mezcle algunas cosas espirituales: y con esto se evitarán palabras ociosas y murmuraciones. (*Avisos.*)

6. ¿En qué mejor se puede emplear vuestra lengua... que en la alabanza de Dios, pues tenemos tanto, porqué se las dar? (M. VI, 6.)

7. En cosas que no le va, ni le viene, no sea curioso en hablarlas, ni preguntarlas. (*Avisos.*)

8. Yo alabo al Señor muchas veces... porque sin decir palabra, mu-

2. Luego que la persona sabe lo que han dicho para su aprovechamiento, ya no es menester andar pidiendo que le digan más, ni hablar más, sino obrarlo de veras con silencio y cuidado en humildad y caridad y desprecio de sí.

3. Traiga sosiego espiritual en advertencia amorosa de Dios, y cuando sea necesario hablar, sea con el mismo sosiego y paz.

4. Es imposible ir aprovechando, sino es haciendo y padeciendo, todo envuelto en silencio.

5. No se olvide que de cualquiera palabra dicha sin la dirección de la obediencia, le ha de pedir Dios estrecha cuenta.

6. Tratar con las gentes más de lo puramente necesario y la razón pide, á ninguno, por santo que fuese, le fué bien.

7. Lo que hablare, sea de manera que nadie sea ofendido; y que sea en cosas que no le pueda pesar que lo sepan todos.

chas veces un siervo de Dios ataja las palabras que se dicen contra él... debe ser, que como está en gracia, la misma gracia debe hacer, que por baxo que se le tenga respeto, y no le den pena en cosa que tanto entiende ha de sentir como ofender á Dios. (C. 41.)

9. Es para mí grandísimo consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas. Su trato es, entender cómo irán adelante en el servicio de Dios... no es su lenguaje otro sino hablar de Dios, y así no entienden, ni las entienden, sino quien habla el mismo (V. 36.)

10. Ya saben (los seglares) que sois religiosas y que vuestro trato es de oración... Esto es vuestro trato y lenguaje; quien os quisiere tratar, depréndale; ó si no guardaos de deprender vosotras el suyo que será infierno. Si os tuvieren por groseras, poco va en ello; si por hipócritas, menos. (C. 20.)

8. Esto he entendido: que el alma que presto advierte en hablar y tratar, poco advertida está en Dios. Porque cuando lo está, luego con fuerza le tiran de adentro á callar y huir de cualquiera conversación.

9. No se queje de nadie: no pregunte cosa alguna, y si fuese necesario preguntar, sea con palabras.

10. La mayor necesidad que tenemos para aprovechar, es de callar á este gran Dios con el apetito y con la lengua: cuyo lenguaje que él más oye es el callado amor.

11. Hable poco; y en cosas que no es preguntado no se meta.

12. Más quiere Dios que el alma se goce con Él, que con criatura alguna, por más aventajada que sea y por más al caso que le haga.

13. Una palabra habló el Padre que fué su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio; y en silencio ha de ser oída del alma (1).

(1) Sentenciario.

## CAPÍTULO XI

## DEL RECOGIMIENTO Ó SOLEDAD

## § I

## Doctrina sobre la soledad

Es imposible que nuestros novicios lleguen á aficionarse á la vida interior y trato íntimo con Dios (que es el carácter propio de nuestro Instituto) sino procuran con toda diligencia ser muy amantes del retiro de la celda, del recogimiento y soledad espiritual. Sin esta soledad y retiro, el alma no llegará á gozar de los sabrosos coloquios de su dulce esposo Jesús, que es tan recatado en sus amores, que no trata con el alma sin llevarla primero á la soledad, donde en secreto le habla al oído del corazón, dándole dulce leche de su amoroso pecho, como él mismo lo dice: *Ecce ego lactabo eam, ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus* (1). Toda la hermo-

---

(1) Osee, 2, 14.

sura de virtud que puede tener el religioso, la conserva sin mancilla en el nido de su recogimiento, diciendo con el santo Job: *In nidulo meo moriar, et sicut palma multiplicabo dies meos* (1) mas saliendo sin necesidad á comunicar con las criaturas, corre gran riesgo y muchas veces se pierde. Por eso han de estar exentos los novicios de cargos y oficios que pidan estar fuera de la celda; en la cual deben estar haciendo cuenta que es el costado y pecho de Cristo.

Considérense los novicios en el convento como en el arca de Noé, amparados de los turbiones y avenidas que anegan á otros que andan fuera de ella, y que la celda es su refugio y amparo, donde se han de retirar y guarecer; porque algunas sabandijas que hay dentro del arca y ocasiones que se ofrecen fuera de la celda, no les ofendan y lastimen. Y cuando por obediencia hubieren de salir de esta segura arca, procuren no hacer asiento en parte alguna, ni sea su salida como la del cuervo, sino como la de la paloma, que sin asentar el pie sobre la tierra, se recogió luego, y tornando á salir alguna vez, en ha-

---

(1) Job., 29, 18.

llando lo que le enviaban á buscar, se volvió sin más tardanza al arca, con un ramito de oliva verde y fresco en el pico.

Ninguna consideración de la celda hay más patética y expresiva que la que el melifluo S. Bernardo hace escribiendo *Ad fratres de monte Dei*, convirtiéndola en cielo de la tierra por estas tan regaladas palabras: «La habitación del cielo y de la celda son muy hermanas; porque así como el cielo y la celda son parecidas en el nombre, así también lo son en el ejercicio de piedad. El cielo y la celda se denominan de *celando*, que quiere decir encubrir; porque lo que se encubre en los cielos, eso se encubre en la celda; y lo que se hace en los cielos, eso se hace en las celdas, y si quieren saber qué es esto? Vacar á Dios, gozar de Dios; lo cual, cuando se hace fiel y piadosamente en las celdas, me atrevo á decir que los santos ángeles de Dios tienen las celdas por cielos, é igualmente se deleitan en las celdas que en los cielos: porque cuando el continuo empleo de la celda es en las cosas celestiales y divinas, ya la celda se hace cielo en la semejanza misteriosa de un afecto piadoso, y en el efecto de una misma obra; de donde sucede al que ora con espíritu en la

celda, que cuando sale de esta vida no le sea largo ni dificultoso el camino que hay de la celda al cielo, porque de la celda al cielo las más veces se sube, y apenas, ó nunca, de la celda se descende al infierno, sino en el caso que dice el Salmista: *Desciendan los que viven al infierno* (1), (conviene á saber) porque no desciendan después de muertos. De esta manera muchas veces descienden al infierno los moradores de las celdas; porque así como por contemplar continuamente las cosas divinas, aman los gozos celestiales, para desearlos más ardientemente; así también, contemplando y meditando las penas del infierno, las aborrezcan y huyan: de lo cual se sigue, que apenas ó nunca descienda alguno después de su muerte de la celda al infierno; porque si no está predestinado para el cielo, muy rara vez perseverará en ella hasta la muerte; la celda fomenta, cría, abraza al hijo de la Gracia, y al fruto de su vientre, y lo llega á la cumbre de la perfección.»

No se pudo decir más de la celda, ni fué posible poner aquí menos, por ser todas estas palabras tan escogidas para este propósito:

---

(1) Ps. 54, 16.

de donde consta cuán verdaderos sean aquellos versos tan dignamente celebrados:

*Cella, quasi celum tibi sit, qua caelica  
cernas.*

*Hic legis, hic oras, meditaris, crimina  
plangis.*

*Pax est in cella: foris autem plurima  
bella.*

## § II

Práctica de la soledad y retiro en el noviciado.  
(Costumbres santas.)

1. Convencidos los novicios de que para conservar la paz y sosiego del corazón, le es absolutamente necesario al religioso vivir abstraído y olvidado del mundo; consideran como falta muy reprehensible el detenerse advertidamente en pensar en el mundo y en las cosas que en él dejaron.

2. Durante el año de noviciado no suelen escribir cartas, ni aún á sus mismos padres, sino por motivo grave; y cuando el P. Maestro les entrega alguna, á no ser que les inste mucho, no suelen recibirla, suplicándole se digne decirles en breves palabras su contenido, caso que les sea útil ó necesario saberlo,

para librarse de esta manera de las muchas distracciones y disipación que ocasionan las noticias del mundo.

3. Cuando reciben visitas de sus padres ú otras personas, consideran como muy impropio de un novicio carmelita descalzo el hacerles preguntas que no tengan alguna utilidad para sus almas.

4. Si alguien les pregunta de dónde son, para dar prueba de lo olvidados que viven de todo lo terreno, dicen con ingenuidad, que son del cielo; dando á entender con esto que sólo el cielo es el lugar de sus aspiraciones y el centro de sus miradas; y si les preguntan qué edad tienen, mencionan solamente los meses que llevan de hábito, juzgando por tiempo perdido todo el que vivieron en el siglo.

5. Excusado es decir, que los que tan abstraídos y olvidados viven del mundo, tendrán por centro de sus delicias el retiro de la celda. Efectivamente, los novicios nunca salen de sus celdas sino por causa legítima, y como el enemigo común de nuestras almas suele con frecuencia fingir causas aparentes, tienen los novicios la laudable costumbre de examinar brevemente, antes de salir de la

celda, si hay causa suficiente para ello, y una vez convencidos de que salen de ella con justo motivo, suelen encomendarse á Dios, suplicándole se digne preservarles de toda ocasión y peligro fuera de la celda, y darles gracia para volver á ella exentos de toda falta. Lo primero que hacen al volver á la celda es examinar su conciencia para ver cómo se han portado fuera de ella.

### § III

Máximas de nuestros Padres Sta. Teresa, de Jesús y S. Juan de la Cruz, sobre la soledad y retiro

*Sta. Teresa de Jesús:*

1. No estar fuera de la celda, ni salir sin causa, y á la salida pedir favor á Dios para no ofenderle. (*Avisos.*)

2. Grande remedio es para esto traer muy continuo en el pensamiento la vanidad, que es todo, y cuán presto se acaba para quitar la afición de las cosas que son tan valadías y ponerla en lo que nunca se acaba. (C. 10.)

3. Muchas veces, Se-

*San Juan de la Cruz:*

1. Ápártate á una sola cosa que lo trae todo consigo, que es la soledad acompañada con oración y Divina lección; y allí persevera en olvido de todas las cosas: que si de obligación no te incumben, más agradarás á Dios en saberle guardar y perfeccionar á tí mismo, que en granjearlas todas juntas.

2. No te hagas presente á las criaturas, si

ñor mío, considero que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso. (*Exclamaciones*)

4. Es para mí grandísimo consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas... La soledad es su consuelo y pensar de ver á nadie, que no sea para ayudarlas á encender más en el amor de su esposo, les es trabajo, aunque sean deudos. (V. 36.)

5. Importa muy mucho entrarse á solas con Dios. (C. 35.)

6. Pensáis que importa poco para una alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo...? ni ha menester alas para ir á buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí. (C. 28.)

7. Por amor de Dios quitémonos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará. (V. 32.)

8. Dios quiere el alma sola y limpia... Si le ponemos muchos tropiezos, y no ponemos nada

quieres guardar el rostro de Dios claro y sencillo en tu alma.

3. Refrenar la lengua y pensamiento, y traer de ordinario el afecto en Dios, pronto calienta el espíritu divinamente.

4. Como las especies aromáticas desenvueltas van disminuyendo la fragancia y fuerza de su olor, así el alma no recogida en un solo afecto de Dios, pierde el calor y vigor en la virtud.

5. No apacientes el espíritu en otra cosa que en Dios: desecha las advertencias de las cosas; trae paz y recogimiento en el corazón.

6. Nunca el hombre perdería la paz si olvidase noticias y dejase pensamientos, y se apartase de oír, ver y tratar cuanto buenamente pueda.

7. Las condiciones del pájaro solitario son cinco. La primera, que se va á lo más alto. La segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza. La tercera, que pone el pico al aire. La cuarta, que no tiene color determinado. La quinta, que

en quitarlos, cómo ha de venir á nosotros? (V. 8.)

9. Mi inclinación natural es siempre estado de soledad, y como éste es el de nuestra Orden, podría aconsejar á mi propósito. (*Cartas.*)

10. Bueno es el encerramiento y la penitencia en que vivís; y el tratar siempre de Dios, y ejercitaros en la oración tan continuo, y estar tan retiradas de las cosas del mundo, y tenerlas á vuestro parecer aborrecidas... mas no basta (como he dicho), para que dejemos de temer. (M. III, 1.)

canta suavemente; las cuales ha de tener el alma contemplativa. Que se ha de subir sobre las cosas transitorias, no haciendo más caso de ellas que si no fuesen. Y ha de ser tan amiga de la soledad y silencio, que no sufra compañía ninguna de otra criatura. Ha de poner el pico al aire del Espíritu Santo correspondiendo á sus inspiraciones y deseos para que haciéndolo así se haga más digna de su compañía. No ha de tener determinado color; no teniendo determinación en ninguna cosa, sino en lo que es más voluntad de Dios. Ha de cantar suavemente en la contemplación y amor de Dios (1).

---

(1) Sentenciarlo.



## CAPÍTULO XII

REGLAS Y DOCUMENTOS PARA EL EJERCICIO  
DE LAS VIRTUDES

Después de haber tratado de las virtudes más convenientes á nuestro estado, será bien declarar brevemente en este capítulo de qué modo se han de ejercitar nuestros hermanos, así en ellas como en otras de que tuvieren necesidad; lo cual es el medio por donde mejor y con más facilidad se han de alcanzar todas.

Una de las cosas que más suele impedir el progresar en la virtud, es el no saber uno qué virtudes son aquellas en que se ha de ejercitar primero, ni cuánto tiempo se ha de detener en el ejercicio de cada una, ni qué modos ha de guardar. Pues para esto y para conseguir los abundantes bienes que en este ejercicio están encerrados, se señalarán en tres distintos párrafos algunas reglas y documentos.

## § I

## Elección de la virtud que se ha de traer en ejercicio

Aunque el ejercicio de cualquiera virtud es bueno para todos, no se puede negar que hay unas más á propósito para unos que para otros. Más á propósito es para un principiante la virtud de la obediencia, de la abstinencia, del silencio, de la humildad, de la penitencia y mortificación de la carne, etc., que no otras, aunque de suyo sean más levantadas: porque éstas presuponen ya al alma dispuesta con las primeras, y si no, ni estarán bien fundadas, ni serán de duración.

Dos cosas han de mirar los hermanos para escoger la virtud en que se han de ejercitar. La primera, que sea conforme al estado de cada uno: es decir, que si es principiante, sea de las que son más propias para los tales; si aprovechado ó perfecto, de la misma suerte. La segunda, que de aquellas virtudes que fueren conformes á su estado, escojan la que les ayudare más á su aprovechamiento, que será aquella de que más necesidad tuvieren.

Para más claro conocimiento de esto, adviertan lo primero, que han de mirar con muy grande atención, qué cosas son aquellas en que más de ordinario faltan y más daño hacen á sus almas: es decir, qué cosas son aquellas á que la naturaleza se siente más inclinada y menos fuerte para hacerlas resistencia é ir contra ellas, que esas son las que más daño les hacen, las que los suelen poner en mayores peligros y más les impiden su aprovechamiento.

Lo segundo han de advertir que para llegar á conocer cosa en que tanto les va, como es la virtud de que más necesidad tienen, es medio eficacísimo el pedir á Dios con instancia su divina luz; lo cual es el recurso principal que tenemos para salir de nuestras dudas, como lo reconoció y confesó Josafat viéndose cercado de multitud de enemigos, y dudoso de lo que había de hacer, por estas palabras: *Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui ut oculos nostros dirigamus ad Te* (1); sobre todo si se procuran hacer algunas obras en servicio de Su Majestad para que sea mejor escuchada

---

(1) 2 Par., 20, 12.

la petición. Con la luz que el Señor les diere, acudan á su padre espiritual, y dénle cuenta de todo con mucha claridad de su interior, de sus inclinaciones, pasiones, hábitos malos y aficiones desordenadas: y esto no sólo de las que al presente tuvieren, sino de las que en tiempos pasados y en el siglo tuvieron, que por este camino merecerán alcanzar del Señor conocimiento del vicio ó pasión que más daño les hace y más les impide su aprovechamiento, y tendrán hecho mucho para alcanzar victoria de sus enemigos.

Dado ya este paso, nuestros hermanos han de procurar con particular empeño que su principal ejercicio y contienda sea contra el vicio ó pasión dominante, no haciendo caso por entonces de los demás, ni divirtiéndose, ni empleando sus fuerzas contra otro, sea grande ó pequeño, recogiénolas todas para pelear solo contra aquel filisteo, sin volver pie atrás hasta cortarle la cabeza; porque alcanzada victoria de éste, ninguno de los demás se atreverá á hacerle rostro y los vencerá fácilmente.

En venciendo David á Goliat, aquel fortísimo gigante de los filisteos, luego se acobardaron los demás y se pusieron en huída.

Así también, vencido el vicio ó pasión dominante, quedarán vencidos y rendidos los demás. Doctrina es ésta muy conforme á la razón natural, según el tan conocido axioma: *Pluribus intentus, minor est ad singula sensus*, y el otro contrario: *Virtus unita fortior est se ipsa dispersa*. Y sobre todo tenemos la enseñanza del Espíritu Santo, el cual en el capítulo 7.º del Deuteronomio, instruyendo á los hijos de Israel de cómo se habían de haber para vencer aquellas siete gentes contrarias, les dice: *Dominus Deus tuus consumet nationes has in conspectu tuo paulatim atque per partes. Non poteris delere eas pariter*. Poco á poco se ha de ir peleando en esta guerra espiritual; este mes ó este año vencer un vicio, adquiriendo la virtud contraria: el mes ó año siguiente otro vicio con otra virtud: que vencer todos los vicios y pasiones á la vez y adquirir todas las virtudes juntas es imposible.

Y no como quiera es necesario pelear solo contra un vicio y tratar de adquirir una sola virtud, más aún, esa no se ha de tomar así á bulto y en común, sino dividiéndola en partes ó grados, trayendo unos días ejercicio de uno, y alcanzado aquél, traerle de otro; porque de

esta suerte se alcanza la virtud más presto y con más facilidad. Pongamos ejemplo en la virtud de la humildad, y lo que de ella se dijere se ha de aplicar con proporción á las demás. No se ha de tomar el ejercicio de esta virtud así en general y por mayor, diciendo tengo de ser humilde en todas las ocasiones que se me ofrecieren; porque esto comprende mucho, sino dividirla en partes ó grados, tomando una semana por ejercicio el no decir palabras que puedan redundar en propia alabanza. Y alcanzada esta parte, tomar otra, cual es el pesarle de que otro se las diga y sacar de ello confusión, viendo que no es para con Dios lo que los otros piensan. Después ejercitarla en no excusarse interior ni exteriormente, aunque le culpen sin culpa. Luego en llevar bien las ocasiones que se le ofrecieren de desprecio, particularizando algunas que más de ordinario se le ofrecen ó pueden ofrecer; lo primero, no indignándose contra quien le da la ocasión; lo segundo, holgándose de que le sucedan cosas semejantes de desprecio; lo tercero, deseando estas ocasiones entrañablemente. Y á este modo se ejercitarán en las demás virtudes.

Una duda se puede ofrecer acerca de lo

dicho, y es que sucederá algunas veces ser la virtud de que uno tiene más necesidad la humildad ó la obediencia, y tener juntamente otras faltas exteriores que hacen daño á su aprovechamiento, y ofenden también y desedifican á sus hermanos, y no sabe determinarse á cuál atender primero, si al ejercicio de su virtud principal ó á la enmienda de aquellas faltas exteriores.

A esta duda se responde; lo primero, que aunque lo ordinario ha de ser ejercitarse en la virtud principal que escogiere, sin divertirse á otra cosa por buena que sea y por necesaria que parezca, no quita esto que en casos semejantes tome por algunos días por principal ejercicio la enmienda de aquellas faltas exteriores, antes es necesario, por lo mucho que importa dar buen ejemplo en una Comunidad. Pero en esto no ha de gastar mucho tiempo, porque estas faltas exteriores, como están más en nuestra mano, se enmiendan más fácilmente que las interiores.

Lo segundo se responde, que nunca deje uno el ejercicio de la virtud principal por tomar el de la enmienda de las faltas exteriores, sino que ejercitándose principalmente en la parte ó grado de la virtud de que más

necesidad tiene, tome por medio para alcanzarla la enmienda de aquellas faltas exteriores. Y esto es mucho mejor, porque por este camino se hacen tres cosas: La primera, que nuestro ejercicio es de una sola virtud. La segunda, que no dejamos el ejercicio de la virtud que más necesitamos. La tercera, que las faltas exteriores se enmiendan mucho mejor, porque nace su enmienda de la reformation interior. Pongamos un ejemplo: La virtud de que uno más necesidad tiene es la humildad; escogió para ejercitarla, no excusarse interior ni exteriormente. Siéntese por otra parte falto en el silencio exterior. Pues ejercítese principalmente en la parte ó grado de humildad que ha escogido, y tome por medio, para que Dios se la conceda, el guardar hoy muy estrecho silencio, como podía tomar una disciplina, ó ayunar, ó hacer algún otro servicio á Nuestro Señor por aquel fin.

## § II

**Tiempo que ha de durar el ejercicio de una virtud**

No se puede dar regla cierta acerca del tiempo que conviene ejercitarse en una virtud; porque presuponemos que se ha de

emplear todo el que fuere necesario para alcanzarla, y que no se ha de pasar al ejercicio de otra hasta haber salido con victoria de la primera. Y como no todos se ejercitan con igual cuidado en las virtudes, y unos hallan más dificultad que otros, no se puede señalar un mismo tiempo para todos; pero podremos darles una regla general, así para alcanzarla como para pasar al ejercicio de otra. Para lo primero han de asentar en un principio, que no han de señalar tiempo limitado de una semana, de un mes ó de un año, etc., sino determinarse de veras á ejercitarse en la virtud elegida todo el tiempo que fuere necesario hasta alcanzarla. Y no crean que por esto dejarán de aprovechar en otras virtudes, que sí aprovecharán. Porque, como dice Sto. Tomás, todas las virtudes están entre sí enlazadas, de suerte que tras una vienen las demás. Y S. Gregorio dijo: *Una virtus sine aliis, aut omnino nulla est, aut imperfecta*. Virtud que no está acompañada con todas, ó no es virtud ó es imperfecta; y así más vale una bien ejercitada y adquirida, aunque no sea más que en un grado, que muchas mal ejercitadas, y no tener nada de ellas. Es, pues, menester perseverancia, y no

cansarse, aunque se gaste mucho tiempo en una sola, porque del cansarse en esto y de pasar de corrida por el ejercicio de las virtudes, y esta semana tomar una y la que viene otra, picando ya aquí, ya allí, nace el no alcanzar ninguna, como se ve por experiencia en los que van por este camino.

En cuanto á lo segundo, se ha de advertir que el ejercicio contra un vicio ha de durar hasta que vaya tan de caída, que en asomando y revelándose puedan luego fácilmente reprimirlo y sujetarlo con la razón. De suerte que no es menester esperar á no sentir la pasión ni la repugnancia, que eso es imposible, por más aprovechado que uno esté. *Quantumvis in hoc corpore manens* (dice S. Bernardo) *profeceris, erras, si vitia putas emortua, et non magis supressa. Velis nolis intra afines tuos habitat gebuseus. Subjugari potest, sed non exterminari.* Hacer que del todo estén muertas nuestras pasiones, es imposible; eso es más de ángeles que de hombres; basta que las sujetemos y que las tengamos tan á raya, que con facilidad venzamos cualquier movimiento que se levante en el alma contra la virtud que pretendemos. Y entonces se podrá pasar al ejercicio de otra, haciendo el examen

que queda dicho para conocer cuál sea la que más nos conviene, y cuál el vicio que más guerra nos hace para pelear contra él.

### § III

#### Modo de ejercitar la virtud elegida.

Lo primero que nuestros hermanos han de hacer, en escogiendo la virtud de que más necesidad tuvieren, es poner gran cuidado en ejercitarse en ella de veras, haciendo cuenta que fuera de su salvación, es aquél el negocio de más importancia que tienen.

Dividirán en partes la virtud que tomaren en ejercicio y escogerán una para ejercitarse en ella de esta suerte: Pongamos ejemplo en la virtud de la humildad. Hoy acerca de esta virtud me tengo de ejercitar en no hablar palabra de propia alabanza: esto llevo prevenido á la oración mental como fruto que pretendo sacar de ella, y á cuyo fin la ordeno.

Y digo hoy, porque es de grande importancia el no hacer propósito por largo tiempo; lo uno, porque la voluntad los abraza así mejor; y lo otro, por ser más fácil su cumplimiento. Si veo que la voluntad se aficiona

en la oración á sacar aquel fruto, procuraré aficionarla más y más, y haré propósitos en particular de guardar y cumplir [aquello en las ocasiones que más de ordinario se me ofrecen y en que caigo con más frecuencia. Si la voluntad está seca y no se mueve á formar propósitos, no deje de hacerlos, aunque sea con sequedad, y si cabe con más esfuerzo, para que así supla la falta de moción. Y tenga gran ánimo que, con la gracia de Dios, en nuestra mano está el formar propósitos y el cumplirlos.

Esto han de hacer en la oración de la mañana, y lo mismo en la de la tarde. No queremos decir con esto que no hayan de sacar otro fruto de la oración, sino que es lo principal que han de procurar sacar de ella, y á este fin ordenarán todo lo demás.

Después de esto procurarán que su ejercicio principal, en lo restante del día, sea también el de la virtud elegida, y así renovarán muchas veces los propósitos particulares hechos en la oración, y ordenarán á su cumplimiento todo cuanto hicieren de ordinario y extraordinario. De modo que, aunque se han de ejercitar en otras muchas virtudes y han de hacer actos de ellas, como son de

observancia regular, obediencia, religión, etc., todos ellos los han de ordenar y tomar como medios para alcanzar la virtud que traen en ejercicio. Aclaremos esta doctrina con un ejemplo: Van al coro á rezar el oficio divino, dirigirán lo primero á Nuestro Señor aquella obra que van á hacer. Lo segundo, la levantarán de punto. Lo tercero, pedirán favor á Dios para hacerla muy conforme á su divino gusto. Lo cuarto, la unirán con las de Cristo Nuestro Señor y con las de la Santísima Virgen y demás santos del cielo. Y lo quinto y último, la enderezarán á la virtud, diciendo vocal ó mentalmente estas ó semejantes palabras: Aquí vengo, Señor, por honra y gloria vuestra á bendeciros y alabaros porque Vos gustais de ello. Quisiera, Dios mío, hacer este acto con la pureza, atención, devoción, reverencia y fervor con que los Serafines lo harían, y si como gustais ahora de esto, gustárais de que hiciera otra cosa, deseo tanto daros gusto, que la hiciera de muy buena gana, por más dificultosa y penosa que me fuera. Ayudadme Vos para que así lo haga, y para más agradaros con ella, y porque me concedais esta virtud que pretendo y me ayudeis para que yo no hable hoy palabra de

propia alabanza, os la ofrezco unida y acompañada con todas las de mi Señor Jesucristo, su Santísima Madre y de todos los Santos. Ved aquí enderezado á la virtud de la humildad el acto de observancia regular y religión; y á este modo se han de enderezar todos los demás que hicieren, los ayunos, disciplinas, cilicios, abstinencia, vigiliias, obediencia, el barrer y fregar, en una palabra, todo.

De esta suerte, aunque se ocupen en obras de muchas virtudes y hagan actos de ellas, se verifica que su ejercicio es de una sola, pues á ella las ordenan todas. De más de lo dicho, harán entre día actos de virtud que ejercitan, de los cuales se pondrá aquí un breve modo para que cada uno escoja los que más le acomodare, según las diferencias de tiempos y ocasiones.

#### Actos ú oraciones jaculatorias

*De elección.*—Elijo por vuestro amor ejercitarme en no hablar palabra de propia alabanza.

*De resignación y deseo de la virtud.*—Porque gustais, Dios mío, y como gustais que yo no hable palabra de propia estimación, deseo hacerlo.

*De amor.*—Amo por daros gusto el no hablar palabra de propia alabanza.

*De reprehensión.*—¡Oh que mal he hecho hasta ahora en haber hablado en cosas de mi propia estimación!

*De confusión.*—Confúndome de haber hablado, etc.

*De dolor.*—Pésame, Dios mío, en el alma, de haber hablado, etc.

*De confianza.*—Confío en Vos que no he de hablar palabra de propia alabanza por daros gusto.

*De petición.*—Suplícoos, Señor mío, me ayudeis para que yo lo cumpla y que no hable palabra, etc.

*De confesión.*—Confieso, Señor, que por más que yo haga, si Vos no me favoreceis, faltaré á mis propósitos y deseos que tengo, etc.

*De refugio á Dios.*—A Vos vengo, Señor, á que me concedais este bien y virtud de no hablar, etcétera, pues Vos sólo sois el todo poderoso.

*De ejecución.*—Ahora en esta ocasión que se me ofrecía de hablar en mi propia alabanza, callo por daros gusto.

*De deseos afectivos.*—¡Oh bien de mi alma! si yo estuviera tan sobre mí que por daros gusto no hablase palabra, etc., ¡cuándo será este día!

*De agradecimiento.*—Gracias os doy, Señor, por los buenos deseos que me dais y por lo mucho que me ayudais para cumplirlos.

*De gozo.*—Gózome en el alma de callar y no hablar palabra, etc., porque Vos gustais de ello.

A este modo se pueden hacer actos de todas las demás virtudes, en los cuales se han de ocupar algunos ratos entre día, y particular-

mente cuando hacen algunos oficios, como cuando friegan, barren, etc., y no se ponen porque se hayan de hacer todos, ni tan breves como están aquí, sino para que vean cómo se pueden hacer actos diferentes de una virtud. Háganlos muy de corazón, y ejercítense principalmente en los afectivos, que enternecen el alma y la disponen para la oración. De esta manera se irán acostumbrando á tratar con Dios, como con un amigo en quien mucho confían, y es muy interesante esta ocupación, pues facilita el cumplimiento de la oración continua á que nuestra Regla nos obliga. Otro documento, no menos importante que los anteriores para alcanzar las virtudes, es que tengan nuestros hermanos gran cuidado de hacer el examen particular, dos veces al día, de cómo se han ejercitado en la virtud elegida. Harán este examen cuando le hace la Comunidad, á mediodía y á la noche. Y si en el primero hallaren haber cometido alguna falta, miren en qué y péseles mucho de ello, proponiendo firmemente la enmienda hasta el examen de la noche; y si en éste hallaren también haber faltado, propongan la enmienda para el día siguiente; y para cumplirlo mejor pónganse alguna peniten-

cia; y háyanse en tomarse esta cuenta y en reparar ó mejorar lo pasado, como se suele haber y portar un cuidadoso y codicioso mercader, el cual, cotejando la ganancia ó pérdida que ha tenido hoy con la que tuvo ayer, procura reparar las pérdidas ó menores ganancias con los mayores acrecentamientos venideros; medio que nos enseñó en esta mercadería espiritual el glorioso S. Bernardo por estas palabras: *Comparanda est dies instans diei præteritæ; ut ex eorum collatione suum deprehendere possit Monachus, vel profectum vel defectum.* Y S. Basilio dice lo mismo: *Quæ quotidie feceris opera, vespere tecum commemora, et cum his, quæ feceris pridie, conferto.*

Y aunque estos Santos hablan en los lugares citados en común, de todas las obras del religioso, no se les pide aquí tanto á nuestros hermanos, sino que hagan este cotejo solamente en lo tocante á la virtud principal que ejercitaren. Aunque es bien cierto, que si con ella tuvieren este cuidado, todo lo demás andará bien concertado.

De lo que en este capítulo se ha dicho, se ve claramente cuán proporcionado medio sea el ejercicio de las virtudes, tal como se ha

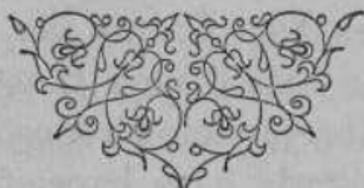
indicado, para alcanzarlas y vencer al mismo tiempo los afectos desordenados y pasiones viciosas del alma por arraigadas que estén en ella. Porque si *Gutta cavat lapidem non bis, sed sæpe cadendo*, esto es, si una gota de agua, cayendo continuamente sobre una piedra, concluye por abrir agujero, ¿qué pasión habrá tan rebelde que no se ablande y rinda con este tan continuo ejercicio? Por más vano que uno sea en sus palabras, si á la mañana propone que aquel día no ha de hablar ninguna de propia estimación, y lleva esto á la oración prevenido para sacarlo por fruto principal, y lo saca, y todas las demás obras que entre día hace las endereza á este fin y gasta algunos ratos en hacer actos de desear cumplir lo que propuso, y renueva esos propósitos, y examina, una vez al mediodía, las faltas que acerca de su cumplimiento ha tenido, y pesándole de ello, propone la enmienda hasta la noche, ¿cómo es posible, por más arraigada que esté la pasión, que no se rinda en muy breve tiempo? Y si con el mismo cuidado se ejercita uno en una virtud, ¿cómo puede ser que no alcance muy presto, y que no halle en su ejercicio, no sólo facilidad, sino también gusto y deleite por más

difícil y desabrido que antes le fuese? No parece que es posible. Porque la costumbre, respecto de cualquier ejercicio, tiene tan poderosa fuerza, que por difícil y desabrido que sea, lo facilita y hace gustoso y como connatural. Y así los filósofos, describiendo la costumbre dijeron que era *Altera natura*. Esto es lo que la filosofía nos enseña, lo que la experiencia nos muestra, y lo que los Santos nos dicen y ponderan.

San Bernardo, hablando de la eficacia y fuerza de la costumbre, se expresa en estos términos: *Quid non invertat consuetudo? quid non asiduitate duretur? quid non usus cedat?* Qué cosa hay que la costumbre no trastorne y mude? qué cosa que con la continuación no se endurezca? Cuál lo que con el uso y ejercicio no se venga á vencer? A cuántos aquello mismo que de puro amargo y penoso les hacía á los principios dar arcadas y no lo podían arrostrar, vino después con el uso á hacérseles dulce y sabroso? Y luego prosigue el santo declarando de la manera que por sus pasos contados se va haciendo esto: A los principios, dice, parecete ha una cosa tan pesada que no han de poder tus fuerzas con ella; pero andando un poco el tiempo vendrás

ya con el ejercicio á conocer que no es tanto como te parecía; y si todavía la continúas, la sentirás ya menos; y si pasas algo más adelante, vendrás á no sentirlo en ninguna manera; y si un poco más, te servirá de recreación y deleite. Todo esto es de S. Bernardo. Pero para que se vea más y más la fuerza de la costumbre y uso respecto del ejercicio de la virtud para causar en los que se ejercitaren en ella los efectos dichos; y para que se animen los hermanos á poner el hombro al trabajo y á no reparar en las dificultades que al principio se les ofrecerán, pondremos aquí unas palabras de S. Juan Crisóstomo, en las cuales maravillosamente nos descubre los muchos y grandes bienes que una alma llega á gozar, si es fiel y constante en el ejercicio asiduo y fervoroso en la virtud. Dice, pues, así: «Si una vez llegase una alma alcanzar esta divina filosofía, lo que obra en ella este ejercicio virtuoso es, que casi está imposibilitada para hacer faltas; y que le sea tan fácil el obrar bien y virtuosamente, como lo es el comer, el beber, el dormir, y lo que más es, el respirar; porque con la buena costumbre viene á imitar la estabilidad y firmeza de la misma naturaleza;

que es decir, que obra tan indefectible, perseverante y fácilmente los actos de virtud, como la naturaleza los que le son connaturales y propios. Y no sólo se le hacen ya fáciles, sino también en gran manera deleitables, y goza de sus deleites con una abundantísima paz y seguridad. Siendo esto así, concluye este Santo Doctor, procuremos ir navegando con la nave de nuestra alma, cargada de muchas y diversas virtudes, que son las verdaderas riquezas, no parando hasta tomar puerto seguro en aquella gran Ciudad de Dios, donde seremos coronados con coronas perpetuas de gloria. Amén.»



TRATADO III

---

DE LOS EJERCICIOS MONÁSTICOS

# TRATADO III

---

## DE LOS EJERCICIOS MONÁSTICOS

### CAPÍTULO I.—DIRECCIÓN DE LAS OBRAS.

- I. — Pureza de intención en las obras.
- II. — Fórmulas para dirigir las obras.
- III.—Pacto devoto del alma con Dios.

### CAPÍTULO II.—PRESENCIA DE DIOS.

- I. —Presencia de Dios en general.
- II. —Presencia de Dios sacramental.
- III.—Presencia de Dios imaginaria.
- IV.—Presencia de Dios intelectual.
- V.—Reglas para el ejercicio de la presencia de Dios.

### CAPÍTULO III.—ORACIÓN MENTAL.

- I. —Naturaleza y excelencia de la oración mental.
- II. —Partes de la oración mental.
- III.—Avisos para el ejercicio de la oración.

### CAPÍTULO IV.—EXAMEN DE CONCIENCIA.

- I. —Importancia del examen de conciencia.
- II. —Práctica del examen de conciencia.
- III.—Modo de dar cuenta del estado de la conciencia al P. Maestro.

### CAPÍTULO V.—SACRAMENTOS.

- I. —De los Sacramentos en general.
- II. —Del Sacramento de la Penitencia y modo de confesarse.
- III.—Del Sacramento de la Eucaristía.
- IV.—De la Comunión espiritual.

### CAPÍTULO VI.—DISTRIBUCIÓN DE LOS EJERCICIOS DEL SANTO NOVICIADO.

- I. —Ejercicios durante el año.
- II. —Ejercicios de cada mes.
- III.—Ejercicios de cada semana.
- IV.—Ejercicios de cada día.



## CAPÍTULO I

### DE LA DIRECCIÓN DE LAS OBRAS

---

#### § I

#### Pureza de intención

La vida del varón espiritual debe de ser una serie no interrumpida de acciones virtuosas y como un himno de continuas alabanzas á Dios. Cumplir en la tierra la voluntad divina como los bienaventurados la cumplen en el cielo, he ahí el blanco á que deben dirigirse las acciones todas de un cristiano, y con mayor razón las de una persona consagrada á Dios, cual es el religioso. Esto supone al obrar gran pureza y rectitud de intención; pues sin ésta, aun las obras de suyo grandes y virtuosas no llegarán á ser del agrado de Dios, ni conformes con su divino beneplá-

cito. «No hagais mucho caso de la acción del hombre, dice S. Agustín, sino de la intención que tiene al obrar.» La intención recta y pura da valor y mérito á todas las acciones, aun á las que son de suyo indiferentes; y por el contrario, la intención torcida y viciosa envilece y destruye la bondad de las acciones más nobles y virtuosas, según aquello del sagrado Evangelio: *Lucerna corporis tui est oculus tuus: si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit; si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit.* Por el ojo entienden los intérpretes y escritores místicos la intención.

Siendo esto así, el mayor empeño de nuestros hermanos ha de ser espiritualizar todas sus acciones, aun las más indiferentes, mediante una intención recta, pura y sencilla, teniendo siempre á la vista el precepto del Apóstol: *Ya comais, ya bebais, ya hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios.* Esto lo conseguirán poniendo sumo cuidado en hacer al principio de cada obra una dirección fervorosa y perfecta. Fervorosa y perfecta decimos, pues no se han de contentar con una intención simplemente buena, sino que deben procurar sea nobilísima y

perfecta, porque también la intención admite grados de bondad. Oigamos cómo los expone el melífluo S. Bernardo: «Vuestra intención — dice — es buena, si huis del pecado y practicais el bien para evitar las penas del infierno. Vuestra intención es mejor, si lo haceis todo con la esperanza de la recompensa del cielo. Vuestra intención es perfecta, si obrais así por amor á la virtud, por ejemplo, por obediencia y para cumplir la ley; por reconocimiento y para dar gracias á Dios; por penitencia y para satisfacer por vuestros pecados; por justicia y para dar al prójimo lo que le es debido; por virtud de religión y para servir á Dios; y, sobre todo, por caridad para agradar más á Dios, haciendo únicamente por Él lo que le place. Porque la caridad es la más noble, es la reina de las virtudes; por cuya razón, los actos que nacen de ella ó les determina con la intención, son nobilísimos y divinos y de un mérito inmenso ante Dios.» Hasta aquí S. Bernardo.

La dirección de las obras puede ser de dos maneras; conviene á saber, general y particular. La general se refiere á todas las obras del día, y debe de hacerse al levantarse por la mañana. La particular se concreta, como

lo indica su mismo nombre, á cada acción en particular, á la cual debe preceder. Una y otra dirección debe abrazar cinco puntos principales: 1.º Ofrecer á Dios la obra ú obras que se van á hacer, proponiéndose en ellas la gloria de Dios y el honrar á María Santísima y los Santos.—2.º Espiritualizar la obra, mostrando un ferviente deseo de hacerla con el fervor y caridad con que la harían los serafines, y, si posible fuera, con la misma perfección con que obraba la Virgen Santísima y su Divino Hijo.—3.º Pedir á Dios favor y gracia para ejecutar la acción conforme á su divino beneplácito.—4.º Unirla con los méritos de Jesucristo, de María Santísima y demás santos del cielo y justos de la tierra.—5.º Ordenar al remedio de las necesidades y á implorar gracias en favor suyo y del prójimo.

En la dirección general será bien que á estos cinco puntos precedan algunos actos de fe, esperanza y caridad y hacimiento de gracias.

La dirección particular puede simplificarse, refiriéndose en algunos puntos á la general de la mañana. Aun cuando estas direcciones pueden hacerse mental ó vocalmente sin

fórmula fija, pondremos aquí algunas fórmulas para comodidad de los novicios.

### § III

#### Fórmula para la dirección general de las obras

Clementísimo y piadosísimo Dios mío, en quien creo, de quien todo lo espero y á quien amo sobre todas las cosas. Yo indigno siervo vuestro, postrado ante vuestro divino acatamiento, os doy infinitas gracias por todos los beneficios que de Vos he recibido como la creación, conservación, redención, vocación religiosa y demás gracias, tanto generales como particulares; y en especial el haberme dejado llegar á este día, en el cual, para honra y gloria vuestra, de María Santísima, de San José y Santos todos de la corte celestial, me consagro y ofrezco todo á Vos; mi alma con sus potencias, mi cuerpo con sus sentidos, y en particular todos los pensamientos, palabras y obras de este día. Sólo deseo agrada-ros, y quisiera tener la pureza, devoción y fervor con que os alaban los Serafines del cielo. Dadme, Señor, á entender qué es lo que quereis de mí, que pronto estoy á hacer en

todo vuestra santísima voluntad. Concededme vuestra divina gracia y los auxilios que necesito. Y para que mis obras os sean más aceptas, las uno á los infinitos méritos de Jesucristo, de María Santísima y de S. José, y á las alabanzas que os dirigen todos los bienaventurados del cielo y los justos de la tierra. Así unidas las ofrezco en sacrificio de expiación por mis pecados y los de todo el mundo; en sufragio de las benditas Ánimas del Purgatorio, en especial de aquellas á quienes estoy más obligado por justicia y caridad; por las necesidades de la Iglesia, del Romano Pontífice y de todo el clero; por la prosperidad y extensión de las Ordenes religiosas, especialmente de nuestra santa Religión del Carmen; por mis Superiores, por mis padres, hermanos, parientes, amigos y bienhechores; por la conversión de los pecadores, perseverancia de los justos y necesidades de los agonizantes; por las misiones católicas; por la conversión de los infieles, herejes y cismáticos; por las necesidades de la Patria y autoridades civiles; y, en fin, por las personas y necesidades á mí encomendadas (en particular *N.* y *N....*) También es mi intención ganar en este día las indulgencias concedi-

das á los actos que practicare y las ofrezco por los fines indicados. Aceptad, Señor, este ofrecimiento, el cual, para que os sea más acepto, lo pongo en manos de María Santísima y S. José. Espero me concedereis la virtud que traigo en ejercicio y gracia para servir, alabaros y amaros, ahora y siempre y por toda la eternidad. Amén.

## § II

### Fórmula para la dirección de cada obra en particular

Clementísimo y piadosísimo Dios mío, por vuestro amor y por daros gusto práctico esta obra (ó asisto á este acto de Comunidad); y si como gustais ahora de esto, gustarais de que hiciera otra cosa, de muy buena gana la haría, por dificultosa y penosa que me fuera. Uno esta acción á los méritos de Jesucristo, de María Santísima, de San José y de los bienaventurados del cielo y justos de la tierra. Así unida la ofrezco á vuestra mayor honra y gloria y por las necesidades é intenciones expresadas en la dirección general. Confío me dareis vuestra divina gracia con la cual espero ser fiel y merecer la dicha de alabaros

y bendeciros en el tiempo y en la eternidad.  
Amén.

### Fórmulas particulares

Aun cuando la fórmula precedente puede servir para cada una de las obras del día, transcribiremos aquí las que nuestro venerable P. Juan de Jesús María trae en su *Instrucción de novicios*.

*Para las horas canónicas.*—¡Oh Dios mío! Deseo cantar con fervor vuestras alabanzas é invito encarecidamente á la Santísima Virgen, á todos los Ángeles y Santos, á todos los hombres y á todas las criaturas visibles é invisibles para que se unan conmigo en estas alabanzas. (*Esta fórmula podrá también servir para la oración*).;

*Para el capítulo de culpas.*—¡Oh Dios mío! He pecado contra el cielo y en vuestra presencia; tened piedad de mí que soy un infeliz pecador; haced, Señor, que me arrepienta sinceramente de mis faltas, y que sean conocidas y expiadas con sincera penitencia. (*Para la confesión podrá servir esta misma fórmula*).

*Para la comida.*—¡Oh Dios mío! Me llaman al refectorio; ojalá fuera para el martirio!

haced, Señor, que guarde templanza, considerando el espléndido banquete que para vuestros escogidos teneis preparado en el cielo.

*Para la recreación.*—¡Oh Dios mío! tengo que dar algún alivio al cuerpo y al espíritu para que vuelvan con más fuerzas al trabajo; concededme, Señor, que me porte en este acto de recreación con una perfecta modestia.

*Para el sermón ó instrucción.*—¡Voy á escucharos, oh Dios mío! ¡ojalá se impriman vuestras palabras en mi alma para que en adelante mejore mi vida! haced, Señor, que yo conserve en la memoria lo que en esta instrucción escuchare y que vuestra verdad entre dulcemente en mi corazón.

*Para oír Misa.*—¡Anhelo, oh Dios mío, asistir á esta santa Misa, cuya dignidad es infinita! concededme que la oiga con mucha atención y respeto, para que me haga participante de los frutos de tan augusto sacrificio.

*Para la Comunión.*—¡Oh Jesús, dulce dueño de mi alma! me dispongo á recibirlos; haced que mi corazón arda en vuestro amor y se purifique para unirme con Vos.

*Para el momento de acostarse.*—¡Oh Dios mío! tengo ahora que acostarme para tomar descanso; haced que use del sueño sin halagar á la carne y que esté pronto á levantarme para cantar vuestras alabanzas.

*Para servir en el refectorio.*—¡Oh Dios mío! voy á servir á vuestros siervos; hacedme atento y diligente para dar á cada uno lo que sea conveniente, sin cometer falta alguna.

### § III

#### Pacto devoto del alma con Dios en cada semana

Señor, Dios y Criador mío; Vos penetrais mis deseos, y mi gemido no se os oculta; mas porque las necesidades corporales no me permiten estar continuamente ocupado en alabaros como quiera, hago con Vos el siguiente pacto, y es mi voluntad que valga para toda la semana.

1. Cuantas veces mirare al cielo esta semana, otras tantas me congratulo con Vos de vuestras infinitas perfecciones y de que seais quien sois, Todopoderoso, Sabio, Misericordioso y Justo.

2. Cuantas cerrare ó abriere los ojos, otras

tantas bendigo las obras y acciones que vuestro Unigénito Hijo, la Virgen Santísima, los santos y justos hicieron y harán en adelante á gloria vuestra, y deseo ser participante de todas ellas.

3. Cuantas respirare, otras tantas os ofrezco la vida, pasión y muerte de mi Señor Jesucristo, los méritos y padecimientos de la Virgen Santísima y de todos los santos para eterna alabanza vuestra, salvación del universo y satisfacción de todas las ofensas que os han hecho los hombres.

4. Cuantas veces suspirare, otras tantas detesto y abomino todos mis pecados y cuantos han cometido los hombres desde el principio del mundo; y ojalá pudiera expiarlos con mi propia sangre.

5. Finalmente, por cuantos latidos diere mi corazón me arrojé todo en el seno de vuestra santísima y adorable Providencia, deseando que dispongais de mí por tiempo y eternidad según vuestro loabilísimo beneplácito.

Y sello estos cinco propósitos con las cinco sacratísimas llagas de mi dulce y amabilísimo Jesús, y quiero que sean tenidos siempre por firmes y valederos, aunque actualmente no pensare en ellos.

## CAPÍTULO II

## DE LA PRESENCIA DE DIOS

## § I

## De la presencia de Dios en general

Por presencia de Dios, en el sentido que usan las personas espirituales, no se entiende (aunque como verdad fundamental se presupone) la existencia de Dios en todo lugar, ni tampoco la atención que Dios tiene á todas las criaturas, ni menos la presencia de éstas ante la escudriñadora vista del Señor; entiéndese una aplicación atenta y afectuosa de nuestra alma á pensar en su divina Majestad ó en cosa que á Dios nos lleve. Dos actos abraza este ejercicio de la presencia de Dios: uno de parte de las potencias cognoscitivas y otro de parte de la voluntad. El primero consiste en el recuerdo ó representación interior de Dios ó de cuanto á Él se refiere, como los atributos divinos, la huma-

nidad de Cristo ú otros objetos semejantes. El segundo es un movimiento afectuoso de la voluntad hacia Dios ó á las cosas espirituales. Este segundo acto es el principal en este ejercicio, pues sin la moción de la voluntad, el pensamiento, representación ó memoria de Dios, sería de poco fruto.

Cuán útil y provechoso sea á la vida espiritual el ejercicio de la presencia de Dios, lo dan á entender la estima grande que los Santos y varones espirituales han hecho de él, y los elogios extraordinarios que vemos en sus escritos ponderando sus efectos saludables. *El recuerdo de Dios*—dice S. Jerónimo—*excluye todos los pecados. La presencia de Dios*—afirma S. Basilio—*es un remedio contra todos los vicios. Hay un remedio infalible de vencer al demonio*—asegura S. Antonio—*y es el continuo recuerdo de la presencia de Dios. Este pensamiento burla los proyectos de los malignos espíritus y los ahuyenta como el humo.* Tertuliano, en su *Apolagético*, increpa á los perseguidores del cristianismo de este modo: *Acusais á los cristianos de que cometen grandes crímenes; los calumniáis. Son incapaces de ello. ¿Porqué? Porque saben que están siempre delante de Dios, delante de su Juez;*

*y este pensamiento les hace impecables.* Mas si la presencia de Dios es tan recomendable, porque libra del pecado al que en ella se ejercita, no es menos digna de estima y aprecio para el religioso por los bienes que le proporciona. Nada debe estimar en tanto una alma consagrada á Dios como aquello que directamente le conduce al cumplimiento de su principal obligación. Sabido es que el fin del religioso es la perfección de la caridad cristiana, á la cual tiene obligación de tender cumpliendo las leyes propias de su Instituto. Pues bien, el ejercicio de la presencia de Dios es el medio más á propósito para cumplir con dicha obligación. *Es imposible—dice un piadoso escritor—no tender á la perfección en presencia de Dios; con tal presencia se vive de Dios; y vivir de Dios, es ir pronto á la perfección, á la más alta perfección; porque es dedicarse á evitar todo lo que desagrada á Dios, haciendo cuanto le place.*

Se dan tres maneras de presencia de Dios, á saber: sacramental, imaginaria é intelectual. Diremos algo de cada una en particular.

## § II

## Presencia de Dios Sacramental

La presencia de Dios sacramental consiste en un acto de viva fe, por el cual creemos firmemente que en la hostia consagrada, bajo las especies de pan, se halla real, verdadera y sustancialmente el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo juntamente con su sangre, alma y divinidad, y le rendimos homenaje y adoración.

Por el inefable misterio de la Eucaristía se ha quedado Jesucristo entre nosotros con todas sus gracias, con todas sus bondades, en toda aquella realidad que constituía la alegría y el embeleso de su Madre Santísima y de sus discípulos mientras vivió en carne mortal, *Cuando oía —afirma nuestra Madre Sta. Teresa— á algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que qué más se le daba. Y añade: Más sé de esta persona que muchos años, aunque no era*

*muy perfecta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada el Señor, procuraba esforzar la fe... considerábase á sus pies y lloraba con la Magdalena ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo; y aunque no sintiese devoción, la fe le decía que estaba bien allí, y estabase allí hablando con él (1).*

Por esta fe nos equiparamos, según revelación de la misma Santa, á los cortesanos del cielo, principalmente las almas religiosas que tenemos la dicha de morar en la misma casa con el Señor, y habitar bajo un mismo techo con su Majestad, pudiendo ser continuamente sus guardias de honor. Feliz el religioso que actuando vivamente la fe en el Sacramento y encendido el corazón con los ardores de la caridad, sabe aprovecharse de esta privanza para visitarle con más frecuencia y prestarle pleito homenaje derramando su alma en la presencia del Dios sacramentado, especialmente al arrodillarse ante el tabernáculo, al oír la santa Misa, al asistir á una exposición ó al recibirle en su pecho.

---

(1) Cam. per., cap. 34, n.ºs 5 y 6.

He aquí las prácticas que un piadoso autor aconsejaba á las almas ansiosas de honrar dignamente á Jesús Sacramentado: «Habeis comulgado esta mañana y recibido á nuestro Señor Jesucristo en vuestro corazón; vuestra alma invisible ha encontrado al Dios visible para adorarle y bendecirle con el himno de su amor, porque Dios, mediante su divina gracia, se ha derramado por todo vuestro ser; ha querido serviros de alimento, y en algún modo os habeis identificado con El. Apresuraos, pues, á ofrecer vuestras adoraciones á este huesped divino; jamás le pierdan de vista vuestro recogimiento y vuestra piedad, á fin de que podais adorarle incesantemente considerando que mora y vive en vosotros.

»¿Os encontráis al lado de una alma que ha tenido la misma dicha que vosotros, y que tal vez acaba de retirarse de la santa mesa? Adorad á nuestro Señor Jesucristo en esa alma, saludándola, con respeto y veneración, y la amareis mucho más cuando sepais que es el tabernáculo vivo de Dios, y que los ángeles del cielo acuden presurosos á su alrededor para hacer la corte á su soberano Rey. ¡Oh, cuán preciosas riquezas ganaría la

caridad con esta sencilla práctica de adorar á Dios en el alma de nuestro prójimo!

»¿Pasais por cerca de una iglesia en donde está reservado el Santísimo Sacramento, y vuestras ocupaciones no os permiten deteneros? Enviad, sin embargo, vuestro corazón á través de las paredes del santuario, para adorar con un acto de fe y un suspiro de amor, lanzados de paso como la limosna que se da á un desgraciado, y oireis en el fondo de vuestro corazón la voz del Dios que reside pobre y prisionero en aquel santo Tabernáculo y os da las gracias más expresivas de bendición y reconocimiento.

»¿Oís de improviso dar la hora en un reloj? Hágaos recordar ese sonido que en aquel momento se está celebrando una Misa, quizá á una distancia infinita. Mas ¡qué importa la distancia, cuando con el pensamiento podeis salvarla fácilmente y arrodillaros en espíritu delante del altar en donde estais seguros que se inmola el divino Cordero en holocausto de reconciliación y amor por todos los hombres culpables.

»Vuestros ojos perciben una cruz? Tome entonces vuestra fe toda su agilidad y hágaos prosternar, siempre con el pensamiento,

sobre la montaña del Calvario, delante del primer altar ensangrentado, sobre el cual se pagó el rescate de todas las almas, y en particular de la vuestra.

»Se os presenta un sacerdote? Miradle desde luego, no como á un hombre ordinario, sino como al gran consagrador de la Hostia divina de perpetua adoración; y pensando en todos los augustos sacrificios ofrecidos por sus manos, adorad todos esos sacrificios, aun los pasados; adorad los que ha de ofrecer todavía, puesto que nada os lo impide y podeis sacar gran provecho para vuestra alma. Con su palabra, tan débil en apariencia como todas las palabras humanas, ese sacerdote va á tomar del seno mismo de la Divinidad á nuestro Señor Jesucristo, como en otro tiempo el mismo Espiritu Santo tomó del cielo al Verbo de Dios para hacerle nacer de las castas entrañas de la Bienaventurada Virgen María; él deposita su precioso tesoro sobre un cuadro de fina y blanca tela, que tal vez han trabajado vuestras manos, y lo expone así á vuestras perpetuas adoraciones.

»¡Ah! Bien sé que el mundo nada ve ni entiende de todas estas cosas; pero vosotros pedid á vuestra fe que os las haga ver y en-

tender bien, á fin de que vuestra adoración pueda suplir á todas las adoraciones que faltan á esa divina y santa Hostia por parte de los muchísimos hombres que están entregados á la indiferencia. Desde la mañana, al despertar, apresuraos á adorar esa divina Hostia en todas partes en donde es ofrecida é inmolada, prosternándoos tan humildemente como os sea posible; perseverare vuestra adoración durante el día; sea vuestro último acto por la noche, antes de entregaros al sueño, una adoración por todos los sacrificios que se ofrecen en aquel momento en los diversos puntos del globo, y así podreis ver siempre á Dios inmolándose por vosotros; haced que reciba siempre vuestras adoraciones, porque entonces, desde lo alto del cielo ó desde el fondo del santo tabernáculo, el mismo á quien habreis adorado vendrá á recibir la ofrenda que le hayais hecho de vosotros mismos para presentarla con la suya á su Padre celestial, y así, identificados en cierta manera con Dios-Hijo, os trasportará consigo á su cielo eterno, donde la adoración no cesa nunca, sino que llega á ser la ocupación constante de los bienaventurados, y donde vosotros mismos adorareis eternamente

al Dios en cuya veneración os habeis ejercitado en la tierra» (I).

### § III

#### Presencia de Dios imaginaria

La presencia de Dios imaginaria consiste en formar en nuestro interior imágenes corporales de cosas divinas, como la figura de Jesucristo en cualquier acto ó paso de su vida: en el pesebre, en el taller, en el huerto, en su pasión, resurrección, ascensión, etc.; advirtiéndolo á los principiantes que no han de forzar mucho la imaginación por trazar imágenes y figuras perfectas y claras, pues esto ofrece muchos inconvenientes y no es necesario, bastando una representación confusa que impida la divagación de la fantasía y entendimiento, y dé motivo á la voluntad para ejercitarse en actos fervorosos.

Es cosa comprobada que el ejercicio de la presencia de Dios imaginaria es de mucho provecho y utilidad y ayuda en gran manera para el recogimiento, especialmente si se

---

(1) *El libro del alma piadosa.*

toma por objeto la humanidad de Jesús, nuestro Bien. Admirables son los documentos que sobre este punto nos dejó en sus escritos nuestra seráfica Madre Sta. Teresa, de los cuales trascribimos algunos: «Este modo de traer á Cristo con nosotros, aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo para ir aprovechando en el primero, y llegar en breve al segundo grado de oración: y para los posteriores andar seguros de los peligros que el demonio puede poner... Puede el alma representarse delante de Cristo, y acostumbrarse á enamorarse mucho de su sagrada Humanidad; y traerle siempre consigo, y hablar con él: pedirle para sus necesidades, y quejarse de sus trabajos: alegrarse con él en sus contentos, y no olvidarles por ellos; sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme á sus deseos y necesidades. Es excelente manera de aprovechar, y muy en breve; y quien trabajare á traer consigo esta preciosa compañía, y se aprovechara mucho della, y de veras cobrare amor á este Señor, á quien tanto devemos, yo le doy por aprovechado.» (V. 12.) «Mirad que no está aguardando á otra cosa el Señor sino que le miremos.... tiene en tanto que le bolvamos á mirar, que

no quedará por diligencia suya..... Si estais con trabajos, ó triste, miradle camino del huerto, qué aflicción tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento, la dize, y se queixa della: y miradle atado á la coluna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama; perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado dellos, sin nadie que buelva por él, elado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podeis consolar; ó miradle cargado con la cruz, que aun no le dexavan huelgo. Miraros ha él con unos ojos tan hermosos, y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, solo porque os vais vos con él á consolar, y bolvais la cabeza á mirarle..... Si estais alegre, miradle resucitado, que solo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará, mas con qué claridad y con qué hermosura, con qué Magestad, qué victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla adonde ha ganado un tan gran Reyno, que todo lo quiere para vos! Pues es mucho, que á quien tanto os dá, bolvais una vez los ojos á mirarle...? Si con cuidado os acostumbrais á considerar que traeis con vos

á este Señor. y á hablar con El muchas veces, sacareis tan grande ganancia, que aunque yo os lo quisiera dezir, no sabré. Si os acostumbrais á traerle cabe vos, y él ve que lo haceis con amor, y que andais procurando contentarle, no le podreis, como dizen echar de vos: no os faltará para siempre: ayudaros ha en todos vuestros trabajos.» (C. 26.) «Es muy buena compañía el buen Jesús para no nos apartar della y su Santísima Madre; y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces.» (M. VI, 7.) «Mientras mas adelante va un alma, mas acompañada es de este buen Jesús y cuando su Magestad quiere, no podemos sino andar siempre con El.» (M. VI, 8.) «En tiempo de sequedades es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre, y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía, y habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe si.» (V. 22.)

Es muy laudable la costumbre que algunos religiosos tienen de distribuir los pasos de la pasión del Señor entre los días de la semana. Otros, especialmente los novicios, sienten particular devoción en representar

al Niño Jesús, y suelen señalar para cada día de la semana un paso de su encantadora Infancia; por ejemplo: en el pesebre, adorado de los Reyes, huyendo á Egipto, etc., ó también consideran al Niño Jesús bajo el título de Rey, Médico, Hermano, etc.; otros, en fin, eligen los novísimos para materia de la presencia de Dios. En conformidad con estas prácticas piadosas, ponemos á continuación el siguiente cuadro:

DÍAS	NIÑO JESÚS	PASIÓN	NOVÍSIMOS
Lunes....	En los brazos de su Madre.....	Prisión.....	Efectos del pecado.
Martes...	En el presebre....	Flagelación.....	Muerte del pecador.
Miércoles.	Adorado de los Reyes.....	Coronación.....	Muerte del juto.
Jueves....	Presentado en el templo.....	Ecce-Homo.....	Juicio.
Viernes...	Huyendo á Egipto.	Crucifixión.....	Infierno.
Sábado...	En el taller.....	Ejemplar Soledad de Maria.	Gloria.
Domingo.	Disputando en el templo.....	Maestro. Resurrección.....	Beneficios.

Antes de acostarse conviene fijar la materia de la presencia de Dios en que se ha de ejercitar al día siguiente, y recordarla al levantarse.

#### § IV

##### Presencia de Dios intelectual

Presencia de Dios intelectual es aquella en la cual no se forman imágenes propias, sino que el entendimiento atiende á la existencia de Dios en todo lugar, y la voluntad se ejercita en actos virtuosos, según aquello del salmo 37: *Domine ante te omnem desiderium meum*. Como el átomo que está vestido por los rayos del sol, y como el pez que corre por las sendas del mar está rodeado de agua, así y mucho más estamos nosotros cercados, sumergidos y penetrados por la divinidad. *In ipso enim vivimus, movemur et sumus* (1). Ora nos movamos, ora estemos quietos, ya nos dirijamos á la diestra, ya á la siniestra, que subamos á los cielos ó bajemos á los abismos, nunca salimos del inmenso seno de Dios. *Si ascendero in cælum, tu illic*

---

(1) Act. apos., cap. xvii, v. 28.

*est: si descendero in infernum, ades. Si sumpsero pennas meas diluculo et habitavero in extremis maris* (1). Y Dios Nuestro Señor ve, como dice S. Agustín, con atentísima vista todos nuestros movimientos y todos nuestros pasos y todas nuestras obras, aún las más mínimas (2) para darnos á su tiempo el merecido premio ó castigo.

Esta presencia de Dios la cultivan algunos considerando las perfecciones de las criaturas como participaciones ó hechuras de las divinas, explayándose ya en la belleza de los verdes prados esmaltados de flores que les recuerdan la belleza infinita del Criador; ya en la extensión maravillosa de los mares que les trae á la memoria la inmensidad de Dios; ya en el estrellado cielo que les muestra su admirable sabiduría y poder; ya, en fin, en la consideración de otros seres vivientes ó inanimados que, patentizando con sus gracias la suma bondad del Supremo Señor, les obligan á exclamar con S. Agustín: *Cælum et terra clamant, Domine, ut te amem*. Otros hay que hallan á Dios presente dentro de sí

---

(1) Ps. CXXXIII, vv. 7, 8.

(2) Sol. cap 14.

mismos, según que el alma del justo es templo de Dios, morada de la beatísima Trinidad (1) y objeto de sus complacencias. *Mirad*—dice á este propósito nuestra Madre Sta. Teresa—*que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de nosotros, y que allí nos estemos con él..... Los que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, á donde está el que le hizo á él y á la tierra y se acostumbraran á no mirar ni estar á donde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que no dejarán de llegar á beber el agua de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo* (2). Otros, en fin, más hechos á cosas espirituales, la ejercitan mirando á Dios en sí mismo con atentísima mirada de la fe, ó consideran la divinidad con sus perfecciones, pero sin relación á las criaturas, tendiendo á ella con todo el afecto del corazón; la cual manera de presencia puede también ejercitarse en Jesucristo, según asegura nuestra Santa Madre por estas palabras: *Yo solo podía pensar en*

---

(1) Joan., 14, 23.

(2) Cam., cap. 28, núm.<sup>s</sup> 3 y 4.

*Cristo como hombre, mas es así que jamás le pude representar en mí, por mas que leía su hermosura y veía imágenes, sino como quien está ciego ó á oscuras, que aunque habla con alguna persona, y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí; digo que cree y entiende que está allí, mas no la ve (1).*

Por lo dicho se ve que para el ejercicio de la presencia intelectual, no es preciso fingir imágenes, ni hacer consideraciones sensibles; porque, aunque es cierto que para todo acto intelectual (en estado de viadores) concurren los fantasmas ó imágenes sensibles, con todo en esta presencia intelectual se termina la aplicación del alma á cosas ó razones intelectuales, elevándose sobre toda representación sensible propia. No habiendo, pues, ficción de imágenes, sino un acto ferviente de fe en la existencia de Dios en todo lugar, esta manera de presencia de Dios, además de ser más conforme con la realidad, es de suyo, hablando en general, más fácil, pues no embaraza la imaginación, ni cansa la cabeza y deja á la persona más libre para dedicarse á otros ejercicios.

---

(1) Vid., cap. 9.

Algunos autores ascéticos establecen parangón entre la presencia de Dios imaginaria y la intelectual, y preguntan: ¿cuál de las dos es mejor? A esta pregunta debe responderse con distinción, porque esta palabra *mejor* puede significar ó mayor excelencia ó mayor provecho. Cuanto á la excelencia no hay duda que la intelectual es más noble, más alta y excelente, pues mira á objeto más alto, que es la naturaleza divina, y es como el fin de la imaginaria. Mas cuanto al provecho no se puede señalar regla fija, porque aunque de suyo la presencia intelectual sea más provechosa, con todo, en la práctica, sucede muchas veces que la imaginaria es más provechosa para muchos, como lo muestra la experiencia.

De aquí la necesidad de atender al carácter, temperamento y otras cualidades subjetivas de la persona, para proceder con acierto en la elección. Apuntaremos algunas reglas prácticas.

## § V

## Reglas para el ejercicio de la presencia de Dios

1.<sup>a</sup> Conviene ejercitarse por algún tiempo en las diferentes maneras de presencia de Dios, para ver cuál trae más provecho al alma, esto es, con cuál queda más ilustrada, inflamada y confortada para cumplir con las obligaciones de su estado, para mortificar las pasiones y alcanzar las virtudes.

2.<sup>a</sup> Hecha esta experiencia, el novicio dará cuenta del resultado al P. Maestro, quien según viere ser más conveniente, elegirá la presencia de Dios en que debe ejercitarse, enseñándole el modo de ponerla en práctica.

3.<sup>a</sup> Aún cuando adoptado un modo de presencia de Dios, se ha de usar de ello regularmente, con todo es bien dar lugar á otros buenos pensamientos para que el alma siempre esté santamente ocupada, pero no atada. Con esta regla se desvanece un engaño de algunos principiantes que no dan entrada á muchos buenos pensamientos porque no pertenecen á la materia en que se ejercitan, debilitando así el espíritu con lo mismo que quie-

ren fortalecerle. Nótese, que cuando el Señor quiere atar el alma á un objeto para mayor bien suyo, su Majestad lo hace con particular favor, sin ahogamiento.

4.<sup>a</sup> Procuren concertar la presencia de Dios con la virtud que han escogido para la semana ó para el mes; y ha de ser de tal manera, que de la presencia de Dios saquen motivos que inclinen el alma al ejercicio de aquella virtud; como si la presencia es de Cristo á la columna y la virtud que escogieron es la humildad, consideren muchas veces la humildad con que está el Señor desnudo y puesto como un esclavo en la cadena. Si escogieron la mansedumbre, consideren cómo está á manera de un cordero inocente recibiendo azotes é injurias, sin indignarse contra los verdugos que le maltratan. Si escogieron la castidad, consideren cómo es desgarrada aquella carne inmaculada y virginal. Y estas consideraciones han de ser brevísimas, frecuentemente repetidas y como entretajadas con la presencia de Dios. Háñse también de hacer propósitos y actos de la virtud elegida, resolviéndose á vencer las dificultades que se ofrecieren y esforzándose á hacer las obras que le ocurren con la perfección que las haría

Cristo Señor Nuestro. Pero adviértase que cuando el alma no halla fácilmente en la presencia de Dios las razones y motivos propios para inclinarse á la virtud que escogió, no es bien que se canse en especulaciones, sino con simplicidad y con afecto concrétese á la presencia de Dios, pidiéndole con frecuencia le dé aquella virtud por su bondad, por los méritos de su Pasión, por sus dolores, por su sangre, etc., haciendo al mismo tiempo propósitos y actos de aquella virtud.

5.<sup>a</sup> Ayuda en gran manera al ejercicio de la presencia de Dios el considerar las criaturas como se ha dicho espiritualmente, haciendo una como escala de lo sensible á lo espiritual, y de lo espiritual á lo divino. *Invisibilia Dei per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur.* Todas las criaturas que se ven, ya sean naturales como los campos, ríos, árboles, etc., ya sean artificiales como los edificios, imágenes, etc., se han de mirar con relación al Criador y Señor de quien procede todo bien.

6.<sup>a</sup> Por último, el que desee familiarizarse con el ejercicio de la presencia de Dios, determínese resueltamente á vencer y superar

las dificultades que no podrá menos de experimentar en los principios, ya por la falta de costumbre, ya también por la tendencia natural que nuestras potencias tienen á divagar por todas partes y objetos. Refrenen, pues, los jóvenes novicios esta tendencia tan perniciosa á la vida interior, recordando que una costumbre se vence y supera por otra y en la seguridad de que sus esfuerzos obtendrán los más felices resultados, como se nota en las personas que andan de continuo en la presencia de Dios, quienes tienen un no sé qué de divino en el mirar, en el hablar, en la modestia, con lo que muestran bien á las claras ser gobernadas por el Espíritu Santo.



## CAPÍTULO III

## DE LA ORACIÓN MENTAL

Reducir á un breve capítulo cuanto se ha dicho y puede decirse del ejercicio de la oración mental, sería intentar un imposible. Multiplicar capítulos para formar un tratado completo de oración, no permite la índole de estas instrucciones. Por lo tanto, remitiendo á nuestros hermanos á los excelentes tratados de oración mental, que con tanta aceptación como utilidad de los fieles corren impresos, aquí únicamente se darán breves nociones y documentos que han parecido oportunos, ya para recomendar á nuestros novicios el ejercicio de la oración, ya también para instruirles acerca de su práctica.

## § I

**Naturaleza y excelencia de la oración**

Oración, propiamente hablando, es una petición humilde hecha á la Majestad divina; y en sentido más lato, es un levantamiento del alma á Dios.

La oración es la más noble ocupación que puede tener el hombre; la mejor grangería que le cabe en la tierra, como que tiende á unirle con su Criador y Señor, para dicha suya y remedio de todas sus necesidades. Salido de la nada y dependiente en su ser y obrar, todo cuanto de bueno hay en él, ha de recibirlo de la mano bondadosa de Dios; pues bien, por medio de la oración se pone en relación con la Divinidad, ella le eleva al consorcio de Dios, haciendo que en cierto modo desaparezca la infinita distancia que media entre ambos, y que pueda hablar con su Majestad, que se digna oírle y despachar favorablemente sus súplicas, otorgándole el perdón de sus pecados, aumento de gracia y virtudes y demás bienes, ya del orden natural ya del sobrenatural de que tan necesitado se halla.

La definición que hemos dado, nos hace concebir la más grande idea de la oración: «Ella es el vuelo del alma hacia el origen de su vida; el arranque del corazón que fatigado de las vicisitudes de la vida busca en región más elevada el lugar de su reposo. Es el hambre divina de la criatura que no encuentra alimento en la tierra; es la vuelta

de la paloma que no halla donde posarse y vuelve á pedir abrigo al arca de donde salió. Es la conversación íntima y trato familiar del hombre con el mejor de los padres, la más tierna de las madres, el más cariñoso de los amigos. Y comprendida así, es la fuerza, el apoyo, el bálsamo, la felicidad de la existencia; es el himno que hemos de cantar en la patria celestial, y cuyos primeros acentos empezamos á balbucir en la tierra» (1).

El ejercicio de la oración no es de mero consejo, como una de tantas devociones fomentadas por la piedad; la oración es de absoluta é imprescindible necesidad, es un precepto impuesto por Dios. *Pedid*, dice Jesucristo en su Evangelio, *buscad, llamad* (2). *Es menester*, añade el Salvador, *orar siempre y no cansarse nunca* (3); y en otra parte: *Velad y orad, para que no entreis en tentación; porque el espíritu está pronto, más la carne es débil* (4). La oración, dice S. Juan Crisóstomo, es para el hombre, lo que el agua para los peces; es para el alma lo que el sol

---

(1) Mons. Landriot.

(2) Matth., 7, 7.

(3) Luc., 18, 1.

(4) Matth., 16, 41.

para la naturaleza, el aire para los pulmones, el pan para la vida material, el arma para el soldado y el alma para el cuerpo (1).

No hay efecto bueno, ni bien espiritual alguno que los santos y doctores místicos no atribuyan á la oración. *En el ejercicio de la oración*, dice S. Lorenzo Justiniano, *se limpia el alma de los pecados, apaciéntase la caridad, alúmbrase la fe, fortalecese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, se renuevan los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella se enciende el alma en deseos del cielo, y se inflama la llama del divino amor. A ella están abiertos los cielos, á ella se descubren los secretos, y á ella están siempre atentos los oídos de Dios: ella alegra á los Angeles, regocija á los Santos, espanta á los demonios, vence los enemigos, trueca los hombres, junta al alma con Dios, y hace que moremos con gusto dentro de nosotros: La oración*, añade S. Bernardo, *purifica el alma, arregla los afectos, dirige las acciones,*

---

(1) *Lib. de orat. Dom.*

*corrige los excesos, forma las costumbres, y es la hermosura y adorno de la vida. Por último, Nuestra Santa Madre afirma: La oración es la puerta para todas las mercedes que hace el Señor á las almas; por aquí entra á regalarsé con el alma; y así nos va la vida á todos, en camenzar á tener oración porque es principio para alcanzar todas las virtudes.*

No es posible enumerar los elogios que los santos han hecho de la oración, mas los aducidos bastarán para que nuestros hermanos se enamoren de tan divinísimo ejercicio, para nosotros tanto más recomendable, cuanto que él constituye el carácter propio de nuestra vida religiosa, y no podemos prescindir de él sin faltar al cumplimiento del punto más esencial de nuestra Regla, formulado en estas palabras: *Maneant singuli in cellulis suis, die ac nocte in lege Domini meditatores, et in orationibus vigilantes.*

La oración es mental ó vocal; mental cuando puestos en la presencia de Dios, exponemos á su Divina Majestad nuestros sentimientos en el fondo del corazón sin usar de palabras; y es vocal, cuando manifestamos y exteriorizamos estos mismos sentimientos por medio de la palabra; de donde

se deduce que la oración vocal para ser verdaderamente tal ha de ir acompañada de la mental, como enseña nuestra Madre Santa Teresa.

La oración mental hecha con cierto método y orden, cual suele practicarse por muchas almas piadosas, se la llama meditación, la cual nos define admirablemente nuestra Santa diciendo: *No es otra cosa oración mental (ó meditación) á mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando á solas con quien sabemos nos ama* (1).

La meditación en la forma dicha no es de absoluta necesidad para salvarse, como es la oración en el sentido más estricto. Pero basta fijarse un poco en las palabras de la Santa Madre para convencerse de su importancia, especialmente para los religiosos y almas consagradas á Dios. Meditar es tratar de amistad, es hacer la vida del cielo, es imitar á los ángeles y santos que tratan íntimamente con Dios y le aman entrañablemente engolfándose en aquel piélago de infinitas perfecciones y participando ellas. Por este santo ejercicio conocemos mejor nuestras

---

(1) Vid., 8, 3.

obligaciones y nuestras relaciones con Dios; se nos patentiza la fealdad del pecado y la vanidad de las cosas perecederas y la hermosura de la virtud y su eterna recompensa.

Sin la meditación no hay vida interior, y sin vida interior no cabe conocimiento perfecto de las cosas de Dios, y sin este conocimiento no es posible servirle con fidelidad, estimando cual conviene y guardando con perfección las múltiples observancias de la vida religiosa. *El alma sin oración es como cuerpo con perlesta ó tullido, que aunque tiene pies y manos no los puede mandar, que así son, que hay almas tan enfermas y mostradas á estarse en cosas exteriores, que no hay remedio ni parece que pueden entrar dentro de sí* (1). De aquí que no haya Instituto religioso que no imponga á sus alumnos obligación de meditar; señalando nuestra Sagrada Religión dos horas cada día como *mínimum* del tiempo que debemos dedicar á este santo ejercicio.

---

(1) Sta. Teres., Mor., I, 7.